

Cuentos rurales



Gianfranco Dommarco

Colección de cuentos
(Volumen 1)

Cuentos rurales

Índice

1) Diecinueve Kilómetros	4
2) La luz mala	16
3) Atardecer junto al árbol	26
4) La pulpería	35
5) Una vida en otoño	44
6) La vuelta al rancho	53
7) El tiempo	62
8) La curandera	69
9) En las alturas	81
10) Estar presente	91

Diecinueve kilómetros

Herminio galopaba su caballo por la llanura. La noche era profunda y la luna estaba apagada. El cielo cerrado ocultaba las estrellas. Diecinueve kilómetros separaban su puesto del casco de la estancia. Solía hacer el recorrido por lo menos dos veces al día. El primero era con la luz del amanecer; el segundo, cuando se ocultaba el sol. En todos sus viajes lo acompañaban el silencio y la soledad, lo único que cambiaban eran las estaciones del año.

Aquel día inició como cualquier otro. Sacar los animales a pastar, curarles las heridas, arreglar algunos alambrados, controlar los molinos, llenar los bebederos, volver a entrar los animales al corral. Al anochecer, Herminio finalizó su jornada y emprendió el viaje de regreso al puesto. Después de cabalgar un buen rato, casi a mitad del camino, el silencio nocturno fue cortado por un ruido lejano. Se escuchaba un llanto ahogado, extraño, similar al de un hombre. Por momentos parecía tenebroso, luego se apaciguaba. A medida que el gaucho avanzaba, el llanto se oía más intenso. Herminio atinaba a encontrarlo, pero no podía hacerlo en la oscuridad. Finalmente, algo pudo divisar, un bulto sombrío reposaba acurrucado al lado de una roca emitiendo gemidos de dolor. El gaucho comenzó a acercarse. Su caballo una, dos, tres veces quiso corcovear.

—¿Pero qué pasa, Tino? —protestó el gaucho—. ¡Huuch! —Y tras clavarle los espolones en las costillas, el caballo volvió a avanzar.

El animal recorrió unos metros, pero luego se detuvo en forma tajante.

—Agh... Agh. —Se escuchaban los gemidos.

—¿Y ahora qué? —rezongó Herminio—. ¿Te vas a empacar? —Bajó del caballo y lo hizo andar tirando de las riendas.

—¡Agh! ¡Aaagh! —El gemido era tan intenso, tan sufrido, que Herminio comenzó a experimentar una sensación extraña. Una mezcla de angustia y dolor que parecía llegar a lo más recóndito de su ser. Era como si su alma fuera arrastrada hacia el más profundo sufrimiento.

Cuando se acercó lo suficiente, mientras tiraba de las riendas de su caballo, pudo ver la figura de un hombre sentado en el suelo. Estaba cubierto con una túnica negra, abrazándose las piernas con los brazos y escondiendo su rostro entre las rodillas.

A pocos metros, el caballo pareció enloquecer y comenzó a tirar hacia atrás.

—¡Dale, Tino! —El caballo tiraba más—. ¡No! —El gaucho jalaba—. ¡Tino... Eh!

Un dolor agudo recorrió su mano derecha y se la dejó adormecida luego de que el caballo corcovara en forma repentina; la fuerza del animal hizo que la mano de Herminio quedara atrapada en la rienda. El gaucho cayó al suelo, pero se liberó. Sentía un dolor quemante. Un hilo de sangre recorría el dorso de sus dedos meñique y anular, provenía de una herida transversal desde la segunda falange.

—¡Que se lo lleve el diablo! —protestó, mientras que, sentado en el suelo, con la mano izquierda sacó un pañuelo del bolsillo y comenzó a presionarse la herida de la mano derecha.

El caballo se alejó unos metros y pareció tranquilizarse, pero mantenía su cabeza gacha, pues en su inteligencia animal comprendía que había desobedecido. El gaucho se puso de pie y miró al caballo con recelo.

—Agh... —Se escuchó el sufrimiento a espaldas del paisano. Pero esta vez fue más ahogado, como si se tratara del último sonido que pudiera emitir aquel individuo.

Herminio se giró y comenzó a caminar hasta el lugar en el cual se encontraba el hombre. Sosteniendo su mano herida, se acercó lo suficiente como para poder hablarle. El extraño seguía sentado, abrazándose las piernas con los brazos, sin mostrar el rostro. «¡Madre mía!», pensó el gaucho al ver las manos rojizas y ampolladas del herido. «¡Está quemado, está sufriendo!».

—¿Lo... puedo ayudar? —preguntó Herminio con la voz entrecortada. El hombre no respondió, ni siquiera se percató de su presencia—. Señor, ¿necesita ayuda? —Esta vez sí se escuchó; Herminio había logrado expresar la frase con claridad.

El sujeto apenas se movió un poco, como en un reflejo moribundo, torpe y débil.

El gaucho se acercó aún más; debajo de la túnica negra pudo ver que el hombre estaba lastimado, ampollado y con la piel rojiza.

—Señor, si quiere... —Pero el extraño lo interrumpió.

—Todo ha sido... —dijo apenas con voz apagada. El hombre se contenía a sí mismo con sus manos y brazos quemados—. ¡Aagh!

—Cuénteme qué ocurrió, lo ayudaré —dijo Herminio agachándose junto al hombre—. Si quiere voy hasta la estancia de nuevo y le aviso al patrón, él conoce a un médico. —Hizo ademán de poner una mano sobre su hombro, pero luego se arrepintió: «debe estar todo quemado», pensó.

—Es el dolor... —dijo el herido.

—Sí, lo entiendo —respondió el gaucho.

—¡Usted no entiende! —exclamó el extraño hombre con una voz grave y penetrante que resonó en el ambiente como si no se tratara de un simple mortal.

Un trueno rasgó el cielo, fue tan grande y fuerte, que hizo temblar la tierra. Luego comenzó a llover a cántaros. En un instante quedaron empapados. El caballo salió corriendo y se perdió en la noche.

—Que se lo lleve el diablo —protestó Herminio en un susurro.

En forma inconsciente llevó su mano sana a la cabeza y se rascó con las yemas de los dedos. Restregaba su cabeza como si aquello pudiera organizarle las ideas.

—¿Quién es usted? —preguntó Herminio, finalmente.

—No querrá saberlo —respondió con voz penetrante.

—Si no me lo dice, nunca podré ayudarlo.

—Cuando sepa quién soy, ya no querrá ayudarme. —La voz ahora se tornaba sufrida como al principio.

—Al menos deme una oportunidad.

—Muy bien —respondió cortante—. ¿Está preparado?

—En realidad, creo saber quién es usted. —El gaucho observaba las heridas, las ampollas, la piel roja quemada en las manos. Pero era una locura, nunca había creído en él, y mucho menos lo hubiese imaginado protagonista de una situación tan humillante.

—Entonces, bien sabe que lo mejor que puede hacer es correr. —Lo dijo con tono amenazador, sombrío, como si el mismo mal estuviese hablando.

—No voy a correr —respondió el gaucho con sensaciones mezcladas de respeto, miedo y tranquilidad—. Voy a quedarme aquí, usted me mostrará su rostro y yo lo ayudaré, siempre y cuando mi asistencia no signifique entregarle mi alma.

—El alma... sí, ya veo —alegó con un goce sombrío—. Si quisiera podría apropiármela, al fin y al cabo, eres un simple mortal.

El extraño hombre levantó su cabeza y Herminio sintió que su cuerpo se paralizaba. Miedo. El gaucho observaba el rostro de piel roja, quemada y llena de ampollas. Los rasgos agudos, la nariz prominente, las orejas puntiagudas, los pómulos estirados y los ojos grandes de color rojo.

El demontre lo observaba en silencio, maestro de una absoluta paciencia, como si estuviera acostumbrado a esperar toda la vida antes de la muerte. El gaucho se sentía aturdido, el mismo diablo estaba sentado frente a él. De tantas cosas que imaginaba, no se atrevía a hacer nada. De las opciones por preguntar tampoco sabía cuál elegir. Solo dijo una cosa:

—¿Ha venido por mí?

—No. —El diablo lo observaba con una mirada profunda, taciturna.

—¿Entonces...? ¿Cómo...? ¿Qué...? —Herminio no encontraba forma de enlazar las palabras, estaba aterrado.

El demontre comprendió el miedo del mortal; eso le provocó cierto placer, pero el sufrimiento lo mantenía obstaculizado.

—¿Tú... qué haces aquí? —preguntó el demonio conteniendo el dolor, arrastrando un poco la frase.

—Solo pasaba y escuché un ruido, un llanto. —Se arrepintió tras expresar aquella idea y se corrigió—. Perdón, quise decir... un sufrimiento.

—¿Vino para ayudarme? —indagó apenas con un hilo en la voz.

—Eso quería. —Herminio estaba desorientado, nunca hubiese imaginado encontrarse con el demonio en una apariencia tan deplorable, pero también conocía su poder y eso le preocupaba.

—¿Me ayudaría igual, aunque sea el diablo? —preguntó, esbozando una mueca de dolor.

—Pues... no lo sé. —Herminio tenía miedo y estaba confundido.

—Se lo había advertido, ¿recuerda? «Cuando sepa quién soy, ya no querrá ayudarme».

—No es que no quiera, es que... —Herminio no se animaba a terminar la frase.

—Si no lo dice, nunca podremos entendernos —aseguró el demontre con un tono modesto.

—Es que hay muchas historias sobre usted. —El gaucho temía pronunciar palabras inapropiadas.

—¿Como cuáles? —expresó irónico. Tenía los dientes amarillos y sus caninos resultaban muy prominentes.

—Como que suele engañar... o traicionar...

—Sí, claro —asintió con la cabeza—. Soy el diablo, ¿no?

—O que los pactos con usted significan la pérdida del alma.

—Eso es cierto —asintió nuevamente—. Suele ser así. —Emuló en su rostro otra mueca de dolor.

—Entonces comprenderá mi situación, no sé qué debo hacer.

Como buen hombre de campo, Herminio intentó mirarlo a los ojos para descifrar la verdad. «La verdad está en la mirada», pregonaba el dicho. Lo hizo apenas un instante. Al contactar con sus ojos, un ardor profundo le recorrió la cabeza provocándole un dolor agudo. Se mareó bastante, se tambaleó hacia atrás, pero logró mantenerse en pie. «Estoy perdido», pensó.

—Claro, lo entiendo —expresó el diablo, haciendo caso omiso al traspíe del hombre. Con esfuerzo se levantó del suelo y se acercó hacia el gaucho para acortar la distancia, luego continuó—: No se preocupe, su miedo ante mi presencia es clásico y muy lógico.

—¿Entonces...?

—¿Ayudaría al diablo? —preguntó de nuevo.

—¿Qué garantías tengo? —dijo el gaucho apenas susurrando.

—Con el diablo nunca hay garantías; si no, no sería el diablo.

—Estoy perdido —afirmó el gaucho. Luego inclinó su rostro y con una mano se apretó la frente. Todavía sentía las puntadas en la cabeza tras cruzar con su mirada.

—¿Por qué dice eso? —El diablo hablaba de un modo paciente.

—Usted dijo que no hay garantías; puede que pierda mi alma, que me traicione, que me engañe.

—Eso es verdad, aunque nunca dije que tomaría su alma, que lo traicionaría o que lo engañaría. Claro que puedo hacerlo, pero quizás no me interese.

Había dejado de llover.

—Pero usted nunca dice la verdad.

—Casi nunca, aunque a veces la digo.

—¿Hoy la dice?

—Es que mi verdad no es el mismo tipo de verdad que la de ustedes. Para mí, decir una cosa que luego resulta ser otra es una verdad, pero para ustedes eso es una mentira. Es un asunto complejo, no le recomiendo ingresar en ese camino.

—Entonces hagamos un trato —dijo el gaucho, mientras pensaba diferentes posibilidades para protegerse.

—Nunca haga tratos con el diablo, eso sí que no se lo aconsejo —respondió elevando su mano rojiza y llena de pústulas.

—¿Usted qué propone? —Apenas levantó su rostro, evitando mirarlo a los ojos.

—Tampoco le aconsejo seguir mis propuestas —dijo el diablo, irónico, disfrutando de la desorientación del hombre.

—Sí, en eso tiene usted razón —respondió el gaucho, desanimado, sin encontrar escapatoria para la situación.

—¡Agh! —Con su mano derecha contuvo una punzada de dolor en su costado izquierdo—. ¿Me ayudará?

—Bueno, lo haré, pero no confío en usted —dijo con pocas ganas, sin saber si realmente quería ayudarlo.

—Ahora sí que las cosas están claras —afirmó el demonio—. Están como deben de estar con el diablo; nunca confíe en mí.

—¿Qué necesita? —El gaucho prefirió omitir el último comentario.

—Algo muy simple, quisiera... —El demonio comenzó a toser, se tapaba la boca con la capa y su dolor se acentuaba con cada movimiento.

—¿Qué precisa? —Herminio observó sangre en la tela de la capa.

—¡Agh...! —Una fuerte punzada de dolor lo estremeció.

El demonio comenzó a jadear, le costaba respirar. Un nuevo ataque de tos lo ahogó, expectoró sangre otra vez y en mayor cantidad. Algunas de las ampollas se reventaban largando un líquido transparente y viscoso.

—¡Aaagh! ¡Aaagh! —El dolor lo venció hasta doblegarlo y, sin poder resistirlo, cayó de rodillas en el suelo.

El gaucho observaba en silencio el sufrimiento del demonio.

—Lo que necesito es... —Se esforzaba para terminar la frase—. Lo que necesito... es... redención.

—¡Pero yo no puedo darle semejante cosa! —exclamó el gaucho, desbordado.

Dio unos pasos hacia atrás. El diablo, el mismo diablo, estaba de rodillas delante de él suplicándole redención.

—Usted dijo que me ayudaría —rogó el diablo.

—¡Pero yo no dispongo de tal poder! —expresó Herminio, asustado—. Hable eso con el superior.

—¿Te refieres a... Dios? —El diablo esbozó un gesto de odio.

—Sí —respondió Herminio, tímidamente—, creo que debería pedirle eso al de arriba.

El gaucho entrecerró los ojos y comprendió que, por primera vez, aquello que tanto temía estaba sucediendo; sus palabras habían sido desacertadas para la situación.

—¡Grraah! —El diablo emitió un rugido tenebroso y profundo—. ¡Grraaah! —Abrió sus brazos en un gesto de rencor desbordante, se puso de pie, y mirando al cielo gritó—: ¡Nooo...! ¡Nunca!

Un relámpago iluminó todo el lugar por un instante. El rayo cayó cerca. Herminio quedó aturdido y terminó derribado en el suelo. A unos metros, el fuego se iniciaba débil en un árbol que había sido quebrado por la mitad. El gaucho experimentaba un fuerte dolor en el cuerpo, una sensación de corriente eléctrica lo estremecía y sentía su cuerpo adormecido. Tendido en el suelo, asustado, sin saber qué hacer, prefirió entregarse.

—¡Máteme de una vez! —exclamó resignado.

—Allí estás, como tantos mortales —respondió el diablo, resentido—. Rogando por tu muerte. Luego me culpan.

—Usted me está torturando. —Y por primera vez en su vida el gaucho lloró.

—¡Tú no tienes idea de cómo son mis torturas! —gritó el demonio, enfurecido.

Un silencio profundo se ancló en el ambiente, apenas se escuchaba un suave silbido del viento. Luego de unos segundos, el demonio recuperó la tranquilidad y le dijo:

—Ni siquiera podrías aproximarte a la idea de lo que son mis torturas.

—¿Y por qué me hace esto, entonces? —El gaucho seguía tendido en el suelo, despacio comenzó a incorporarse.

—Yo no le hice nada.

El gaucho se levantó dolorido, sus lágrimas habían cesado. Recuperó un poco su tranquilidad. El diablo guardaba silencio.

—Creo que me equivoqué en lo que dije —expresó Herminio, arrepentido.

—Con sus palabras hizo desatar mi ira —protestó el demontre—. No lo haga de nuevo.

—¿Es otro consejo? —preguntó el gaucho de buen modo, tratando de enmendar las cosas.

—Sí, súpelo a los otros —respondió el demonio—. Nunca provoque la ira del diablo.

—Así que es cierto... ¿eso de que usted se lleva mal con el de arriba? —comentó el gaucho pensando en cada palabra, no quería equivocarse otra vez.

—Más de lo que imagina. —El diablo asintió con su cabeza.

—¿Es complejo, verdad? —dijo el gaucho con una actitud sumisa—. Quiero decir, el conflicto entre ustedes.

—Digamos que... lleva sus miles de años sin resolverse.

—Entiendo.

—Usted no entiende nada. Ningún mortal puede entenderlo.

—Perdone, tiene razón, nunca podré comprender esas cosas. —El gaucho intuyó lo que quería decirle el demontre.

—Los mortales tienen mucha arrogancia, ¿sabe? Suelen jactarse de comprender los asuntos de Dios y del diablo, pero en verdad están muy lejos de ello.

Herminio se quedó pensativo, tratando de comprender las palabras del demontre. Había algo en el demonio que le hacía percibir las cosas de una manera diferente. Después de todo, estaba frente a un ser que había existido desde tiempos inmemorables.

—Es verdad, nunca podríamos entender las cuestiones de Dios y del diablo —dijo el paisano asintiendo con la cabeza—. A mí solo me bastaría con saber cuál es mi rol en este momento. —Herminio abrió los brazos en un gesto resignado.

—Ya le dije lo que necesito de usted.

—Creo que estamos en un lío —afirmó el gaucho—. Yo no puedo ni tengo la autoridad suficiente como para ofrecerle la redención y al único que conozco con tal poder no puede participar en este conflicto.

—Me gusta que eliminemos a Dios como posibilidad. —Realizó una mueca similar a una sonrisa y largó una especie de sonido ahogado, mezcla con tos, que se asemejó a una carcajada.

—Muy bien, Dios no participará en esto —sentenció Herminio.

—Me gustan los arreglos entre el hombre y el diablo —agregó el demontre—. Son mucho más interesantes.

El gaucho prefirió omitir también aquel comentario.

—¿Qué los distancia tanto? —preguntó el gaucho con cautela.

—¿Acaso usted sabe lo que significa ser el diablo?

—Ni siquiera podría llegar a imaginarlo.

—Bien, le agradezco que haya eliminado la arrogancia clásica de los mortales. Esas frases como «lo entiendo» o «lo imagino» me agobian.

—Ahora que lo dice, creo que a mí también suelen cansarme.

—Mire, voy a explicarle, ser el diablo significa tener estas ampollas. —Le mostró una horrible debajo del mentón—. Ser el diablo significa encarnar dolor, sufrimiento, pena y todo aquello de lo cual el ser humano huye. Todas las cosas malas que ustedes dicen no querer, pero que igual hacen. —El diablo lo señaló con el dedo rojizo y ampollado—. A veces no sé cuál de las dos partes es más diabólica, si yo o ustedes, pero ese no es el punto ahora. —Dio un suspiro y bajo la cabeza—. Ser el diablo también significa el olvido total, porque usted como mortal podrá tener muchos errores, pero siempre es el de arriba, como dice usted, quien lo salvará. Ustedes los humanos tienen más suerte que yo. Ustedes disponen de un redentor. Yo no lo tengo.

—¿No hay forma de arreglar la situación con... Ese?

—No. No la hay, el de arriba me tiene olvidado. Soy el único ser viviente que sabe que tendrá una existencia de tortura por toda la eternidad. Ni siquiera la muerte puede salvarme; aunque lo deseara, no puedo morir.

—¿Y si dejase de hacer el mal? Quizás no sufriría.

—Es que yo soy el mal, a ver si me entiende. ¿Usted puede decirle al sol que deje de ser sol o puede decirle a un árbol que deje de ser árbol?

—Eso sería imposible, tiene razón. —El gaucho frunció las cejas y otra vez abrió sus brazos; estaba agobiado por tanta desorientación.

—Pues ahí lo tiene, es imposible que deje de ser quien soy.

—¿Y cuál sería su forma de redención? Porque entonces pienso que el perdón tampoco es el camino. Si usted es algo que no puede ser modificado, nada puede cambiar su naturaleza.

—El perdón es para los mortales, no para mí.

—No lo entiendo —dijo el gaucho, comprendiendo la lejanía de su capacidad para entender semejantes cosas.

—Me alegra que comprenda —afirmó el diablo.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos, aceptando cada quien su parte en el juego de la ignorancia y de la comprensión.

—¿Cómo puedo ayudarlo, realmente? —Por primera vez, el gaucho estaba interesado.

—Agradezco su sinceridad —respondió el diablo—. Si algo tenemos en común los inmortales es que sabemos todo acerca de las mentiras y verdades que manejan ustedes, los humanos. Por primera vez usted está interesado en ayudarme, pero quisiera preguntarle antes, un poco por curiosidad y otro poco para medir su inteligencia, ¿no le preocupa ayudar al diablo?

—No puede preocuparme algo que está por fuera de mi deseo o voluntad. —El gaucho se aproximaba bastante a comprender su situación.

—Sabe, hace cientos de años hablé con un hombre que resultó ser bastante interesante. Usted me recuerda un poco a él. Siempre es así, los inmortales solemos esperar cientos de años para encontrar a un solo mortal con el cual podamos tener una conversación coherente.

—Le agradezco las palabras —dijo Herminio—, pero si no le molesta preferiría regresar al punto que nos reúne.

—Sí, volvamos.

—Usted necesita redención, pero nada puede cambiar su naturaleza. ¿Cómo se hace entonces?

—Existen algunos modos por los cuales un ser puede ser liberado. Es algo que vale tanto para los mortales como para los inmortales. Incluso sirve para las cosas materiales.

—¿Cuáles serían?

—El olvido, el descanso, el desuso.

—¿Está pidiendo que yo lo olvide?

—No serviría de nada que un solo humano me olvide.

—¿Entonces...?

—Mire, es muy complejo, pero se lo voy a proponer. Hace miles de años que ando buscando a mi mesías. La pregunta será concreta: ¿usted sería el enviado del diablo?

—Eso suena demasiado fuerte —dijo Herminio, casi paralizado—, pero imagino que la voluntad humana no tiene posibilidad de acción ante las fuerzas inmortales.

—Exactamente —dijo el demontre. Y por primera vez en miles de años, los ojos del demontre parecieron reflejar reposo ante la oportunidad de haber encontrado un posible mesías.

—¿Qué haría exactamente el mensajero del diablo? —preguntó el gaucho preocupado.

—Explicar realmente cómo son las cosas. Que mi naturaleza y mi vida están ligadas a las acciones de los humanos. Soy el mal, esa es mi esencia y no puede ser cambiada. Pero puedo ser liberado si nadie de ustedes me llama. Y han de entender que soy llamado mediante sus propias acciones. —El diablo dio un suspiro y asintió con la cabeza—. Necesito ser olvidado; quedar en desuso. Pasar a formar parte de una historia, ser una leyenda. Necesito dejar de existir en la mente de las personas, porque todo el mal que hace el hombre se transmite a través de mí y luego les vuelve a ellos. Lo único que venimos haciendo hace miles de años es sufrir las dos partes: el hombre y el diablo.

—Entonces tengo que pregonar su inexistencia.

—No precisamente, porque soy inmortal. Como ya le dije, preferiría el olvido. Yo lo he observado durante años, Herminio. Cada vez que usted dice aquella frase tan suya: «Que se lo lleve el diablo». Sepa algo, yo a eso me lo llevo, pero luego lo devuelvo.

—Bien, creo entender mi parte. —El gaucho asintió con la cabeza—. Usted lo que quiere es descansar y en eso encontrará la redención.

—Exactamente, como cuando ustedes duermen.

—Voy a ayudarlo —afirmó el gaucho—. ¿Pero cómo debería comenzar?

—Podrías redactar nuestro encuentro para que quede registrado en un testimonio escrito. —El demontre elevó un poco su cuello esperando la respuesta—. En

la historia de la humanidad las cosas más trascendentales han comenzado con el encuentro de dos partes y sus posteriores escrituras.

—¿Será la biblia del diablo? —Herminio acumuló tensiones en su cuello y espalda.

—No me interesan las cosas grandes —respondió el demontre—. Eso le gusta al de arriba, a mí con unas pocas líneas me bastará.

—Le agradezco eso —el gaucho se relajó—, no tengo grandes cualidades para las letras.

—Ya lo sé, no se preocupe.

—Entonces lo olvidaré, seré el primero en hacerlo. También pregonaré cómo es que el hombre con sus actos es quien alimenta al diablo y a su propio dolor.

—Y ojalá yo pueda descansar de los hombres que me alimentan y que tanto mal me hacen. —El demonio se sentó en el suelo conteniendo sus dolores y apoyó su espalda contra la roca.

—Será así entonces —dijo Herminio.

—Que así sea —agregó el demontre.

El gaucho no dijo nada más. El diablo cerró sus ojos, como buscando al fin iniciar su descanso. Aún emitía gemidos de dolor, pero ya no sonaban tan agónicos. Herminio se alejó caminando, rengueaba un poco de su pierna derecha, le dolían los dedos de la mano, tenía el cuerpo adormecido y el dolor punzante continuaba en su cabeza. Cuando el gaucho se alejó lo suficiente, el caballo apareció al trote. El hombre montó a Tino y se giró para observar al demontre. Levantó la mano para saludarlo, pero el diablo no respondió.

Herminio cabalgó mojado, dolorido, absorto ante semejante experiencia. Mientras avanzaba, pensaba en el compromiso que había adquirido y estaba dispuesto a cumplir con su palabra. En el frío de la noche, el silencio profundo era quebrado por los gemidos ahogados que se oían cada vez más lejanos.

La luz mala

El silencio nocturno fue cortado por el mugido de una vaca. En un principio el sonido pareció aletargado, pero luego continuó ascendiendo hasta terminar en una especie de mugido ahogado. Atilio conocía aquellos bramidos desesperados. Eran los mismos que los vacunos emitían cuando algunos zorros y pumas merodeaban por los alrededores; echando espuma por la boca, eran atraídos por la placenta y los jugos que parecían adobar a los terneros recién nacidos. El mugido se alargó otra vez y luego otras vacas se sumaron en un coro nocturno. Los ecos lastimeros fueron aumentando hasta que terminaron siendo una especie de coro premonitorio que llamaba a la desgracia, una pronta e inminente desgracia.

Los sonidos llegaron a la casa que estaba rodeada por unos ligustros verdes de un metro de altura, trenzados en un alambrado. El Negro, un perro grande y robusto, fue el primero en ponerse de pie. No era de raza, pero por su aspecto parecía tener cruza con algún gran danés. Se acercó a los ligustros y lanzó un ladrido grave y alargado. Su cabeza quedó por encima del alambrado. El perro mostró los colmillos; una saliva espesa recorrió su boca, tensionó sus carrillos y elevó un poco el hocico con un gruñido. Furro fue el segundo perro en responder, un galgo color café cuyas patas traseras eran un poco más largas que las delanteras. Era el perro más flaco de los cuatro y se le notaban los huesos a pesar de que tuviera comida. Luna, una perra blanquecina con manchas negras, lanzó un aullido largo y pretencioso. Repitió el aullido, entrecortando su angustia y su demanda hacia su dueño. Y, por último, Chicho, un perrucho de no más de treinta centímetros de alto que lanzaba ladridos agudos, rápidos y desesperados, corriendo y pasando por debajo de la panza de los otros perros como una bola de pelo negro. Así, los perros se sumaron al coro de animales que parecían anunciar la desgracia.

La casa era un chalecito de tejas anaranjadas. En la entrada principal una puerta con mosquitero color crema se veía junto al farol de luz que estaba por encima del marco de la puerta. Una arcada de cemento y paredes de ladrillo pintadas de color verde musgo invitaba en forma tranquila al hogar. La puerta de entrada sonó y un hombre salió empujando el mosquitero.

El paisano tenía el cabello ralo y de color negro, las cejas bien marcadas y el bigote largo. Llevaba bien afeitadas las patillas y la barba. Tenía los ojos color negro y

varias arrugas surcaban su frente y comisuras. El final de la nariz era un tanto redondeada y estaba enrojecida. Los pequeños vasos sanguíneos parecían marcarse con demasía en la nariz y en los pómulos. Lo mismo le pasaba en las orejas, que eran grandes y bien marcadas, y estaban igual de coloradas. El hombre se limpió las últimas gotas de vino con el antebrazo izquierdo, puesto que con la mano derecha llevaba el rifle. Vestía una camisa a cuadros de color rojo y líneas negras. La hebilla del cinturón relucía en un óvalo plateado de alpaca y, bien ajustada, sostenía alrededor de su cintura una bombacha de campo color negro. Cerraba su atuendo unas alpargatas negras.

Los perros se acercaron ladrando cuando vieron a su amo salir por la puerta. Daban saltos a su alrededor, como si en su instinto animal intentaran prevenir y avisar de la desgracia. El hombre comenzó a avanzar, rifle en mano. El Chicho se cruzó entre sus patas con ladridos desesperados y el hombre trastabilló.

—¡Mierda, Chicho! —protestó Atilio.

El paisano pudo recobrar el equilibrio sosteniendo el rifle. El perro se alejó chillando y le lanzó a su dueño un gemido lastimero, un poco consiente de haber fastidiado a su amo y otro poco dolorido por el pisotón que había recibido en la pata trasera. Atilio se acercó a la puerta de reja y la abrió. Los perros salieron corriendo primero.

—Zorros de mierda, ya van a ver —protestó el paisano.

El hombre avanzó hacia el campo abierto. La oscuridad se cernía sobre él, pero la noche era clara. El cielo estaba cubierto de estrellas y la luna llena se lucía bien blanca y plena en el firmamento. Mientras Atilio avanzaba, sintió el fresco del aire nocturno recorrer su rostro. Aún quedaban en su cuerpo los vestigios del abrasador calor de aquel día de verano. Durante la tarde la temperatura había superado los cuarenta grados y la noche traía calma a la tierra que parecía rozarse con el infierno.

Atilio se encaminó a paso firme en dirección hacia el corral de las vacas. Los mugidos parecían cada vez más desesperados. Los perros iban en una corrida ligera, se alejaban de su amo, ladraban y volvían a su encuentro. El hombre tuvo que esquivar a Chicho, que otra vez buscaba meterse entre sus piernas.

—¡Deja 'e joder, Chicho! —protestó el paisano y empujó al perro con el pie.

Cuando al fin llegó al corral, Atilio entrecerró los ojos para ver desde cierta distancia. En medio de la oscuridad, una luz parecía brillar a lo lejos, como a unos cien o

ciento cincuenta metros del alambrado. Parecía una luz débil de color blanquecino que cada tanto subía y bajaba un poco de intensidad.

—*Hijo 'e putas. Cuatrerros* —susurró.

El hombre cruzó el alambrado y se agazapó entre el fardo. Avanzó agachado entre las pajas, despacio, sosteniendo el rifle a un lado e intentando no hacer ruido. Atilio tenía fija la mirada en la luz. Se había adentrado unos veinte metros en el lote, pero la luz no parecía moverse, así que tiró del percutor hasta trabarlo, apuntó al cielo y sosteniendo la vista en las luces apretó el gatillo. El sonido del disparo retumbó y quedó haciendo eco en el aire hasta que se perdió. Los perros y las vacas parecieron enloquecer aún más. La luz no se movió.

Desestimando la posibilidad de que fueran personas, Atilio se puso de pie y avanzó con un tranco más firme. La luz aún estaba lejos y ahora parecía tomar un color mucho más blanquecino y un tanto brillante, como el que podría emitir un reflejo. Se había adentrado unos cincuenta metros, la luz aún estaría a otros treinta. Atilio frunció un poco el ceño cuando le pareció que la luz se extendía hacia ambos lados. A medida que el paisano avanzaba, la luz parecía agrandarse, agitarse, como si fueran aguas creciendo o como podría verse el reflejo de un lago. Pero este era un lago blanco, casi brillante y de un aspecto fantasmal.

Atilio aguzó la vista cuando le pareció que algo se movía dentro de la luz. Al principio no estuvo del todo seguro, pero pronto lo confirmó. Una figura parecía ponerse de pie entre los reflejos de la luz. Las vacas comenzaron a mugir y los perros a ladrar desesperados. Una forma humana, blanca, transparente, estaba de pie a unos quince metros. Atilio sintió una punzada de miedo y dio unos pasos hacia atrás. Pestañeó varias veces, como intentando acomodar su visión. Quiso ver mejor, pero la figura había desaparecido. Tal vez hubiera sido un engaño de la noche. Con cautela, Atilio miró a los alrededores. La figura blanquecina, como un espíritu, caminaba hacia él, solo que ahora venía desde el lado derecho.

—¡Mierda! —gritó asustado.

El paisano se giró al instante y, rifle en mano, se echó a correr hasta su casa. Detrás de él, los perros ladraban, desesperados, uniéndose al mugir de las vacas. Volvió la vista algunas veces durante el trayecto. Para su suerte, el espíritu no lo había seguido. Cuando llegó a la puerta de la casa, estaba casi sin aliento. Miró una última vez hacia

atrás y solo encontró una noche clara y solitaria. Dio una respiración profunda tratando de recobrar el aire, abrió la puerta e ingresó en la casa.

La cocina tenía forma rectangular. María, su esposa, estaba terminando de limpiar unas ollas. La mujer era más bien rellenita y de caderas anchas. Avanzó dando unos pasos cortos hasta la mesa y terminó de juntar los vestigios de la cena. Usaba un vestido floreado y tenía puesto un delantal marrón claro. Tenía el rostro redondeado, como casi todo su cuerpo, y el cabello ondulado color castaño. Hizo una mueca cuando lo vio entrar.

—¿Y *ahura* *quí* pasó? —preguntó la mujer, mientras dejaba los platos en el lavabo.

—*Nu* sé —dijo el paisano con los ojos bien abiertos, asustado.

—Va, ¿cómo *qui* no *va'* a saber? —protestó la señora y se dio vuelta para mirarlo.

Atilio se encogió de hombros, en verdad no podía comprender lo que había sucedido. El hombre caminó hasta la mesa y se sentó en una de las sillas. Dejó el rifle a un lado y se pasó las manos por el rostro. Aún sentía el vértigo en su cuerpo y tenía una leve sanción de temblor en las piernas. Afuera, los perros y las vacas seguían con su coro nocturno y lastimero.

La mujer se acercó unos pasos hasta la mesa. Le dedicó una mirada dura y colgó el repasador en su hombro. Se quedó de pie y cruzó sus brazos, como exigiendo una explicación. Atilio se quitó las manos del rostro y miró a su esposa:

—*Naid*es —dijo negando con la cabeza—. Ni zorros, ni pumas, ni cuatreros. No había *naides*.

Atilio se agachó un poco para buscar la damajuana que estaba debajo de la mesa. Se sirvió un vaso rebosante y le dio un largo sorbo hasta dejarlo por la mitad. Su esposa lo miró con cierto reproche, pero no dijo nada. El hombre apuró un segundo trago y dejó entonces sobre la mesa un vaso vacío. Cuando terminó de beber, Atilio se limpió la boca con el antebrazo de la camisa. El fulgor del verano, la corrida del regreso y el calor del vino parecieron alojarse con mayor intensidad en sus mejillas y en la punta de su nariz, que ahora parecían más ruborizadas que de costumbre.

—¿*Quí* pasó con las vacas? —preguntó la mujer.

El hombre se rascó detrás de la oreja y se encogió de hombros.

—*Nu* sé —dijo, mientras se volvía a servir otro vaso de vino.

—¿Fue a ver las vacas y no las vio? —protestó la mujer.

—Vi una figura —dijo el hombre, y volvió a beber otro sorbo—. Una luz blanca, como un espíritu.

La mujer abrió los ojos, tensionó su cuerpo y su piel se erizó. Luego negó con la cabeza:

—No venga a joder con eso de los malos espíritus, hombre.

—Es la verdad —dijo Atilio con preocupación—. Era una luz, pero como una luz mala.

La mujer se quedó unos instantes en silencio. Luego vio el resto en el vaso de vino y dio un bufido. Le sacó el vaso de la mesa y lo llevó al lavabo.

—¡Que no estoy borracho, mujer! —protestó Atilio.

Rato más tarde, la mujer había terminado de lavar los platos. Cerró el grifo de agua y miró por la ventana. No veía nada más que oscuridad. Con un movimiento decidido, prefirió cerrar la cortina. «Una luz mala», le había dicho Atilio. Dio media vuelta y comenzó a caminar hasta la habitación.

El día siguiente transcurrió con normalidad para los dos. Atilio se dedicó a sus labores de la tierra, así como al cuidado de los animales. María trabajó en la quinta y se dedicó a los quehaceres de la casa. Cada quien, entre sus tareas, fueron dedicando miradas inquietas hacia el lote de las vacas. Pero estaban tranquilas y Atilio había corroborado que no había aparecido ningún problema. El calor resultaba agobiante, otra vez superaba los cuarenta grados y las tareas debían hacerse con parsimonia.

El anochecer trajo un poco de aire fresco y con ello también la tranquilidad de un día terminado. Los trabajos necesarios habían sido realizados y el momento de la cena ya estaba cerca. María había preparado una ensalada con verduras de la huerta y había cocinado medio pollo a la plancha. Cortó unas rodajas de limones y puso en la mesa un poco de pan casero que había horneado durante la mañana.

Atilio ingresó por la puerta principal. Acababa de entrar a los perros, que era la última tarea del día. Caminó hasta el lavadero y trajo una damajuana. Como siempre, se sirvió un vaso rebosante y luego la ubicó debajo de la mesa. Sin más preámbulos, tras el cansancio de sus labores, se dispusieron a cenar.

Apenas habían dado el primer bocado cuando las vacas comenzaron a mugir. Otra vez, una tras otra, como si se tratara de una amenaza. En un principio, Atilio y María

intentaron ignorar la situación. En el campo, o tal vez en cualquier parte, nadie se atrevería jamás a enfrentar a un espíritu que anduviera deambulando por ahí. Apenas habían dado unos pocos mordiscos cuando los perros se unieron al coro nocturno.

—Ni con una mierda —susurró Atilio.

Continuaron con la cena a pesar de los mugidos largos y graves, de los ladridos de los perros y de los nuevos animales que se añadían al llanto lastimero. Pues ahora eran las aves de corral quienes se habían sumado con unos cacareos agudos e histéricos.

Los ecos de los animales se fueron entrelazando y embotando, unos sobre otros, como si se tratara de un coro. Un coro de desgracias y de penas, un coro de premoniciones, como si allí afuera pudiera estar desatándose el mismo infierno.

—¡Ya, está bien! —protestó el paisano dándole un golpe a la mesa.

Su mujer dio un saltito por el susto, pero no dijo nada. El hombre apuró el vaso de vino y bebió hasta el fondo. Repitió el proceso de la bebida dos veces. Mientras tanto, el coro de animales parecía seguir exigiendo la aparición de Atilio. El hombre sintió un escalofrío y su piel se erizó al pensar que, en realidad, tal vez era el espíritu blanquecino quien le exigía que saliera. Se puso de pie con mala gana y se encaminó hasta su habitación. Poco después, llegó armado con el rifle y con las mejillas rojizas por el efecto del vino.

—Te acompaño —dijo su mujer.

El cielo nocturno mostraba, otra vez, una luna plena, clara y brillante. María cargaba entre sus manos un farol para alumbrar el camino y en el pecho llevaba colgando un pequeño crucifijo de madera. Lanzó un grito cuando sintió que algo le rozaba las piernas.

—¡Chicho! —protestó.

Atilio abrió la puerta de la cerca y, tal cual el día anterior, los perros fueron los primeros en salir corriendo. Desesperados, con sus ladridos histéricos, se encaminaron hacia el lote en el cual estaban las vacas. Mientras Atilio y María avanzaban hacia el lugar, los sonidos nocturnos parecían escandalosos. Pues ahora los cerdos habían empezado a gruñir enfadados y los cerdos más chicos lanzaban sus chillidos agudos semejantes a los de unos niños sufrientes.

Estaban llegando cuando María se quedó plantada de pie. Era como si sus piernas hubieran echado raíces, tal cual los pinos cercanos. El reflejo amarillento del farol

iluminaba en un vaivén descuidado, las manos de la mujer temblaban a un ritmo que no las podía controlar. Apagó el farol para ver mejor. A lo lejos, en medio del lote, una luz blanquecina parecía extenderse como si fuera un pequeño lago; emitía un tenue resplandor y parecía ascender su reflejo como si buscara la luna.

—Pero... ¿qué es eso? —dijo la mujer.

Atilio trató de aguzar la vista. No estuvo seguro de si vio o no a la figura blanquecina, pero igual usó su mano libre para tirar de su esposa mientras ambos regresaban hasta la casa.

Ya en el comedor, los dos temblaban como niños asustadizos. Afuera, los animales no dejaban de cantar su coro de desgracias; ya las vacas, ya los perros, ya los cerdos, ya las aves de corral. Se sentaron en la mesa, en silencio, tiesos y con un semblante pálido. Esta vez, María apuró un vaso de vino junto a su esposo.

Así transcurrieron seis días y cinco noches. Los días no fueron tanto problema; las noches, sí. Apenas podían cenar y les costaba dormir por los ruidos. Los animales parecían contagiarse con sus sonidos lastimeros para emitir ladridos, gruñidos, mugidos, chillidos y demás. Pero las últimas dos noches habían sido las peores. Más animales se habían sumado al coro de la desgracia y entre estos se encontraban los gatos monteses, pájaros, murciélagos, grillos y otros. Por las noches no podían siquiera pegar un ojo. Al amanecer los animales se calmaban y era como si la luz del sol trajera la paz a las tinieblas.

La sexta noche Atilio y María estaban encerrados en su habitación. Los sonidos de los animales parecían traspasar las paredes y daban la sensación de que penetraban en sus cabezas. Los dos estaban acostados y tapados hasta el cuello con las sábanas y una manta liviana. Atilio parecía tener la nariz, las orejas y los pómulos más rojizos que nunca. Sea por el calor, por el trabajo, por el mal dormir, por la rabia o por la dosis de vino que habían ido en aumento. María tenía las manos entrelazadas y apretaba con fuerzas un crucifijo y un rosario. Las manos parecían quedarle pálidas y, en un movimiento tenso, sus dedos tronaron. Temblaba tanto que parecía época de invierno más que de verano. En los dos se dibujaban unas profundas ojeras, habían pasado demasiadas noches sin dormir.

—El sol saldrá pronto y todo terminará —dijo María.

—Es porque el sol vence a la luz mala —respondió Atilio.

María asintió con la cabeza, aferrada a sus artefactos sagrados, confiando en lo que había dicho su marido.

El séptimo día de trabajo no resultó tan bueno para Atilio. Apenas pudo realizar algunas tareas y cometió varios errores en otras. El hombre sentía el cuerpo cansado y la cabeza embotada. Por otro lado, María apenas si había podido salir de la casa, el miedo la tenía paralizada y hasta andaba mareada por repetir tantas oraciones.

Durante la noche, María y Atilio intentaban cenar. El hombre apuró el vaso de vino una vez más. Había perdido la cuenta de las copas que llevaba. Sin embargo, al instante, volvió a servirse otra vez. Un hipo salió cortado y quedó silenciado por los sonidos del exterior. Los dos pensaban que la desgracia había caído sobre sus vidas y ambos se preguntaban hasta cuándo duraría la tortura.

—Se tiene que terminar —dijo Atilio y dio un buen sorbo.

Los sonidos seguían resonando en el exterior. El coro que los venía persiguiendo durante tantas noches parecía estar en su ápice. Mugidos largos y lastimeros de las vacas. Chillidos agudos e histéricos de los cerdos. Graznares lejanos y penetrantes de las aves. Ladridos de los perros. Chillidos de murciélagos. Bufidos de gatos monteses y sonidos estridentes de los grillos.

Atilio quiso dejar la damajuana en el lugar de siempre, pero en el movimiento chocó el envase contra la pata de la mesa. No rompió la damajuana, pero se astilló en el pico. El hombre se puso de pie con decisión y apuró el resto de vaso. Sus mejillas estaban ruborizadas de una manera exuberante, al igual que sus orejas y la punta de la nariz. Un color rosado inundaba sus labios; emitió un eructo al que contuvo con su mano.

—Quiero *ell...* rosario —dijo con la lengua adormecida—. *Hoy sse...* termina la luz mala.

Poco después, Atilio estaba de pie en el jardín de la casa. Abrió la cerca y los perros fueron los primeros en salir corriendo y ladrando. El hombre sostuvo el rifle con las dos manos. En su cuello llevaba colgando el rosario y también el crucifijo. Activó el percutor y comenzó a caminar hacia la oscuridad. Hacia el camino que marcaban los perros. Hacia el lote en el que se encontraban las vacas.

María quedó temblando en la cerca del jardín. Llevó sus manos al pecho, entrecruzó los dedos y presionó con fuerza. La mujer elevó la mirada al cielo; la luna llena parecía más grande que nunca.

Atilio divisó la luz blanca a lo lejos. Iba murmurando y maldiciendo en voz baja. La presión en su cabeza comenzaba a sentirse con más fuerza. Llegó al alambrado e intentó pasarlo por encima, le costó un poco coordinar sus movimientos y se quedó trabado en el alambre.

—Mierda —protestó, cuando estuvo a punto de caerse.

Por un momento, el mareo pareció intensificarse. Tal vez el vino se resistía mejor mientras estaba sentado. Tal vez el aire nocturno había jugado una mala pasada. Tal vez los nervios de enfrentarse al espíritu lo habían perturbado.

Al fin pudo pasar el alambrado, con cierto esfuerzo, y se encaminó hacia el lugar. Sentía el cuerpo pesado y la cabeza embotada. La luz mala iba creciendo conforme él se acercaba. A lo lejos le pareció divisar a la figura blanca. Atilio pestañeó con fuerzas como para aguzar la vista. Se paró en seco, intentó apuntar y disparó. Las vacas se dispersaron entre mugidos y algunas aves revolotearon tras el eco del disparo. Atilio intentó mirar hacia el lugar, pero no logró divisar nada.

Volvió a cargar el rifle y se puso en marcha una vez más. La luna parecía reflejarse y mezclarse con esa luz blanquecina que emanaba desde el suelo. Una luz mala que albergaba a un espíritu. Una luz mala que estaba perturbando sus vidas y la de los animales. A medida que Atilio avanzaba, la luz se iba agrandando y expandiéndose como si fuera un reflejo que lo engullía. Un golpe de nervios lo atravesó y se mezclaron entonces el embotamiento del vino, el cansancio y el miedo. El hombre se vio a sí mismo dentro de una especie de lago blanquecino. Miró a un lado y al otro. Un escalofrío lo recorrió cuando vio huesos. Huesos de vacas y de animales. Activó otra vez el percutor y caminó hacia atrás, asustado. Le pareció ver, tal vez, unos huesos de humanos, pero no pudo deducirlo con certeza. Se sentía mareado y cansado. Los perros ladraban a su alrededor. De aquí y de allá, las vacas mugían. Los ruidos de los animales parecían penetrar en su mente. Todos los sonidos parecían escucharse más fuerte. La maldición de la luz mala lo perturbaba. Dio unos pasos y otros tratando de divisar al espíritu. Escuchó un ruido a sus espaldas y al instante quiso darse vuelta, pero se enredó entre el pajonal, dio media vuelta sobre sí mismo y cayó sobre el rifle.

El sonido del disparo retumbó en la oscuridad.

El grito del hombre se unió al coro de desgracias. La desgracia de las vacas mugiendo, los perros ladrando, los cerdos chillando y el hombre muriendo. Desgracias

que luego serían contadas por su esposa, María, cuando diera testimonios de que «la luz mala» había sido quien había asesinado a su marido.

Atardecer junto al árbol

Don Mario salió de su tapera un rato después del amanecer, lo hizo con un tranco lento y un andar entumecido que revelaba un profundo y sincero cansancio. Había sido una pésima noche, pero no diferente a las que venía sufriendo durante los últimos meses. Dio una respiración profunda y se dispuso, otra vez, a comenzar un nuevo día de trabajo. A pesar del agotamiento, su honor no le permitía dejar sus obligaciones sin realizar. Deseaba tomarse un descanso, pero no podría hacerlo en tanto el dueño de la estancia estuviera allí.

El paisano era un hombre más bien de baja estatura. Tenía la barba y los bigotes desprolijos, puesto que hacía varios días que no se afeitaba. Las partes desparejas eran producto de la última recortada que, dos meses atrás, había sido desigual, dejando pequeñas partes de barba aquí y allá, pero que ahora, al crecer, se vislumbraban mucho más y daban un efecto descuidado. Tenía el rostro curtido, al igual que sus brazos y manos. La piel, manchada y reseca, era consecuencia de la exposición al sol en largas jornadas de trabajo al aire libre. Un profundo cansancio se reflejaba en su rostro, que estaba surcado por rígidas arrugas. Con un semblante pétreo y frío, el hombre miró con sus ojos pequeños por el mal dormir. El ombú que se veía a unos metros de distancia parecía el lugar ideal para tomar su descanso, pero no podría hacerlo en tanto el patrón estuviera en el lugar.

Al instante se puso a andar en dirección hacia el casco de la estancia. Un día cálido lo recibió con un cielo celeste y despejado. Los pájaros cantaban hacía ya un buen rato y el sol comenzaba a sentirse con vigor. Era uno de esos días que ya adelantan un verano caluroso y refulgente.

Don Mario llevaba una bombacha de campo color negra que estaba rasgada en la costura izquierda. Si bien era cierto que tenía otras en buenas condiciones, poco le importaba usar una, la otra o cualquiera. Llevaba una camisa a cuadros manga larga, pero la tela era de algodón liviano y resultaba útil para protegerse los brazos en el trabajo, así como del sol. La prenda estaba un poco sucia y emparchada en los codos, pero esos parches eran buenos, los había puesto su esposa tiempo atrás, y la camisa resultaba cómoda, que era lo más importante. Era a cuadros grandes, de color gris y rojo. Lo acompañaba, en el cuello, un pañuelo desgastado que había anudado de

manera espantosa y casi al azar. De la misma manera había colocado mal su camisa dentro del pantalón y le quedaba del lado izquierdo por dentro y en el lado derecho por fuera. El cinto no ajustaba como debía, razón por la cual la bombacha de campo parecía ladeada hacia la izquierda. Pero a pesar de todo, don Mario nunca olvidaba su principal herramienta de trabajo, un facón de quince centímetros que llevaba enganchado en la parte posterior de la faja.

Al escuchar su andar, camino al casco de la estancia, los primeros en venir desde los prados fueron sus dos perros. Pulgo, el perro viejo que rengueaba de la pierna derecha, se acercó primero. Se trataba de un animal de abundante pelo enrulado, tal vez de color blanco, pero en medio de la maleza y del campo solía ser de un color entre amarillento y amarronado, puesto que siempre andaba tirándose en algún que otro charco o revolcándose en la tierra para cortar el calor que le provocaban los días cálidos. También solía sucederle, a veces, que caía en algún bebedero de animales, ya que era medio ciego. Así que la combinación de agua y tierra le dejaban un pelaje sucio y cubierto de barro seco. Sin embargo, a pesar de su ceguera, se trataba de un perro con vasta experiencia en la vida de campo. El segundo perro era Chorizo, un perro bastante torpe que poco tenía para aportar. Un animal color caoba, de cuerpo alargado y de patas cortas, que no hacía otra cosa más que seguir a Pulgo. Ninguno de los perros, uno por ceguera, el otro por inútil, podían realizar los trabajos de campo, pero por otro lado eran la única compañía que le había quedado a don Mario.

Cuando el paisano al fin llegó a la tranquera del casco de la estancia, la cruzó para comenzar con sus labores. Un largo y ancho prado daba acceso a la estancia. Del lado izquierdo había un gran ombú que exponía sus grandes ramas y proyectaba una sombra refrescante. El paisano pasó caminando debajo. La tranquilidad y la paz parecieron regresar a su mente y la sombra le dio un frescor agradable. Don Mario se detuvo para observar al gigante inmóvil.

Quedaron frente a frente el hombre y el árbol. El ombú: inmenso, potente,preciado y longevo. El hombre: cansado, pequeño, abatido y frágil. Uno frente al otro, como si se mostrara la importancia de cada uno para la naturaleza o como si el encuentro fuera el reflejo de quien tenía derecho a prevalecer. El hombre elevó la mirada y observó las grandes ramas y hojas que proyectaban, además de sombras, la sensación de tener recuerdos de tiempos lejanos. El paisano pareció hundirse ante la

inmensidad de aquel árbol y pensó, por qué no, si acaso podría descansar allí. Tal vez podría pasar el atardecer junto al árbol, tal vez podría encontrar la paz que tanto necesitaba. A su lado, su perro, Pulgo, lanzó un aullido lastimero.

El paisano se dio la vuelta cuando escuchó unos ruidos cercanos. Un perro de raza, de color dorado y bien alimentado, andaba corriendo por el prado. Era el perro del dueño de la estancia. Al parecer su patrón también andaría despierto. Así que, sin más opciones, don Mario pospuso sus deseos y su necesidad de descansar. Era menester comenzar con sus tareas.

Pasando el prado estaban a la izquierda los tinglados, el taller, la herrería y las parcelas. Del lado derecho estaba el caserón del patrón. El perro de pelaje dorado y los perros de don Mario se juntaron para saludarse de forma amistosa. Don Mario vio que su patrón andaba cerca de la camioneta Ford F-100. Un excelente furgón de color rojo que su patrón había adquirido de primera mano.

El dueño, un hombre de bigote abundante y barba corta, se acercó. Vestía un pantalón color negro de tela liviana y una camisa manga corta a cuadros chicos. Los zapatos de cuero relucían impecables. El hombre se acercó a paso ligero. Era más bien corpulento, caminaba con paso tosco y era un tanto encorvado.

—Buenos días, don Mario —dijo el dueño de la estancia.

—*Bueno día*, patrón —saludó el paisano.

—¿Ha dormido bien? —dijo el dueño de la estancia frunciendo un poco las cejas—. Luce usted cansado.

—Estoy bien, patrón —dijo el paisano.

El dueño de la estancia le dedicó una mirada de desaprobación tras la respuesta. Las ojeras marcadas del paisano, su semblante deteriorado y su aspecto taciturno parecían reflejar una cosa muy diferente a sus palabras. Pero el dueño de la estancia prefirió ignorar la situación; después de todo, no era su problema el ánimo o la situación del empleado.

—Mario, voy a tener que pedirle que luego de las tareas habituales corte el pasto de alrededor de la casa —dijo señalado el amplio espacio que conformaba el casco de la estancia—. Vendrán visitas en dos días y sería bueno tener todo prolijo.

—Como diga, patrón —dijo el paisano asintiendo con la cabeza.

El dueño de la estancia hizo un gesto rígido con la cabeza y se dio la vuelta, regresando al caserón. El paisano se quedó mirando el pasto que, por cierto, otra vez debía cortar. Apenas hacía seis días que había cortado el pasto, pero el dueño solía tener ambiciones muy estrictas en cuanto a la apariencia del casco de la estancia. De hecho, durante el último invierno, don Mario se había encargado de podar no solo la cantidad de plantas, frutales y rosales alrededor de la casa, sino que también había podado los árboles para que quedaran a una misma altura. Con excepción del ombú, por supuesto, que el dueño decía que nunca debía ser podado, ya que de esa manera parecía tener un porte mucho más imponente que los demás árboles. Y en verdad lo tenía. El ombú parecía sobresalir en altura, como en busca de los cielos, aunque también pudiera que tenga raíces profundas hasta el infierno.

Don Mario dio un respingo y salió caminando hacia la zona posterior que estaba en los tinglados. Tal cual había dicho el patrón, primero debía realizar las tareas habituales de cada mañana, y lo primero era controlar los animales.

En principio, don Mario salió caminando hacia el gallinero. Al igual que lo había hecho durante los treinta años en que había vivido como peón de la estancia. Allí había pasado buenos años de su vida, hasta que meses atrás había fallecido su esposa. Sus hijos, según sabía por boca de otros, andarían bien, realizando sus propios caminos y viviendo en algunos pueblos lejanos. Pero sea por su forjada prepotencia o por la desobediencia de los críos, el hombre había dejado de tener trato con ellos bastantes años atrás. Así que solo quedaba él. Él y los perros.

Don Mario llegó al gallinero. La estructura estaba compuesta por dos rectángulos de ladrillo de segunda mano pintados con cal y un techo de chapa gruesa. A su vez, estos unían en el frente un rectángulo con un tejido en forma de alambrado para que las aves no pudieran salir del perímetro cerrado. Era tarea de don Mario meter las gallinas por las noches para evitar el ataque de zorros, comadrejas o de alguna jauría de perros. El hombre abrió las dos puertas del gallinero. Las aves de corral salieron entre cacareos intensos y un fuerte batir de alas que provocó que algunas plumas volaran al pasar. El hombre miró hacia dentro de los dos habitáculos a través de las puertas. Algunas gallinas todavía quedaban dentro, pero no había animales muertos ni señales de ataques. Todo estaba igual que siempre.

El hombre abrió el grifo de la canilla cercana, que ya tenía colocada la manguera, y entonces dejó cargando el bebedero. Luego ingresó al corral para evaluar los depósitos de alimentos. La mayoría estaban bien, pero como era costumbre sería necesario recargarlos. El hombre salió del corral y caminó hacia la parte posterior de los gallineros. Allí había un pequeño depósito cerrado con un candado. No era más que una estructura de madera adosada a la pared posterior de una de las habitaciones del gallinero. Abrió el candado con una de sus llaves que siempre tenía atadas al cinto y buscó algunos baldes que tenían maíz para recargar los depósitos de alimentos.

Poco después el hombre regresaba y cargaba los depósitos con maíz. Lo hizo en el primer habitáculo, en el segundo, y luego se acercó a la parte de afuera para poner otro poco y con eso vació el cuarto balde. Finalmente, se acercó a la canilla y cerró la manguera del bebedero. Una vez ordenó y cerró el depósito, salió caminando hacia el pequeño corral que estaba en la parte lateral izquierda. Todo esto detrás de la herrería y de los tinglados.

El hombre se acercó al corral en el cual estaban las ovejas, un espacio chico donde contó los animales. Noventa y siete cabezas, igual que ayer. Saltó el alambrado y caminó por el corral. Abrió la pequeña tranquera que comunicaba con el lote vecino y dejó que los animales fueran saliendo, de uno en uno, hacia el lote más grande donde pudieran pastar y andar tranquilos. Todo esto, bajo una regia mirada. Pues a medida que las ovejas, carneros y corderos salían a pastar, don Mario los observaba, atento a que estuvieran sanos y fuertes. Una vez más, todo parecía en orden. Don Mario procedió a dejar abierta la canilla de los bebederos, allí el agua salía débil y tardaba cerca de dos horas en llenarse.

Seguía luego el control de las vacas, pero para eso debía acercarse al lote más lejano, el que estaba posterior al que había largado las ovejas. Así que el paisano se acercó al pequeño corral en el cual tenía a su caballo, Negro. El paisano saludó al animal con poco ánimo y le aflojó la soga. Lo llevó hasta la herrería y lo ató allí junto a un palenque. De la herrería sacó los elementos para ensillar al caballo. Don Mario era baquiano para las monturas y en pocos minutos lo tuvo listo. Ajustó la silla de montar y llevó al caballo de las riendas mientras caminaban juntos. Pasó la tranquera que daba al lote del fondo. Montó el caballo y salió al trote liviano hacia el lugar donde estaban las vacas.

Una vez se acercó al alambrado, desde la altura del animal, fue contando las cabezas de ganado. Ciento cinco... Ciento seis... Ciento siete... Una vez más, todo estaba en orden, todo estaba igual que siempre.

Siguió a lomos de su caballo hasta llegar al molino. Allí desmontó y no se preocupó en atar a Negro; el caballo ya estaba acostumbrado a esperarlo. El hombre se acercó hasta la base del molino y movió el vástago para destrabar el freno. Un sonido chirriante a metal llegó al tiempo que las hojas comenzaban a danzar al compás del viento. El eje de subida y bajada acompañó con otro chirrido y, tras unos pocos vaivenes, don Mario escuchó el chorro de agua salir por el caño de vertida y caer en el bebedero. El hombre sintió el calor que ya comenzaba a apretar, se acercó hacia el chorro de agua que salía por el caño metálico e interpuso sus manos en el agua que comenzaba a salir bien fresca. Se mojó el rostro para cortar el calor y pensó en que, tal vez, podría descansar allí en el molino, pero pronto recordó que tenía otras tareas y que su patrón le había encargado cortar el pasto.

El hombre continuó sus labores montando a lomos de Negro. Tuvo que revisar los lotes sembrados de trigo y cebada, los recorrió en diferentes partes de la tierra y caminó entre ellos para ver si había malezas o plagas. Pero por suerte no había problemas, todo estaba igual que siempre. También dedicó parte de la mañana a otras tareas más simples, como recoger huevos del gallinero, reponer unas maderas en el corral de las ovejas, controlar los frutales, cerrar los bebederos abiertos.

Ya pasado el mediodía don Mario consideró que sería bueno comer algo. El calor pesaba demasiado y el estómago le rezongaba pidiendo comida. Dejó a Negro en el corral de siempre, el que estaba junto al de las ovejas, y emprendió el camino hacia su tapera. Mientras pasaba por el casco de la estancia, con el sudor en la frente y en su cuerpo, sintió un buen alivio cuando la sombra del ombú lo protegió del sol. Don Mario elevó la mirada hacia el gigante e imponente árbol que parecía traerle un poco de paz. Por un momento pensó en arrojarle a sus pies y al fin ponerse a descansar, pero pronto vio de reojo la camioneta del patrón. En tanto el dueño estuviera en la estancia, don Mario no podría tomarse su anhelado y necesario descanso.

El paisano cruzó la tranquera y emprendió el corto regreso hasta su tapera. Una pequeña casucha con una puerta de madera en el centro y una ventana a cada lado. La fachada era de revoque grueso y sin pintar. Las partes inferiores tenían manchas de

humedad, pero con los días de calor estaban secando y el revoque parecía estar dispuesto a resistir un tiempo más. El paisano se encaminó hacia la puerta y los perros buscaron la sombra de un pequeño árbol que estaba junto a la casucha.

Don Mario abrió la puerta de madera e ingresó en la tapera. Un vaho caluroso, mezcla de encierro y suciedad, lo recibió. En la parte izquierda había una cocina a leña y un pequeño anafe con garrafa. En el centro se disponía una mesa con cuatro sillas de madera y algunos almohadones desteñidos y desgarrados. Detrás de la mesa había un mueble, tipo aparador, de madera descascarada. Junto a este, una vieja heladera resultaba bastante ruidosa. Del lado derecho había dos puertas; una llevaba al baño, la otra a la única habitación de la casucha. La puerta de la habitación estaba abierta y se podía ver el pequeño espacio en el cual apenas entraba una cama de dos plazas, que era de estructura metálica, y un pequeño aparador. La cama tenía las sábanas hechas un bollo y había varias cosas tiradas por el suelo, tanto en la habitación como en la sala.

Don Mario echó mano al facón y lo dejó sobre la mesa. Luego caminó hacia la cocina, donde cargó un poco de agua en la pava y la puso a calentar sobre el anafe. Poco después, su almuerzo consistía en un mate cocido con una galleta, acompañado por un poco de queso y un trozo de morcilla. Las gotas de sudor corrían por las mejillas del hombre. Mejillas curtidas y de arrugas rígidas que parecían inmutables ante la situación. Casi con rostro como de piedra, don Mario dio unos sorbos al mate cocido y comió su galleta con tranquilidad. No le molestaba el calor, pero debía admitir que deseaba tomarse un buen descanso.

Cuando ya había terminado su escaso almuerzo miró a través de la ventana. El reflejo de la chapa rojiza de la camioneta del patrón y la estela de tierra en el camino le avisaron que su jefe se acercaba hasta la tapera. Don Mario salió para recibirlo. El sol apretaba con fuerza, pero el aire corría un poco mejor que adentro de la casucha. Sin embargo, no se sabía qué podía llegar a ser peor, si el vaho encerrado dentro de la tapera o el viento caliente que soplaba afuera. Pero, al juzgar por el rostro inmutable y el gesto rígido del paisano, parecía darle lo mismo un efecto que el otro.

La camioneta llegó pronto y se detuvo frente a la tapera. Don Mario se acercó por el lado del conductor para hablar con su patrón y se llevó una gran sorpresa cuando miró en el interior de la camioneta. Dentro del habitáculo iban el dueño de la estancia,

su esposa y sus dos hijas. Pero lo más extraño de todo era que el perro de pelaje dorado iba en la caja del vehículo, junto con algunas bolsas y paquetes.

—Nos iremos al pueblo y regresaremos en dos días —dijo el patrón—. Recuerde cortar el pasto y dejar el frente prolijo para cuando traigamos a las visitas.

—Sí, patrón —dijo el paisano asintiendo con la cabeza.

—Le encargo también que verifique el funcionamiento de la bomba de agua del caserón, parece que pierde un poco.

—Como diga, patrón —dijo don Mario.

Empleado y dueño se despidieron. El patrón aceleró la camioneta y se alejó dejando una estela de tierra en el camino. El paisano pensó que aquella tarde podría resultar ideal para descansar. Al fin el patrón y su familia no estarían. Don Mario pensó, por un momento, si acaso podría pasar el atardecer junto al árbol. Pero antes, por su honor, decidió que no descansaría hasta que sus labores estuvieran terminadas.

Al poco tiempo se puso manos a la obra con el trabajo de la bomba de agua. Tal cual había dicho el patrón, perdía un poco, pero era cuestión de realizar algunos ajustes y nada más. Don Mario dio unas bombeadas al pozo y el agua salió profusa y fresca. Se enjuagó un poco el rostro y se preparó para la siguiente labor.

Se había puesto, en vano, una boina color negro para que lo protegiera del sol mientras cortaba el pasto, pero nada podía resguardarlo del calor. Ya no tenía el gesto inmutable y en su rostro pétreo de rígidas arrugas comenzaron a dibujarse algunas muecas que develaban esfuerzo y fatiga. Aun así, el paisano apenas se detuvo dos veces para mojarse el rostro y beber unos sorbos de agua de la misma bomba que había reparado.

Cuando al fin terminó, cerca de las seis de la tarde, se dijo que no podría descansar en tanto los animales estuvieran descuidados, así que se tomó un buen rato para meter las aves en el gallinero, arrear las ovejas al corral más chico y controlar las vacas. Por supuesto que era temprano para esas actividades, pero no quería ponerse a descansar sabiendo que aún quedaban tareas por realizar.

Cuando al fin estuvo todo resuelto don Mario caminó bajo el sol, que ahora parecía más suave. Su cuerpo había sudado durante el trabajo y en la camisa se veían las aureolas húmedas de su transpiración. Sin embargo, la tranquilidad llegó cuando se detuvo frente al gran ombú. La amplia sombra que proyectaba y la profunda paz que

presagiaba parecieron atraparlo. Ya eran, para ese entonces, cerca de las siete de la tarde. El hombre se quitó la boina y elevó la vista para contemplar el inmenso árbol que bien podría haber tenido unos trescientos años. Estrujó la boina entre sus manos y dio un largo suspiro. Al fin estaba solo, al fin podría descansar. El atardecer era brillante y los pájaros comenzaban a cantar. El calor había cesado y el aire comenzaba a correr. Todo parecía engullirse en una profunda calma.

El paisano caminó hasta la herrería y se perdió en el interior. Solo se escuchó, a lo lejos, el ladrido lastimero del perro viejo y conocedor de la vida del campo. Al poco rato, don Mario salió de la herrería llevando una soga de doble nudo en sus manos y emprendió camino hacia el ombú. El atardecer y el horizonte se reflejaban anaranjados, el silencio era tranquilizador. Al fin no lo molestaría nadie, al fin podría descansar. Pasaría el atardecer junto al árbol, colgando su cuerpo con una soga al cuello.

La pulpería

Era una noche fría de esas entrando al invierno. En el cielo oscuro, detrás de las nubes, apenas se dejaba espiar la luna llena. Un jinete cabalgaba acercándose a la pulpería que estaba ubicada en la intersección de los cuatro caminos. Quien se aproximaba llevaba un grueso poncho negro que lo cubría del frío y una boina negra en la cabeza. El caballo, de pelaje negro, dio un relincho y el vaho de la respiración del animal se fundió en la oscuridad. El jinete se fue acercando como si se tratara de una sombra oculta en la noche o incluso, tal vez, como si la misma noche lo hiciera nacer o resurgir de su propia negrura. A lo lejos los perros ladraron, pero lo hicieron con un sonido lastimero y lejano, mas no se atrevieron a acercarse. El paisano venía desde un puesto de campo y solía rondar los caminos en horarios nocturnos: a veces visitando la pulpería que estaba al norte, a veces la que se encontraba al sur. Pero siempre rondando los caminos lejanos al pueblo, ya que de esa manera las autoridades no lo molestaban demasiado.

Llegó por el camino hasta la pulpería Don Aurelio, que era la que estaba al sur. La entrada tenía algunos palenques ocupados con caballos. En las afueras había dos paisanos hablando con tranquilidad. Uno, fumando una pipa; el otro, preparándose para montar. La fachada de la pulpería era de ladrillo visto, pero el color de los ladrillos estaba apagado y su rojizo lucía desgastado. Eran ladrillos de segunda mano que en su mayoría estaban resquebrajados o con pequeños agujeros. El frente tenía una puerta de dos hojas con un vidrio rectangular en cada puerta. A ambos lados, dos paredes amplias mostraban un ventanal cada una. Los postigos estaban abiertos y a través de los gruesos vidrios se podía ver el reflejo de las lámparas de aceite brillando en el interior. También se escuchaban algunas voces que provenían de las personas que allí estaban. Eran ya cerca de las nueve de la noche.

El jinete de poncho negro se acercó y desmontó de su caballo. Al ver de quién se trataba, el hombre que tenía la pipa se despidió de su compinche y se apresuró a regresar al interior de la pulpería. Por otro lado, su amigo, el que estaba en el caballo, tuvo la excusa perfecta para salir al suave trote por uno de los caminos y alejarse del lugar.

El recién llegado supo al instante que los dos hombres se retiraban por su presencia. Sin embargo, eso no le provocó ningún desagrado, sino que, por el contrario,

le generó cierto placer. Después de todo, la fama de bravo le agradaba, ya que de esa manera lo respetaban más y así tenía menos *gentes* que le molestaran.

El hombre caminó hacia la pulpería y abrió la puerta de un empujón. No fue una apertura modesta; la puerta dio un golpe contra la pared. Captados por el sonido del portazo, los presentes se giraron para ver de quién se trataba. Romualdo avanzó dos pasos dentro del local y miró alrededor. Había llegado, luego de un viaje de dos horas a caballo, con sed de vino y con hambre de problemas. Pero al ingresar no se llevó más que una triste decepción. Miradas bajas y temerosas que reconocían su habilidad para la pelea y que buscaban alejarse de cualquier trifulca. Los curiosos que lo habían mirado volvieron a sumergir los rostros en los juegos de cartas y en las charlas banales que los habían reunido. Nadie se atrevió a decir una sola palabra, y ni siquiera hacer un gesto, acerca de su llegada.

Romualdo pasó caminando por el centro del salón. Había varias mesas dispersas por el local, con sillas de madera ocupadas por algunos clientes. El mostrador era en forma de herradura, pero con ángulos rectos. En las partes laterales, la barra de madera tenía para dispensar todo tipo de productos que pudiera uno imaginar: harinas, aceites, sal, azúcar, semillas, yerba, galletas, trapos, jabones, elementos de bazar, incluso papel y tinta. En la parte derecha de la barra había algunos barriles y botellas que se usaban para servir bebidas. Los clientes solían pedir vino, grapa, ginebra o aguardiente. Frente a la barra se disponían unos taburetes en los cuales se ubicaban algunas personas. Romualdo avanzó y se sentó en una de las banquetas, esperando a que lo atendieran.

El dueño de la pulpería, un hombre alto y delgado, se acercó luciendo un semblante que parecía un tanto preocupado; quien se había sentado era un hombre de mal carácter y bastante difícil de manejar. Romualdo era conocido por ser el paisano más bravo de la zona y todos sabían que no se había ganado aquel título por casualidad.

Aurelio dio un corto suspiro; no era la primera vez que Romualdo llegaba a su comercio para tomar algunas bebidas. Y eso en verdad le preocupaba, ya que en varias ocasiones su presencia había terminado con varios disturbios, desde discusiones y amenazas, hasta peleas de puños y roturas en su local. Pero el peor hecho había ocurrido seis meses atrás, cuando Romualdo había discutido por una supuesta pelea de gallos que había tenido lugar quién sabe dónde. En esa situación, Romualdo acusaba a otro paisano de haber sido víctima de una estafa y de que le habían robado la pelea. Luego

de discutir, esperó al contrincante afuera de la pulpería y se trenzaron los dos, para desgracia del acusado, puñal y poncho en mano. No fue grata la vista ni mucho menos la situación del dueño de la pulpería, el tener un cadáver a veinte metros de su local. Por supuesto que, dadas las circunstancias, mandó a llamar a las autoridades. Pero estas no habían hecho demasiado, ya que la tragedia era el resultado de una pelea de honor: uno contra uno y en la buena ley.

Desde aquel entonces, cada vez que Romualdo llegaba a la pulpería, don Aurelio buscaba la manera para que no hubiera problemas. El dueño de la pulpería miró a Romualdo por un instante, solo de reajo, como para que el paisano no se sintiera observado. Lo miró con preocupación, como si la misma muerte fuese quien visitaba su pulpería.

Romualdo tenía el rostro enjuto y opaco. Su mirada lucía oscura y apagada. Sus ojos pequeños y traicioneros parecían aguzados y atentos a cualquier movimiento. Tenía algunas arrugas en su rostro y una postura rígida. Portaba una apariencia de mal genio, como la de esos perros que están, por instinto, preparados para morder. Bien supo el cantinero que era morder y no ladrar. Romualdo tenía en su pómulos izquierdo una cicatriz de seis centímetros que bien podría haber sido realizada con algún elemento filoso, tal vez en alguna pelea, tal vez en algún trabajo. Pero el cantinero no se proponía preguntárselo, sino más bien servirlo con tranquilidad para que no hubiera problemas otra vez. Quizás, con suerte, el hombre bebería un poco y se iría sin generar problemas, como ya había hecho las últimas veces.

—¿En qué puedo servirlo? —dijo el dueño de la pulpería con un tono articulado entre la indiferencia y lo respetuoso.

—Grapa y vino —dijo Romualdo a secas, pues la combinación de tomar las dos bebidas juntas lo entonaba rápido y le resultaba más barato.

El dueño de la pulpería asintió con la cabeza y procedió a preparar su pedido. Una vez servidas las bebidas, dejó los dos vasos frente al cliente. El paisano bebió la grapa de un sorbo y luego procedió a beber el vino con sorbos más controlados.

A los pocos minutos Romualdo encargó una nueva ronda de las dos bebidas, solo que esta vez pidió algo de comida para así engañar un poco a su estómago. El dueño de la pulpería le acercó una tabla de madera con algunos pedazos de morcilla, queso y aceitunas, con un cuenco de pan casero para que pudiera acompañar. Mientras el resto

de las personas seguían con sus actividades de ocio en la pulpería, Romualdo fue comiendo con cierta indiferencia, llevando cada trozo de comida a su boca y masticando con parsimonia. No fue la misma parsimonia con la que bebía, puesto que para cuando terminó de comer había repetido la combinación de copas cuatro veces más.

—Otra... ronda —dijo Romualdo.

—Grapa no hay más —dijo el cantinero, con intenciones de comenzar a cortar el consumo del hombre.

Romualdo miró con recelo al cantinero, pero no dijo nada. Después de todo, la grapa había hecho su trabajo y ya comenzaba a sentir los efectos del alcohol en su cabeza.

—Entonces, vino —dijo moviendo el vaso.

El cantinero suspiró con disgusto, un poco por los problemas que generaba beber tanto, otro poco por la deuda que iba sumando a la cuenta. No vaya a pasarle lo que le había sucedido tiempo atrás, cuando Romualdo comió y bebió durante toda la noche y luego no quiso pagar la cuenta. En aquel entonces, como era de esperarse, el cantinero había intentado cobrarle a Romualdo sus consumos en las siguientes visitas, pero el paisano de rostro enjuto había hecho ecos de su bravura diciendo que todo estaba pago y que no debía nada. Aurelio insistió, en su buena forma y con absoluta razón, que el paisano todavía estaba en deuda, pero Romualdo terminó mostrando el facón y despotricando que eso era una estafa y que prefería usar el acero antes que dejarse estafar. En aquel entonces, Aurelio recordó la supuesta estafa de la pelea de gallos que terminó con un cadáver y se vio obligado a ceder, perdiendo el valor del consumo. Luego de aquella situación Aurelio había descubierto una manera de cobrar a Romualdo que le había resultado bastante bien durante las últimas veces. Esto significaba ir cobrándole de a partes para luego terminar cobrando por consumo.

—Ya superó el monto a cuenta —dijo Aurelio—. Primero tiene que cancelar lo que debe; luego, si quiere continuar bebiendo, será solo por pago al momento.

Romualdo frunció los labios, los músculos de su rostro reflejaron pequeñas contracciones de furia. Miró fijamente al dueño y en los ojos de Romualdo pareció destellar un momento fugaz de odio, como si se tratara del mismo demonio. El dueño de la pulpería se sintió un tanto abrumado ante la mirada y postura del visitante. Se hizo el disimulado y miró alrededor, deseando que alguien lo llamara o le pidiera algo, pero

solo vio a unas personas que abandonaban sus mesas para irse del lugar. Poco a poco las personas comenzaban a irse y solo quedaban tres mesas ocupadas. Serían ya las once de la noche.

Romualdo buscó dentro de su bolsillo y sacó unos billetes.

—Vino —dijo mientras tiraba el dinero sobre la barra.

El cantinero asintió y acomodó los billetes. Los papeles estaban arrugados y un poco sucios de tierra. Le dejó a Romualdo los que estaban demás y se fue caminando hasta la caja. Al poco tiempo regresó y le dio el cambio.

El cantinero continuó con sus tareas y trajo un vaso cargado con vino. Sin embargo, su semblante continuaba preocupado. Si bien ya no le inquietaba la deuda que pudiera sumar Romualdo, el otro problema era que siguiera bebiendo. Ya la experiencia demostraba que cuanto más tomaba aquel hombre, más problemas podría haber en la pulpería. Poco a poco Aurelio había aprendido algunos trucos para sobrellevar la situación, de allí la idea de cortarles la grapa y algunas tretas que había ido experimentando sobre la marcha.

Pero el problema era que, por más que lo controlara, no podía impedir las visitas de Romualdo. Incluso, una vez, el dueño de la pulpería no le había permitido entrar, pero eso había sido peor, porque entonces Romualdo se había quedado fuera de la pulpería hostigando a todo el mundo que se acercaba, y no había dejado entrar a nadie. Aquel día había sido terrible puesto que, desde las siete de la tarde hasta la hora de cerrar, Aurelio no había podido vender siquiera un trozo de pan. Con aquellas situaciones, don Aurelio había mandado a llamar varias veces a las autoridades, pero estas estaban lejos y hasta que venían ya habían pasado muchos de los problemas o incluso el mismo Romualdo se había ido. Luego, las veces en las que se lo encontraban, las autoridades no hacían otra cosa más que decirle a Romualdo que se fuera y el paisano obedecía no sin antes enviarle una mirada de odio al dueño de la pulpería, que parecía ser una amenaza más que una simple despedida. Al final, don Aurelio terminó por decidir no llamar más a las autoridades, y había tenido que arreglárselas por su cuenta. El cantinero había aprendido a manejar a Romualdo como podía: a veces cobrándole algo, a veces tratando de que no se enojara, a veces perdiendo un poco en los consumos, pero siempre priorizando que no hubiera demasiados problemas.

—*Ottra ruonda* —dijo Romualdo, chocando el vaso contra la barra.

Aurelio observó al paisano con cierta preocupación. Ahora una preocupación que no rondaba en cuestiones al dinero, sino al alcohol que ya estaba en las venas de Romualdo. Sus mejillas se habían puesto coloradas, al igual que la punta de su nariz.

—Ya no hay más bebida —dijo el posadero, pensando en alguna forma de comenzar a frenar el consumo desmedido.

Romualdo miró al dueño de la pulpería con cierto disgusto, como si se tratara de un perro que huele la mentira.

—Vino —insistió Romualdo y lanzó un gesto casi asesino.

—Es tarde y no puedo abrir barriles nuevos —dijo el hombre.

—*Ottro* más —protestó Romualdo.

Por unos instantes los dos se quedaron en silencio mirándose uno al otro.

—Una última copa y solo por pago —dijo el cantinero.

—Ya pagué —dijo Romualdo frunciendo las cejas.

—Usted pagó el consumo anterior y este consumo —dijo señalando el vaso vacío—. No pagó un consumo adelantado.

—¡Ya pagué! —protestó dándole un golpe a la mesa.

Aurelio se dispuso a evitar problemas y asintió con la cabeza; sabía bien cómo manejar aquella situación, puesto que varias veces lo había hecho. Era momento de su siguiente estrategia. La que había servido durante este último tiempo para que el paisano se fuera de la cantina.

El dueño de la pulpería se fue a la cocina y luego regresó con un pequeño pingüino cerámico cargado con vino por la mitad, lo que equivaldría a casi dos vasos.

—Como ya le dije, no puedo abrir barriles nuevos a esta hora —comentó, dejándole el pingüino junto al vaso—. Es lo último que queda, lo que esté de más va de regalo.

Con cierta torpeza Romualdo se inclinó un poco hacia delante y miró el interior de la jarra cerámica. Asintió con la cabeza al ver el contenido, pero no dijo nada. Tomó la jarrita y se sirvió.

Los hombres que estaban ocupando la última mesa gritaron entre alegrías y rabias, revelando quién había sido el ganador del juego de cartas. Romualdo ni siquiera prestó atención a los gritos y siguió bebiendo.

Dos de los hombres perdedores se acercaron a la barra. Un paisano de cara redondeada y un hombre más bien *petisón* de orejas grandes. Los dos conversaron con don Aurelio sobre las gracias del juego y la mala fortuna por perder. Ajustaron números y como buenos perdedores pagaron el consumo de la mesa correspondiente. Serían para ese entonces poco más de las doce de la noche.

Mientras los miembros de la última mesa se disponían a irse, Aurelio echó manos al último recurso que hacía siempre para liberarse de Romualdo. Se le acercó y le entregó una botella de vino. En realidad, no era una botella de vino auténtica, sino una rellena con los fondos de damajuana y fondos de barriles. Pero a ese punto, en el cual Romualdo había bebido demasiado, tal vez ni siquiera sintiera los sabores de aquellos resabios, y aquella estrategia le había funcionado bastante bien, pues cada vez que le regalaba la botella para el regreso Romualdo la aceptaba y se iba del lugar.

—Ya es hora de cerrar —dijo el dueño de la pulpería a Romualdo—, pero tenga esta botella que podrá beber mientras regresa.

—La voy a beber acá —dijo Romualdo.

—Lo siento, estamos por cerrar —dijo Aurelio—. Y la botella es solo para cuando usted decida regresar a su casa.

Romualdo miró el pingüino y su vaso que ya estaban casi vacíos. Aurelio solía elegir el momento oportuno para su oferta. Es decir, antes de que Romualdo pidiera otra copa y en los últimos momentos de que las últimas mesas se vaciaran. Romualdo miró la botella con suma tentación: era gratis y resultaba una buena compañía para el regreso.

Romualdo sucumbió al deseo y aceptó. Intentó bajarse de la banqueta, se trastrabilló, pero llegó a aferrarse de la barra y evitó caerse. El alcohol había surtido un buen efecto. El paisano tomó la botella y balbuceó unas palabras inentendibles, que bien podrían haber sido una protesta. Luego se fue caminando en dirección a la puerta, dando unos pasos un tanto cruzados y sosteniendo la botella de vino.

Cuando Romualdo salió por la puerta principal, casi al instante, el dueño de la pulpería se acercó y echó llave a la puerta. Aurelio dio un suspiro. Al fin había sobrevivido a una visita más de Romualdo.

Ya un poco más tranquilo, Aurelio comenzó a preparar todas las cosas para el cierre del local. Sería ya poco más de la una de la mañana y dejar todo en orden le llevaría

al menos una hora de trabajo. Sin embargo, Aurelio solía llevar esas últimas tareas con buen gusto a pesar del cansancio, y más si la noche le había dejado una buena caja. No era como los días de verano, que siempre dejaban más, pero había sido lo suficiente para que el comercio siguiera avanzando.

Miró por la ventana y, para su bien, todos los palenques estaban libres. Ya se habían ido todos. Aurelio fue cerrando los postigos y trabando las ventanas y puertas para comenzar a ordenar. También fue apagando los faroles de aceite que estaban demás, ya no necesitaban iluminar todo el salón y a los clientes. Poco a poco, la pulpería se fue sumiendo en la penumbra.

Aurelio comenzó su trabajo a la lumbre de tan solo dos faroles. Uno estaba ubicado en la zona de las mesas y el otro en la barra. Las pequeñas llamas se movían silentes combatiendo la oscuridad del lugar cerrado. Un silencio cómplice lo acompañaba en aquel momento. Los murmullos y palabras de la gente habían sido reemplazados por sonidos solitarios y lastimeros: el crujir del piso de madera bajo sus pies, el arrastrar de una silla, el agua corriendo del grifo para limpiar y enjuagar algunos trapos.

Paso a paso fue realizando las tareas. Juntó las tablas de comida de las últimas mesas. Luego trajo un trapo húmedo y las limpió. Puso las sillas sobre las mesas y barrió el piso. Baldearlo era una tarea que realizaba a primera hora del día siguiente. Fue hacia la parte posterior del mostrador y limpió la barra. En la cocina separó los restos de migas y comidas en un tarro de basura y dejó los platos y tablas para limpiar al otro día. Por último, controló los barriles de vino y sacó cuenta de las cantidades consumidas para anotar nuevos encargos. Buscó el dinero en la caja, lo guardó en una bolsita de tela y se lo echó al bolsillo. Caminó hasta la zona de las mesas y apagó el farol de aceite. La pulpería se fue sumergiendo en una penumbra mucho más profunda, solo quedaba encendido el farol que reposaba sobre la barra. Serían ya las dos de la mañana.

Cuando estuvo todo listo, el hombre tomó el último farol de la barra y llevándolo en la mano salió por la puerta trasera de la pulpería. Desde allí, una galería abierta con un techo de chapa negra unía el camino con su casa. La oscuridad era profunda y el frío se hacía sentir con fiereza. Aurelio dejó el farol en el suelo y se dispuso a cerrar con llave la puerta trasera de la pulpería cuando el relinchar de un caballo cortó el silencio de la noche. Aurelio sintió un espasmo de miedo al comprender que alguien andaba cerca. A

toda prisa tomó el farol del suelo e iluminó a su alrededor en un instante. A la derecha, en el jardín, vio un caballo de pelaje negro. Movi6 el farol hacia delante, con direcci6n a su casa, y por el t6nel oscuro que dibujaba la galería vio a una persona vestida de negro acercarse. Una vez estuvo cerca y el farol pudo reflejar la claridad hacia la sombra, pudo reconocer a Romualdo.

—¿Qué hace usted aquí!? —protestó Aurelio—. ¡Tiene que irse!

—¡*Estaffiador!*!

Romualdo se acercó con prisa y desenvainó su fac6n. Se acercó injuriando y protestando cosas inentendibles, su lengua resbalaba las palabras; un tanto preso del alcohol, otro poco preso de la furia y de la locura. Aurelio trató de hacerse a un lado, pero no dio tiempo. El due6o de la pulpería lanzó un grito ahogado cuando sintió el acero clavarle en su est6mago. Se encorvó hacia delante y luego sintió otra vez el acero en el pecho y en el lado derecho. Sus gritos resonaron con eco en la galería. El hombre pensó en correr hasta su casa, pero sus fuerzas flaquearon. Se le aflojó la mano y el farol de aceite cay6 al suelo. Luego cay6 de rodillas y se tumbó de lado en el frío piso de la galería.

Aurelio dio unos temblores, sea por el frío, sea por las heridas, sea por los espasmos que se acercaban presagiando la muerte. Romualdo caminó hacia su caballo, perdiéndose en la oscuridad. La llama del farol se fue agotando, apagándose en la noche. De la misma manera la vida de Aurelio se fue consumiendo como la llama del farol. Aun en sus últimas instancias, Aurelio pudo escuchar a Romualdo protestarle e injuriarle, mientras se alejaba, que eso se lo tenía merecido por haberle vendido una botella de vino picado.

Una vida en otoño

Todavía no despuntaba el sol y doña Adelina ya andaba rumbeando hacia el corral donde estaba la vaca lechera. Llevaba en sus manos dos baldes de acero de cinco litros cada uno. Según la disponibilidad, solía sacarle al animal entre unos cuatro a diez litros de leche por día. Anduvo bajo un cielo oscurecido, transitando los últimos minutos de la noche. Cruzó el casco de la estancia y llegó pronto al corral. Abrió la tranquera y se adentró para comenzar con su rutina de trabajo. Una lista de tareas arduas que comenzaban antes del amanecer y que no terminaban hasta entrada la medianoche, pero solo para volver a levantarse al día siguiente y comenzar otra vez. Una repetición de trabajo forzado y obligatorio que debía cumplir durante todos los días del año y que ya llevaba realizando hacía más de treinta años.

Dejó los baldes metálicos junto al palenque, tomó una soga que estaba enganchada en un aro y se encaminó buscando la vaca lechera que estaba a pocos metros. Apenas el animal la vio, bajó la cabeza, casi en un gesto sumiso, pues se trataba de una vaca mansa y tranquila. La mujer colocó la soga en el cuello de la vaca y la llevó de tiro. La ató en el palenque y le sujetó las patas traseras con una soga. Acercó un banco de madera y lo colocó frente a las ubres del animal para poder realizar el trabajo mientras estaba sentada. Ubicó el primer balde de metal y la mujer se fundió en el trabajo de presionar y tirar de las ubres.

Durante un tiempo Adelina se había preguntado si acaso ella no podría haber sido otra cosa en la vida. Tal vez, algo más que una señora de la casa. Claro que aquellas preguntas le habían conllevado un gran problema al comentárselo a las personas cercanas. El juicio de su familia y el pesar de su esposo le llegaron como un hacha de tala y cortaron de raíz con sus ensueños. Después de todo, su familia y su esposo tenían razón. ¿De qué cosa podría quejarse ella? ¿De qué podía lamentarse alguien que disponía de la tranquilidad de poder vivir con las necesidades cubiertas? Tenía salud, trabajo y cierta tranquilidad económica. Además, como correspondía a una buena mujer, sus tareas y obligaciones debían limitarse a la crianza de sus cuatro hijos varones y al sostén de su esposo.

Adelina no se quejaba de su trabajo ni de las tareas que le exigían dedicarse al bienestar de su familia. Lo que pasaba, en realidad, era que a veces su mente viajaba

con algunas ideas un tanto extravagantes. Pero con el tiempo había aprendido a ahogar aquellas ilusiones sin sentido, ya casi no había esbozos de esos pensamientos pasados y había logrado dejarlos marginados. Así nada la molestaba y podía entonces dedicarse a sus obligaciones tal cual correspondía a una correcta mujer.

Lejana había quedado la época de la niñez y de la juventud. Cuando escuchaba la radio y se imaginaba siendo una cantante o cuando escuchaba las novelas narradas y pensaba, ingenuamente, que alguna vez ella también podría narrarlas para los oyentes. Lejanos habían quedado los tiempos de los sueños y de las ilusiones, y cercanas fueron las responsabilidades y las obligaciones.

Con el paso del tiempo había aprendido que su deber era la familia y no aquellos deseos lejanos. Incluso hubo un tiempo en el cual se dedicó a leer algunos libros, pero pronto su esposo le recriminó que aquella tarea ociosa resultaba contraproducente para la producción de la estancia y de los cuidados de su familia. La poesía y las novelas habían sido sus lecturas favoritas. Pero aquellos ensueños le hacían perder tiempo en relación a sus obligaciones y Adelina aceptó, como buena esposa, el reclamo de su marido. Nunca más se la volvió a ver leyendo libros ni perdiendo el tiempo en esas tareas.

Doña Adelina pensaba que su esposo era un hombre honrado y amable, pues tiempo atrás había comprado para la familia la nueva maravilla del mercado tecnológico y así habían adquirido su primer televisor. Como era de esperarse, aquel objeto rectangular del tamaño de un armario resultó un hecho novedoso e incluso deslumbrante para la familia y para los peones del campo. Eran pocos los hogares que lograban hacerse con esos primeros artefactos de pantalla brillante que emitían imágenes en blanco y negro. Sin embargo, ese producto no había hecho otra cosa más que traer nuevas confusiones a la mente de Adelina, ya que durante un tiempo la mujer miraba novelas y con ello se imaginaba si acaso ella no pudiera haber sido una actriz de las que aparecían en la pantalla o si tal vez pudiera ella misma haber inventado esas historias.

Sumida en los ensueños mágicos del mundo artístico, hubo un tiempo, durante las noches, en el cual Adelina imaginaba lo que pasaría en los siguientes capítulos de las novelas o pensaba en cómo podría ser una regia novela si ella la creara desde cero. Entonces las inventaba en su mente, con los personajes, sus historias, con los giros y reveses. Una de esas noches su marido la tuvo que reprender, pues la mujer, al dejarse

llevar por las ideas, terminaba murmurando en la cama, en la oscuridad de la habitación, interrumpiendo el descanso de su marido. Adelina comprendió que no debía molestarlo más y dejó así de pensar en sus ideas nocturnas y alocadas. Debía ella confinarse a sus obligaciones por encima de cualquier sueño lejano y carente de sentido.

Los primeros reflejos del amanecer le fueron ganando a la oscuridad de la noche. Para ese entonces, Adelina ya tenía casi lleno el segundo balde de leche y estaba terminando su primera tarea de un largo día de trabajo. La claridad del día mostró unas manos cansinas y agrietadas que ya estaban terminando el ordeño. Unas manos curtidas, con callos profundos por tanto fregar, cocinar y trabajar.

Una vez completada la tarea, la mujer tomó los baldes con las manos y se encaminó de regreso a la casa de la estancia. Adelina tenía el rostro con mejillas grandes y sus ojos eran del color de la miel. Sin embargo, la cantidad de años de esfuerzo y trabajo le habían dejado un semblante rígido, y sus ojos carecían del brillo que alguna vez habían tenido; se asemejaban más a una miel amarronada, reseca y resquebrajada. Su semblante, de aspecto riguroso, parecía revelar que la vida la había tratado como son tratadas las almas que se secan al sol. Como las mismas hojas de esa mañana de otoño, como aquellos presagios de hojas lastimeras y susurrantes volando con el viento.

La mujer regresó a la casa e ingresó por la puerta de la cocina. Se trataba de una mujer más bien corpulenta. Los últimos veinte años de hachar leña y realizar trabajos pesados le habían otorgado una espalda robusta. Adelina ya había preparado en la mesa los elementos para el desayuno. Pan, manteca, mermeladas y galletas dulces producidas por ella misma. El agua caliente estaba preparada junto a la cocina a leña, donde ya había preparado el café y había cocido también yerba mate para quien gustara de mate cocido.

A los pocos minutos su esposo y los dos peones fueron los primeros en sentarse a la mesa. El hombre de la casa había dispuesto las órdenes a los peones, que incluían varias tareas, así que se sirvieron del desayuno con prisa y enseguida salieron, los tres, a realizar las actividades que correspondían.

Luego llegaron a la mesa los dos hijos más grandes. Adelina fue a la habitación para terminar de despertar a sus otros hijos, los dos más chicos, que eran más remolones. Una vez logró levantarlos, los acompañó para que tomaran rápido su desayuno y se prepararan para ir a la escuela. Cuando estuvieron listos, la mujer se

encargó de ayudar a los jóvenes a preparar los dos caballos en los que viajaban. Cada uno de los hijos mayores llevaba las riendas de un caballo, y los dos más chicos iban sentados detrás. La escuela rural quedaba a unos siete kilómetros por calle de tierra.

Adelina saludó a sus hijos y los vio irse en los caballos al trote suave. Luego se puso a realizar las siguientes tareas que tenía por delante. La mujer cumplió sus obligaciones con una agilidad sorprendente. A veces combinaba diferentes labores, otras veces aprovechaba el tiempo entre una actividad y la otra. Trabajaba con un sentido de obligación inherente, de un hábito arraigado y de un rigor autoimpuesto que resultaba sorprendente. Se asemejaba más a un animal de campo que a una mujer de la casa, y parecía imposible que pudiera hacer todo lo que hacía en una sola mañana.

Juntó verduras de la huerta y huevos del gallinero. Realizó preparaciones de masas para pan casero y galletas. Batió huevos y utilizó parte de la leche ordeñada para cocinar un flan. Peló verduras y trozó carne para poner a cocinar un estofado. Juntó la ropa de sus hijos y esposo. Se puso a fregar ropa a mano con jabón de pan y una tablilla de madera. Separó la ropa que necesitaba remiendos y zurció un pantalón del crío más chico. Limpió los remanentes del desayuno. Puso la mesa para el almuerzo. ¡Y qué manera de administrar el tiempo! Pues a la una y media de la tarde, cuando Adelina vio a sus hijos que regresaban montando a caballo, la mesa estaba servida, el estofado reposaba en la estufa a leña y todo estaba listo para el almuerzo.

Los dos peones, su esposo y sus cuatro hijos se ubicaron en la mesa. Se chuparon los dedos con el estofado de Adelina y pasaron el pan casero por los platos hasta dejarlos casi limpios. La elogiaron varias veces por el sabor logrado, pero pronto se pusieron de pie y desaparecieron de la cocina para dormir la siesta. Sin embargo, Adelina no contó con la misma suerte y tuvo que quedarse a recoger la mesa. Mientras lavaba los platos, mirando por la ventana, los árboles le devolvían un paisaje gastado, de hojas amarronadas y de un otoño bien presente.

Los hijos más chicos fueron los primeros en despertarse de la siesta y pronto se pusieron a jugar en el patio. Los dos más grandes, sin tener la misma suerte, fueron obligados por su padre a colaborar con algunas tareas de la herrería. Para ese entonces, Adelina ya había limpiado los pisos y tenía preparado un arroz con leche. Luego organizó la alacena y dedujo las cosas que podrían necesitar para las siguientes semanas; así se aprovecharía el viaje que al otro día haría su marido al pueblo.

Ya había realizado la lista y doña Adelina se encontraba con un lápiz en la mano y el trozo de hoja frente a ella. Más de una vez sentía la tentación de pedirle a su marido algún libro o alguna buena cantidad de hojas en las cuales pudiera escribir. Estaba en esos pensamientos disonantes cuando escuchó la voz de su marido detrás.

—¿De qué te has olvidado? —preguntó el hombre, tras verla cavar en las anotaciones.

—No es nada —dijo la mujer.

El hombre caminó unos pasos y se sentó junto a su esposa. Le dedicó una mirada de arriba abajo, la conocía de hacía más de treinta años.

—Pareces más mortificada que los cerdos.

—Es que... estaba pensando... si acaso no pudieras comprarme algunas hojas para escribir y un bolígrafo. —La mujer bajó la mirada—. Sé que perdería tiempo con las tareas, pero tal vez podría escribir algún que otro poema o solo algunas líneas, siempre y cuando haya tiempo disponible.

El hombre le dedicó una mirada un tanto turbada. No podía creer que su esposa insistiera con aquellas chiquilinas después de tantos años. Se llevó la mano a la barbilla y se rascó, bajo el reflejo de evaluar la situación. No le deseaba el mal a su esposa y en verdad estaba agradecido por el trabajo que había realizado durante todos estos años.

—Bueno, falta bastante para la cosecha y los chicos ya están grandes —susurró más para él que para ella—. Tal vez no sea un problema que encuentres un poco de entretenimiento.

Los dos se miraron por un momento, pero no dijeron nada. En el rostro del hombre se dibujaba un semblante entre lo taciturno y el desconcierto. El paisano se puso de pie en silencio, caminó hacia la salida y desapareció por la puerta de la cocina.

Adelina había quedado como de piedra tras las palabras de su marido. No imaginaba que, después de tantos años, hubiera una respuesta afirmativa a sus locuras. Estaba segura de que no se había equivocado cuando había pensado tan bien de su esposo. Después de todo, él siempre debía tener razón, y las ilusiones añejas parecieron aflorar por un momento. Sin embargo, el semblante de la mujer seguía igual que siempre, similar a las hojas del otoño: secas y desprovistas de vida.

Doña Adelina pasó el resto del día bajo un manto silencioso. Pasó la tarde limpiando el gallinero, cuidando de la huerta y terminando de juntar la ropa lavada. Para la cena se esmeró en cocinar dos ricos pollos al horno con verduras. Una vez más, su esposo, los dos peones, y los cuatro hijos se habían chupado los dedos con la comida.

Ya todos dormían cuando Adelina estaba realizando las últimas labores. Luego de juntar la mesa y limpiar la cocina, su tarea era dejar la vajilla lista para el desayuno de la mañana.

Terminó de acomodar todo y se sentó unos instantes en la cocina alumbrada apenas por un foco. Por un momento sintió el miedo y la ansiedad de lo que podría llegar a suceder el día siguiente, cuando al fin su marido le trajera algunas hojas para poder escribir y plasmar algunas ideas de sus historias, novelas y poemas. Por un momento trató de pensar algunas, pero su mente parecía un tanto oxidada. Hacía treinta años que había aprendido a callar sus voces internas. Hacía treinta años que se había dispuesto a silenciar, como en un otoño, aquellas ideas ilusorias.

Se dijo a sí misma que no era tan grave y que pronto podría recordarlo todo. El problema era que aún no tenía las páginas en blanco para escribir, así que sería cuestión de esperar hasta el otro día. Adelina esbozó un gesto cansino que pareció una mezcla de decepción y tristeza. Como cuando las hojas del otoño se entregan a su fin sin tener más opciones. Como cuando la vida misma se seca hasta la muerte. Las lágrimas parecieron brotar de los ojos de Adelina, pero no se dejó vencer. Se juró que mañana sería otro día y con cierto pesar, impaciencia y ansiedad se fue a dormir.

Al otro día realizó la misma rutina de siempre. Esta vez no fue necesario ordeñar tanta leche, la vaca estaba menos provista. Además, Adelina no tenía pensado realizar cocciones lácteas. Bastó con dos litros, que utilizarían los hombres y jóvenes para el desayuno y la merienda. Durante el resto del día siguió trabajando. Esta vez, se dedicó a limpiar todo el exterior de la casa, barriendo hojas amarronadas y crujientes. Hojas secas y sin vida que traían la presencia de ese otoño tan penetrante.

Estaba terminando de barrer cuando vio a su marido regresar del pueblo. Pronto los hijos se acercaron para ver lo que había traído su padre, y entre los hombres fueron dejando las bolsas de cartón y cajas de madera sobre la mesa de la cocina. Adelina se fue al instante y comenzó a ordenar lo que había en el interior de cada paquete. Con

cierta ansiedad, tenía ganas de encontrar la bolsa o caja que pudiera tener algunas hojas en blanco para garabatear las ideas que alguna vez había tenido en su etapa de juventud.

Fue ordenando legumbres, harinas, café, yerba, levadura y hasta pedidos de tela e hilo que había hecho para los remiendos. También su esposo había traído algunos artículos de limpieza. Cuando las bolsas se terminaron, Adelina no encontró lo que buscaba, pero tampoco quiso preguntar a su marido. Solo se dedicó, como siempre, al bienestar de los demás miembros de la casa.

No tuvo mejor idea doña Adelina que amasar tallarines para la cena y realizar una salsa de tomate con trozos de carne. Una vez más los hombres se fueron a dormir con la panza llena, gustosos de poder comer aquellas comidas caseras.

Al poco tiempo de que se fueran a dormir, su marido regresó con un paquete y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí está lo que me pediste.

—Gracias —dijo la mujer, estrujando entre sus manos el trapo de mesa bajo un manojo de nervios.

El hombre apenas hizo un gesto frío, casi como un asentir con la cabeza, y se retiró a la habitación. Quedó entonces sola, con el trapo entre las manos, Adelina y el paquete. La mujer de casi cincuenta años y sus sueños. La mujer que tanto había deseado aquel momento.

Dejó el trapo a un lado y se acercó con cierta timidez. Primero miró el paquete que estaba en la mesa. Apenas se iluminaba el lugar con un foco central. Un hilo de color amarronado envolvía el papel de cartón. Deshizo el nudo y comenzó a quitar el envoltorio. El papel de madera fue crujiendo poco a poco. Cuando terminó de abrirlo encontró una caja con hojas de buen gramaje y de color ahuesado, como solían usar los poetas de excelencia. Acompañaba una pequeña caja con un bolígrafo de buena calidad y un frasquito de la mejor tinta que pudiera encontrarse en el pueblo.

Adelina esparció los elementos sobre la mesa y se sintió fascinada. Después de tantos años, al fin podría dedicarse a lo que deseaba. Imaginaba por momentos cómo sería liberar al pajarillo artístico que siempre había llevado dentro. Se preguntaba si acaso podría sacar el polvo a sus ilusiones y transcribirlas en algunas ideas remotas.

Sostuvo el bolígrafo con su mano: era hermoso y tenía un excelente balance, pero los componentes parecían incompatibles con sus dedos. El equilibrio y la suavidad

que le provocaba en su mano le resultaba extraño y casi imposible de utilizar. Era como quien tiene una excelente silla de montar, pero ha olvidado cabalgar. Observó la tinta de buena calidad y se sintió intimidada. El frasco estaba escrito en otro idioma y posiblemente fuera importado. Por un momento se preguntó si podría estar a la altura de aquellos artículos.

Acomodó una hoja y acercó el bolígrafo con intenciones de comenzar a esbozar algo: unas líneas, un poema, tal vez alguna de las viejas ideas sobre sus novelas. Pero al buscar en su mente no encontró nada; era como si sus pensamientos se hubieran secado tras un largo otoño.

Trató de escribir a pesar de todo. Pero pronto descubrió que, tras tantos años sin bolígrafos, apenas podía esbozar las letras. Las palabras le salían secas y rudimentarias, como si fueran las notas de los recados. Cuando quiso realizar la letra «f», en cursiva minúscula, se dio cuenta de que había hecho la pata inferior al revés, pues estaba acostumbrada a escribir los encargos en imprenta mayúscula, que para ella era más fácil y rápido; y hacía años que solo escribía con lápiz.

Por un momento la mujer quedó inmóvil y en silencio ante la hoja que apenas tenía dos reglones escritos y una «f» al revés. El rostro de Adelina se ensombreció y su semblante adquirió un gesto rígido como el de una piedra. Muy en el fondo, en el poco de alma resquebrajada que le quedaba, sus últimas ilusiones se estaban secando frente a ella.

Adelina se dio cuenta de que sería imposible. Una sensación angustiante la invadió y la frustración asomó pegándole un golpe cruel de realidad. Se puso de pie en un reflejo de angustia y ansiedad. Sintió que le faltaba el aire y salió de la cocina. En el patio tomó una larga bocanada de aire, pero solo encontró el frío y la soledad de una larga noche que bien podría haber durado treinta años. No era aire lo que le faltaba, sino que era ella misma quien no se hallaba; ya no era la misma mujer de tanto tiempo atrás.

Volvió a la cocina y buscó un vaso, lo cargó con un buen sorbo de vino y dejó la jarra plateada en la mesa junto a las hojas, el bolígrafo y la tinta. Estuvo un buen rato esperando a que saliera algo, pero no encontró más que silencio, decepción y soledad. La hoja en blanco le recordaba que ya era tarde, la vida había pasado y ella misma había enterrado sus talentos. Miró a la derecha y observó, en la jarra plateada donde reposaba

el vino, su propio reflejo deformado. Un reflejo desgastado que le mostraba quién era en realidad. En lo que se había convertido, en aquel rostro de semblante pétreo y acorazado. Movi6 su pie en un gesto ansioso y una hoja de otoño crujió junto a ella. Una hoja que se le había pegado cuando había salido en busca de aire. Una hoja de otoño que parecía reflejar su alma y su vida. Vida que estaba seca. Alma que estaba muerta, luego de haber enterrado sus talentos.

La vuelta al rancho

Gumersindo había preferido tomarse libre la tarde del sábado. Eran épocas más tranquilas en cuanto a las tareas de campo. Las cosechas habían terminado hacía pocas semanas y todavía faltaba bastante para la nueva siembra. Durante la mañana había controlado a los animales y había realizado unas breves tareas en las primeras horas de la tarde. Así que, con tiempo libre, el hombre se propuso pasar la tarde y algunas horas de la noche en la pulpería, donde solía apostar dinero y unos tragos en los juegos de cartas.

Era un hombre de baja estatura. Tenía el cabello negro y grasoso. Lo usaba corto y entre los pelos solían vérselos siempre algunos puntitos de caspa. Tenía la nariz grande, con alas anchas y bien rojizas por beber vino, al igual que sus pómulos, que mostraban venitas marcadas y dilatadas.

Gumersindo estaba sentado con sus naipes en la mano. La pulpería estaba bastante concurrida. El lugar de reunión se ubicaba en la salida del pueblo y eso hacía que tanto la gente del pueblo como los del campo se acercaran. Su compañero de truco, un hombre de rostro angulado y bien afeitado, le elevó las cejas de forma disimulada. Gumersindo asintió con un gesto rígido, casi oculto, y miró a su derecha. El cúmulo de porotos los favorecía, estaban apenas a tres puntos de cantar las quince buenas.

—Quiero retruco —dijo Gumersindo con la lengua un poco trabada, efecto de las múltiples copas que había bebido.

—Quiero —dijo el hombre delgado y de bigotes que estaba a su izquierda.

Los cuatro hombres jugaron la última carta que correspondía a la tercera mano. Tal cual era de esperarse, el ancho de espadas del compañero de Gumersindo no solo les dio el partido ganado, sino también las rondas de vino que corrían por cuenta de los perdedores.

Gumersindo extendió la mano y saludó a su compañero por el buen juego. Luego quiso saludar a los contrincantes, pero estos no saludaron y se fueron de la mesa entre protestas. Mientras se alejaban, los hombres se recriminaban uno al otro las causas de la derrota, no solo les dolía el orgullo por haber perdido, sino que ahora también les dolía el bolsillo por tener que pagar las tres rondas apostadas.

Gumersindo largó una sonrisa cómplice con su compañero:

—Bien jugado, Ernesto.

El hombre de rostro alargado hizo una sonrisa un poco torcida. Dio un chasquido con su lengua y luego habló:

—Que sigan picando, Gumersindo —dijo juntando los porotos para volver a dejarlos en la caja—. Que sigan picando.

Los dos se quedaron en la mesa, haber ganado la partida les permitía seguir manteniéndola ocupada y esperar con sillas disponibles a otros jugadores que se atrevieran a desafiarlos. Ya llevaban cuatro partidos ganados y no habían perdido siquiera uno.

Al estar la pulpería bien concurrida, enseguida se acercaron postulantes para el juego. Primero dos hombres quisieron jugar por diversión, pero Gumersindo los sacó carpiendo. No estaban allí para jugar por la nada y mucho menos para hacer amigos. Luego llegaron otros que ofrecieron jugar por una ronda de vino, pero la pareja tampoco le encontró sentido a jugar tan solo por una mísera ronda. Y también rechazaron a la tercera pareja que ofrecía jugar apenas por unas escasas monedas. Gumersindo y su compañero eran estrictos en las apuestas y el mínimo eran tres rondas de bebidas o el dinero en la mesa equivalente a eso. Por menos, no aceptaban nunca.

Llegó entonces una cuarta pareja, que al inicio resultó un tanto extraña. Uno era un muchacho bastante joven, al que apenas le salía un poco de pelusa como barba y tenía una postura sumisa, como si fuera uno de esos corderitos que salen de la teta de su madre por primera vez. El otro era un hombre bastante más grande de edad, de rostro lánguido y hombros encorvados. Llevaba una boina roja en la cabeza, pero debajo se le notaba la calva. Gumersindo los miró y enseguida reconoció a uno: el hombre de la boina era Florentino.

—¿Están disponibles para jugar? —preguntó Florentino—. Apostamos tres rondas o el dinero en mesa.

Ernesto asintió con la cabeza, interesado en la propuesta. Tres rondas no estaba nada mal, era lo mismo que habían ganado en la última partida y se sentía con buena suerte esa noche. Estuvo a punto de decir que sí, cuando su compañero de mesa habló con tono seco y distante:

—No aceptamos —dijo Gumersindo.

—Tenía entendido que esta mesa pedía tres rondas o el dinero en mesa —dijo Florentino frunciendo las cejas.

El recién llegado intercambió unas miradas con los dos hombres que estaban sentados. Ernesto había quedado igual de desorientado que Florentino, ya que la propuesta era interesante. Sin embargo, Gumersindo se mantuvo firme en su postura.

—Busquen otra mesa —dijo Gumersindo haciendo un ademán con la mano derecha.

—¿Y si apostamos el dinero, en mesa, de seis rondas? —preguntó Florentino.

El hombre que hizo la oferta se ubicó en la silla a la derecha de Gumersindo, dando por sentado que nadie podría siquiera pensar en evitar esa apuesta. Le hizo un gesto con la mano a su compañero de cartas. El joven bajó la cabeza en un gesto obediente y sumiso, movió un poco la otra silla y se sentó en su lugar con timidez. A Ernesto se le abrieron grande los ojos, presa del deseo y de la ambición. A simple vista eran una pareja fácil de cazar y aquella era una noche de suerte. Si ganaban el dinero de seis rondas podría considerarse incluso como un día de trabajo ganado. Regresaría con los bolsillos llenos a la casa.

—Ya les dije que no apostaremos —dijo Gumersindo.

—Yo sí quiero jugar —dijo Ernesto—. ¡Son seis rondas!

—Tendrás que buscarte a otro compañero.

Gumersindo se puso de pie y se fue de la mesa. Ernesto le dedicó una mirada con rabia por la oportunidad que se perdía, pero no se atrevió a decir nada más. Prefirió, más bien, buscar algún otro conocido que lo acompañara en el juego.

Gumersindo se acercó a la barra y pidió una grapa. Le pagó al cantinero en el momento y bebió del vaso con ansias. Le urgía quitarse el embrollo que le había provocado la presencia de Florentino. Un hombre que, según su parecer, andaba por la vida sin orgullo y sin honor. Sintiéndole arder la garganta miró alrededor, como preocupado de que lo hubiesen visto compartir unos momentos con ese hombre. Llamó una vez más al cantinero y pidió un vaso de vino.

En la mesa, que estaba a unos metros, el partido ya había comenzado. Florentino y su sobrino jugaban contra Ernesto y su nuevo compañero. El juego por dinero había provocado que varias personas se acercaran a mirar y, como era de esperarse, los presentes comenzaron a hablar de los jugadores.

Supo entonces Gumersindo que había hecho bien en retirarse a tiempo. Los chismes sobre Florentino ya comenzaban a resonar. Entre el murmullo pudo escuchar algunos comentarios que llegaban a sus oídos: «un cornudo», «un cagón», «la mujer se le fue con otro y ni siquiera fue capaz de mostrar el facón», «tiene menos hombría que un cordero y ahora solo lo acompaña su sobrino», «lo que pasa es que, si no apuesta mucho, nadie quiere jugar con él», «y eso no es todo, acá también hay otros cornudos».

Gumersindo apuró el vino y pidió otro vaso. Escuchar que había «otros cornudos» lo alteraba. Por un momento le había parecido escuchar su propio nombre y había cruzado miradas con esos paisanos de mal agüero, pero no estaba seguro de haber escuchado bien. Cuando llegó el vaso cargado dio un largo sorbo y trató de tranquilizarse. No podía siquiera pensar en lo que pasaría con su vida si él se encontrara en una situación similar. Pero él no cometería el mismo error que Florentino. Además, su esposa no era así. El hombre negó con la cabeza mientras aferraba el vaso. El vino y sus pensamientos se arremolinaban como fuego en la cabeza.

—No seré como él —susurró carcomido por sus pensamientos—. Nunca cometeré esos errores.

Gumersindo se había decidido a que no sería como Florentino. Un hombre al que le habían mancillado el honor y de quien todos se reían. Apretó los dientes y asintió con la cabeza ante la idea de sus propios pensamientos. Se juró entonces que, si llegara a encontrarse alguna vez en una situación similar, mostraría el facón sin miedo, pues era diestro en el arte de la pelea y las veces que lo había hecho había salido muy bien parado.

Desató de su cinto la bota y se la entregó al cantinero para que la rellenara. Por alguna extraña razón, observar a Florentino le incomodaba y no podía estar en el mismo lugar en el que se encontraba ese hombre deshonorado. No fuera cosa que aquello se contagie o que la desgracia se pasara hacia él. Una vez tuvo la bota de vino llena decidió que regresaría a la casa, incluso aunque fuera más temprano de lo normal.

Salió de la pulpería con un tranco lento y torpe. En su mente se arremolinaban las desgracias rastreras de la deshonra. Sus músculos estaban tiesos y apretaba los dientes ante los fantasmas que veía en Florentino. Avanzó hacia el palenque en el cual estaba atado su caballo y balbuceando palabras entrecortadas se juró a sí mismo que su hombría lo salvaría de cualquier deshonor.

Llegó al palenque y comenzó a desatar la soga que ataba a su caballo. Supo que tenía razón en sus pensamientos cuando escuchó las palabras de tres hombres que estaban a dos palenques de distancia.

—¿Ya vieron al cornudo de Florentino? —dijo uno que era más bien regordete.

—Espero que no sea ahora el sobrino quien le meta los cuernos —dijo otro hombre un tanto larguirucho, y los tres compinches se unieron en una estridente risotada.

Gumersindo montó en su caballo un tanto aturdido, sea por el vino y la grapa, sea porque no podía dejar de pensar en qué haría él si se encontrara bajo aquella situación. Por un momento se imaginó cómo sería la cosa si en vez de Florentino hubieran dicho su nombre. De tan solo pensarlo sintió una furia inmensa y hasta tuvo ganas de echar mano al facón. Sin embargo, no había con quién pelear más que una agradable noche veraniega y su propio caballo.

Se ajustó a la montura y aferró las riendas con fuerza. Azuzó al animal y comenzó a avanzar por el camino de salida del pueblo. En una hora regresaría a su hogar; sería entonces dos o tres horas antes de lo que acostumbraba. Apenas se alejó unos metros, Gumersindo echó mano a la bota y le dio un largo sorbo. El exceso de vino no le significaba un problema, estaba acostumbrado a llevarlo tan bien puesto como al cinto.

A lo que no estaba acostumbrado Gumersindo era a combatir con sus propios pensamientos. A las ideas que lo atormentaban y que lo mortificaban como si fueran las tinieblas. Se imaginaba a su esposa en manos de otro. Se imaginaba su deshonor como hombre. Se imaginaba que ya nadie le tendría respeto y que le pasaría lo mismo que a Florentino. Gumersindo hizo una mueca y negó con la cabeza. Prefería morir antes que pedirle a un corderito que sea su compañero de cartas porque ya no había hombres que lo respetaran.

El hombre se daba cuenta de que sus enredados pensamientos eran culpa, en parte, del alcohol. Sin embargo, como si de una paradoja se tratara, el alcohol era lo único que lo calmaba. Así que echó mano a la bota otra vez y bebió un abundante trago. Terminó por chorrearse la barbilla y tuvo que limpiarse con el antebrazo. Solo fue una sensación momentánea de placer. El vino no hacía otra cosa más que arder en su interior y encender la mecha de sus malos pensamientos.

Continuó el viaje durante una hora hasta que al fin llegó a la tranquera del campo en el cual vivía y trabajaba. Bajó del caballo con intenciones de abrir y entonces vio algo que le provocó un nudo en el estómago. Fue como una ráfaga fugaz de incredulidad y furia. Una sensación de miedo y traición. Era como si los mismos fantasmas de sus pensamientos se hubieran hecho realidad. La cadena sostenía la tranquera, pero alguien había dejado abierto el candado.

Gumersindo abrió con prisa la tranquera y le dio un empujón. Hizo pasar al caballo y luego volvió a cerrar con candado. Miró hacia el cielo y entonces lo sospechó. La noche era clara. El cielo mostraba estrellas grandes y brillantes como perlas. La luna llena se exhibía pródiga y la calidez de la noche veraniega se extendía cómplice para los amantes. Sus muelas se entrechocaron y Gumersindo sintió que la rabia lo poseía de una manera avasallante. Quiso beber otro sorbo, pero solo encontró las últimas gotas de una bota vacía. Alguien había entrado en el campo mientras se suponía que él no estaba. Alguien que intentaba dejarlo mal parado en su honor, como le había pasado a Florentino.

Montó en su caballo y emprendió al trote el último tramo hacia la casa. Bajo la oscuridad de la noche vislumbró la silueta oscura de su hogar. Dos reflejos de luz salían de dos de las ventanas. Del lado derecho de la casa había algunos árboles. Del lado izquierdo, un molino, pero todas eran sombras penosas que lucían traicioneras bajo el cielo estrellado de una noche cálida de verano.

Gumersindo apuró el trote hasta que anduvo bastante cerca. La mayoría de los postigos de la casa estaban cerrados, con excepción al de la ventana de la sala y el de la habitación. Supo el hombre que algo no andaba bien, pues no era común que su esposa dejara los postigos abiertos y mucho menos las luces encendidas.

Gumersindo guio a su caballo hacia el lado derecho, donde estaban los árboles, a pocos metros de la casa. Estaba desmontando cuando escuchó el relinchar de otro caballo en la oscuridad. El paisano sintió que su cabeza daba tumbos y recordó entonces las palabras de lo que habían dicho las personas en la pulpería: «y eso no es todo, acá también hay otros cornudos». Y luego recordó lo peor: después de todo, era cierto cuando le había parecido que habían dicho su nombre. Gumersindo frunció los labios con una furia indescriptible. Habían hablado de él. Aquellos hombres sabían que él estaba en la misma situación que Florentino. Sus pensamientos y el vino le embotaron

la mente, la percepción y cualquier capacidad de razonar. Si la cosa era así, entonces solo había una forma de ponerle fin a esto. Gumersindo no estaba dispuesto a ser el hazmerreír del pueblo como ya era Florentino. «Mi hombría me salvará de la deshonra, no cometeré errores», pensó.

Comenzó a caminar hacia la parte lateral de la casa, dejando atrás a su caballo, al que por cierto ni siquiera le ató las riendas. Avanzó un poco encorvado y sigiloso, tratando de que no lo descubrieran mientras llegaba. Echó mano a la parte posterior de su cinto y tanteó su facón con intenciones de usarlo. Luego aflojó el poncho de sus hombros para poder tomarlo con ligereza en cuanto comience la pelea.

Mientras se acercaba trató de pensar que eso no podía ser cierto. Que su esposa nunca le haría algo así. Sin embargo, los hechos parecían hablar por sí solos y en la misma noche veraniega se olía el aroma agri dulce que siempre envuelve a los amantes antes de las desgracias.

Gumersindo caminó pegado a la parte lateral de la casa. Tenía la cabeza embotada por el vino y por la rabia. Un latigazo de bronca le retorció el estómago cuando vio dos sillas desocupadas bajo el farol de la entrada y dos vasos con bebidas en una mesita. Sin embargo, su esposa no estaba, así como tampoco el acompañante.

Gumersindo se quedó como de piedra por un momento. Los insectos revoloteaban junto a la luz del farol de la entrada y algunos grillos traicioneros parecían cantar su desgracia. Los amantes ya estarían en la habitación, desnudos y apasionados, consumando la vil traición del engaño. Pero entonces escuchó la tos ahogada de un hombre y Gumersindo vio una silueta que venía caminando desde dentro de la casa. Cuando el farol llegó a alumbrarlo, vio que se trataba de un hombre de unos veinticinco años. Uno de esos que solo en su caminar parecen tener el ahínco de creerse rebosantes de hombría, pero que aún les falta mucho camino por recorrer. Tenía el cabello crispado, color castaño oscuro y la tez blanquecina, como si no pasara muchas horas al sol. Era un tipo tan blando, que intentaba aguantar la tos que le provocaba la pipa que fumaba.

No solo se estaba acostando con su mujer, sino que estaba fumando con su pipa buena, consumiendo su propio tabaco, bebiendo de su vino y en su propia casa. Un huracán de emociones arrasó con su sentido común y en los restos de su conciencia solo quedaron unas ansias absurdas por matar. Desenvainó el facón con la mano derecha, envolvió el poncho en su brazo izquierdo y salió al encuentro de aquel amante.

—¿Quién es usted y qué hace en mi casa?! —protestó Gumersindo, aunque sabía la respuesta.

—Yo... —tartamudeó el muchacho.

—¡Si usted es un novillo que oficia de toro, será mejor que muestre su facón y se defienda como hombre! —lo amenazó Gumersindo.

—No, Gum... Ber... Esp... ere...

—¡Que muestre su facón y se defienda! —gritó Gumersindo yendo por él.

Gumersindo saltó hacia su presa con la cabeza embotada por el vino y por sus propios fantasmas. Sea cual fuera el precio, estaba dispuesto a recuperar su honor. Dio unos pasos torcidos por culpa del alcohol, pero estaba acostumbrado a pelear en ese estado. No escuchó las suplicas del otro hombre. En un intento frágil, el muchacho había sacado el poncho para defenderse, pero se le había enredado y caído al suelo. Sin muchas vueltas, Gumersindo le clavó la primera puñalada en el pecho y el joven lanzó un grito agudo y desesperado de dolor. Una vez el joven estuvo doblegado, Gumersindo lo agarró por la cabeza como si fuera un pollo y le rebanó el cuello de punta a punta. El joven cayó al suelo ahogándose en su propia sangre y manchando de rojo la entrada de la casa.

Era tarde cuando la mujer salió desde adentro de la sala. La pelea había durado apenas unos instantes. Gumersindo levantó la vista y vio a su esposa en el umbral de la puerta. Ella tenía el cabello revuelto y los ojos hinchados por las lágrimas. Lanzó un grito ahogado de horror cuando vio la sangre y al joven tirado en el suelo. Se lanzó de rodillas al piso en forma desesperada y con sus manos trató de sostener la cabeza y el cuello del joven, pero sus ojos estaban abiertos y rígidos. En un gesto desesperado, la mujer llevó la cabeza del joven contra su pecho, manchándose ella las manos y el vestido con sangre.

—¿¡Qué has hecho!?! —gritó la mujer a su esposo cuando levantó la mirada—. ¿¡Qué barbaridad es esto!?

Acompañado por el llanto de su esposa, Gumersindo actuó con total tranquilidad. Se puso el poncho en sus hombros, sacó un pañuelo del bolsillo y limpió la sangre del cuchillo. Al fin nadie más volvería a hablarle así en la taberna ni mucho menos se reirían de él. Guardó el facón en la cintura y con orgullo supo que no se había equivocado, que su hombría lo había salvado de cometer errores. Sin embargo, aún le quedaba otro asunto por resolver.

—Cualquiera que oficie de toro debe saber defenderse del facón —dijo Gumersindo en voz baja—. Y las mujeres que son infieles tienen que responder ante el rebenque.

Pero la mujer no dijo nada y solo siguió ahogándose en un llanto profundo que parecía desgarrar la noche. Los caballos relincharon y hasta los grillos enmudecieron tras la desgracia.

Todavía con sed de venganza y con el paladar seco, Gumersindo dio unos pasos y buscó uno de los vasos que estaban en el suelo. No se había equivocado. Los amantes habían estado bebiendo de su propio vino. Con la cabeza embotada, aferró el vaso y dio un sorbo hasta terminarlo por completo. Se acercó a la mujer y le dio una cachetada.

—¿Cómo puedes llorar a un amante que no sabe usar el facón y que del miedo tartamudeaba? —protestó Gumersindo con recelo y escupió en el piso.

—¡¿Qué amante?! —Lloró la mujer, con los cabellos pegados en su rostro y los dedos marcados en la mejilla—. Es Ulises, el hijo de mi hermana, el pobre tartamudo vino desde el sur para avisarme que mi hermana está muerta.

El tiempo

Euverio colocó la pava de agua sobre la cocina a leña y los sonidos metálicos le devolvieron un eco sombrío y solitario. Abrió la boquilla de la cocina y, temblándoles un poco aquellas manos ancianas y agrietadas, del canasto tomó un leño. Agregó el nuevo trozo de madera para animar el fuego, que ya comenzaba a crepitar en la soledad de su humilde y vieja casucha. Cerró la puertilla, dio media vuelta y avanzó con unos pasos lentos hasta el aparador. Mientras preparaba el mate miró a través de la ventana. Un árbol de roble junto a la casita, una vasta extensión de campo, un cielo nublado.

Minutos después salió de la casa, acercó un banco junto al roble y tomó mate igual que cada mañana. Hacía poco que había amanecido. La noche invernal había dejado huella de humedad en la tierra y el frío parecía calar hasta los huesos. Tal vez hubiera sido más grato tomar los mates en el interior de la casa, pero a las costumbres no se las puede erradicar con tanta facilidad y mucho menos cuando se rondan los ochenta años.

El anciano dio un sorbo fuerte y el mate sonó a vacío. Al mismo vacío y soledad que había en su vida, en su alma y en su hogar. Elevó la vista y miró el árbol frente a la casa; el roble había pasado ya la altura del techo. Casi como por reflejo recordó el día en el que lo habían plantado con su esposa. Había sido una tarde de verano y el sol se reflejaba casi dorado. En aquel entonces, con manos tersas y fuertes, Euverio colocó el joven roble en el hueco del suelo excavado; y Abelia se giró, de espaldas al sol, con la tierra fértil entre las manos. Mientras tapaban el pozo encontraron sus miradas, bañados por el bello color del atardecer. En esos tiempos pensaban que transitarían toda la vida juntos y así había sido durante los primeros veinte años. Pero después Abelia enfermó y casi como una ráfaga de viento, en apenas un mes, la muerte se la llevó. Por los siguientes cuarenta años y durante cada mañana, Euverio luchó contra pensamientos y sentimientos que resultaban agobiantes: angustia, incertidumbre, tristeza, soledad.

Su mano agrietada tomó la pava y vertió una vez más un poco de agua en el mate, metódicamente, sobre la bombilla, como solía hacerlo siempre, allí donde la yerba estaba húmeda, pero teniendo cuidado de no tocar la parte de la yerba seca. Al caer, el agua caliente fue liberando una corta estela humeante que contrastaba con el frío ambiente de la mañana. El silencio era penetrante, tanto como el frío, tanto como la

soledad de aquel hogar. Un hogar lejano, en medio del campo, casi en la nada. Apenas por un momento, a lo lejos, se escuchó un pájaro cortar el silencio asfixiante. Pero pronto todo volvió a la normalidad. A la rutina, a la esencia, a lo natural. Al frío de las mañanas y a la soledad.

El anciano dio otro sorbo al mate y se quedó mirando hacia el horizonte. Una llanura vasta, con tierra virgen y animales pastando. A pesar de que nada pertenecía a su propiedad, Euverio lo consideraba su único hogar. Así que le agradecía al patrón que le permitía seguir viviendo en la casucha de siempre, incluso a pesar de que él ya no pudiera realizar los trabajos de campo.

Pasó allí un buen rato de la mañana. Poco a poco, el sol fue luchando para intentar calentar el día de invierno. Pero era un sol tímido, distante, casi ajeno. Un sol que parecía salir a entregar su luz más por compromiso y por rutina que por el deseo natural de llevar vida. Y ese sol recibía Euverio. Recibía ese sol como quien recibe una vida a medias. Una vida por el simple hecho de estar vivo, de seguir su corazón latiendo y de tener la inercia de respirar. No era entonces vida, era una triste y cruenta soledad.

Con cierto esfuerzo el anciano se levantó de la silla, se llevó la mano a un costado y allí se frotó la parte posterior de la cintura tratando de calmar el dolor. Era, en verdad, el único dolor que podía calmar, porque a los otros dolores, a los del alma, no se los puede masajear. Regresó entonces a la cocina, llevando en su mano derecha la pava y en la izquierda el mate. No tuvo problemas para abrir la puerta, puesto que solo era necesario empujar hacia dentro y la había dejado entornada. Euverio ingresó en la vieja casucha.

Silencio. Lo único que encontró cuando ingresó fue un profundo e inquebrantable silencio. Aunque en el sentido más estricto también encontró un ambiente frío y húmedo. El hombre caminó por la pequeña cocina. Sus pasos arrastrados fueron susurrando contra el suelo, como en un reflejo cercano del cansancio y de la vejez. Y si bien el arrastrar de los pies tal vez fuera el arrastrar de otras cosas, el anciano siguió andando a costa de cualquier peso, a costa de sus propios deseos, como si vivir fuera más una rutina que una necesidad.

Se sentó en la cocina y encendió la radio. Por suerte, el patrón le había regalado unas pilas nuevas; hacía una semana que las anteriores se habían gastado. No había mucho que escuchar más que dos estaciones en amplitud modulada. El anciano hizo una

mueca un tanto triste cuando escuchó la voz de un locutor pasar algunas noticias de actualidad. La mueca no había sido por las noticias en sí, aunque estas fueran en verdad bastante trágicas. El problema era la melancolía, las remembranzas, la dulzura de aquellos tiempos tan lejanos que le provocaba escuchar con ese antiguo aparato. Un artefacto grisáceo y rectangular que había escuchado tanto tiempo con su esposa.

Fue entonces la voz del locutor la que acompañó a Euverio por el resto de la mañana. Una voz gruesa que parecía fría y distante. Un informador crudo y desalmado que bien podría comunicar dos asesinatos, una disputa política, un conflicto social o los números de la quiniela nacional con el mismo tono y formalidad. Una voz que transmitía una función específica. Un sonido recurrente que parecía amoldarse a un patrón, a una cadencia, a un ritmo constante. Poco valían las palabras o lo que se informara en tanto se mantuviera el clima y el estilo. Las palabras del locutor, sin música de fondo, parecían resonar en el vacío de la casucha con la misma frialdad y distancia que con las que eran transmitidas.

Para la hora del almuerzo Euverio apagó la radio y cocinó unas verduras hervidas en un caldo. Una papa chica, un trozo de zapallo, media zanahoria y media cebolla. Colocó la olla humeante sobre la mesa, sacó media galleta y se sentó en la mesa frente al plato. Sirvió las pocas verduras con un poco de caldo en el plato hondo. Luego acercó un tazón y vertió el resto del caldo. Quedó entonces Euverio sentado, solo, en el frío mediodía del invierno, frente a una mesa de mantel de plástico floreado y desgastado que tenía una rasgadura en la punta. Con las verduras y el tazón humeando. Con un trozo de galleta al lado. Tal cual había hecho durante los últimos cuarenta años, en silencio y en soledad.

Los tiempos pasados eran mejores. Tiempos en los cuales su querida Abelia le ponía diferentes carnes a los caldos y bastantes verduras. Para ese entonces, Euverio disponía de más dinero ya que podía trabajar. Los tiempos pasados eran mejores, pero no los podía traer de nuevo. Sin embargo, eso no impedía que los pudiera recordar. Y tal cual un alcohólico sigue enganchado a la bebida, el anciano pasaba la mayor parte del día sumido en sus pensamientos del pasado. Viviendo con remembranza aquellas épocas lejanas, con la nostalgia a flor de piel y una angustia en el pecho que parecía oprimirlo. A Euverio le sucedía lo mismo que al bebedor, solo que su bebida eran los recuerdos y el efecto del alcohol era la nostalgia.

Por eso bebió el caldo en silencio. Por eso partió la galleta y le dio algunas mordidas hasta terminarla como si casi no estuviera en ese lugar. Su mente estaba en otro lado, en un allá lejano, en un pasado que no podía dejar de recordar. Por eso comió las verduras sin sabor, pensando en el sabor que tenían las comidas de antes, hasta que no quedó nada en el plato ni en el tazón. Solo habían quedado las migajas en el mantel de plástico floreado. Migajas que parecían reflejar su propia vida luego de tanto tiempo.

El hombre se levantó de la mesa y se dirigió a la habitación. No había tareas que hacer, no tenía trabajos que realizar como en los viejos tiempos. Cuando daba largas caminatas reconociendo las tierras sembradas. Cuando cabalgaba durante horas arreando el ganado. Cuando controlaba las pasturas, cuando carneaba animales para el consumo. Cuando arreglaba tranqueras, alambrados y gallineros. Cuando trabajaba y estaba activo. Pero ahora todo había sido cambiado por otra realidad, una mucho más pesimista y silenciosa, más fría y elemental, más solitaria, más orientada al sobrevivir que al hacer. Y entonces no encontró más opciones que acostarse a dormir la siesta, cosa que realizaba con regularidad durante las tardes.

Luego de la siesta salió de su casucha para controlar las pocas cosas que en verdad le pertenecían. En la parte derecha había una huerta, que estaba cubierta con algunos plásticos, pero ya no era lo de antes. Años atrás, la huerta tenía cuatro parcelas bastante grandes para hacer quinta. Ahora, apenas utilizaba menos de la mitad de una sola parcela. Las otras tres parcelas y media eran un yuyal abandonado, y las estructuras de madera que hacían a la protección de la huerta estaban caídas y deterioradas. Había filtraciones en el techo y unos ramales iba avanzando en varios lugares. El hombre ingresó entre los plásticos que hacían de puerta. Abrió la canilla y poco a poco fue regando los tomates, lechugas, zanahorias, zapallos, papas.... Euvorio tenía conocimiento y buena mano para trabajar la huerta, pero no era lo mismo de antes. Así que apenas la cuidaba un poco, lo suficiente como para subsistir.

Antes había sido mejor. La huerta había sido una actividad emocionante y gratificante. Aún podía recordar a su hija y a su hijo cuando eran niños, corriendo entre los sembrados, recogiendo los primeros tomates, refrescándose con algunos chorros de agua durante el verano. Pero ahora ya habían crecido y veían en forma despectiva aquella tarea en la cual se llenaban de tierra. Ya siendo más grandes, los dos habían elegido irse a vivir a la gran ciudad. Antes, hacer quinta resultaba emocionante y

entretenido. Ahora, parecía ser algo que no tenía mayor sentido que el de subsistir. Pero la mejor etapa había sido trabajar esas tierras con su esposa. Disfrutar de ver quién lograba el zapallito más redondo o de quién lograba la lechuga más frondosa, mostrándose los frutos uno al otro y creyendo, como en un acto de fe, que el camino de la siembra era un acto casi milagroso. Colocar semillas en la tierra. Regarlas y verlas brotar. Ver las plantas crecer. Comer de sus frutos. Ser testigos del ciclo de la vida. Pero en esa huerta solo quedaban paredes desgarradas de plástico amarillento y una maleza en constante avance. Tal vez eso también fuera el ciclo de la vida. Tal vez fuera, en cierto punto, el reflejo concluyente de su propia vida.

Cuando terminó de regar la huerta caminó hasta el gallinero que tenía junto a la casa. Un pequeño corral con apenas seis gallinas ponedoras y un gallo enclenque que estaba rengo de una pata. Las aves estaban flacas, hacía tiempo que no disponía de granos o de alimento balanceado para darles. Pero aun así las ponedoras se esmeraban en dar algún que otro huevo para acompañar a la alimentación de Euverio.

Era un alambrado improvisado, con un techo abombado que se proyectaba desde el techo de la misma casa y un tejido que cubría por completo los laterales y frente del gallinero. Una cerca angosta en el frente le permitió entrar. Contra la pared de la casa había una estructura de maderas añejas y descascaradas que servían de refugio para las gallinas. Unos cúmulos de paja dispersos servían a las aves para dormir y poner. El anciano miró en los nidos y encontró allí dos huevos. Con sus manos agrietadas recogió el pequeño tarro metálico que siempre dejaba junto a la estructura de maderas y los colocó allí, pensando en que los utilizaría para la cena.

Ya con el canasto en la mano y un tomate que luego recogió de la huerta, el anciano emprendió el camino de regreso a su casa. Lo hizo como siempre, con pasos arrastrados y silentes, en la soledad de un campo lejano que nadie hubiera imaginado que existía en algún lugar.

Para el atardecer no tuvo más remedio que refugiarse en su casucha. El cielo se había cubierto con unos nubarrones negros y las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer. No faltó mucho para que también empezara a soplar el viento. Era una tormenta fuerte y con ella llegaron algunos ruidos de cosas que caían al suelo o se volaban. Sonidos metálicos y a madera que provenían de la huerta y del gallinero. Sonidos que amenazaban con que el poco sustento del cual disponía Euverio se arruinara. Pero no

podía hacer nada más que esperar en la soledad de su hogar, mientras que, con los últimos vestigios de la luz natural, miraba el paisaje a través de la ventana.

Rato después, el paisaje se fue tiñendo bajo la profunda oscuridad de la noche. El viento resultaba intenso y la lluvia caía profusa. Las gotas de agua eran gruesas y pegaban con fuerza en el techo de chapa, produciendo un sonido metálico que parecía retumbar en la soledad de la casa. En la cocina a leña hervían dos tarros: uno, con dos puñados de arroz; el otro, con los huevos que había recolectado del gallinero. El interior de la casa era iluminado por dos velas; una estaba en la mesa y la otra junto a la cocina. El anciano estaba de pie, mirando por la ventana. Un destello blanquecino se dibujó en el cielo. Los relámpagos reflejaron la descarga eléctrica e iluminaron todo el campo por un instante. A los pocos segundos el sonido del trueno hizo temblar el suelo y la misma casucha. En su experiencia, Euverio supo que era una de esas tormentas que el resto de los peones protestarían, pues al otro día deberían realizar muchos trabajos y reparaciones para reacondicionar los destrozos a causa de la tormenta.

Cuando la cena estuvo lista, Euverio se sentó a la mesa y a la lumbre de una sola vela. Era prudente apagar la segunda para ahorrar. La débil iluminación estaba en el lado derecho de la mesa. Comió en silencio, sumiso, acompañado por la lluvia que caía y el viento que soplaba destrozándolo todo. Pero el anciano estaba acostumbrado a los destrozos de las tormentas, así como a las tormentas de la vida.

No había más para hacer que escuchar el sonido disonante de las gotas en el techo y los truenos crujientes que parecían trozar la tierra. Cada tanto, la penumbra de la cocina era iluminada por el reflejo de algún relámpago. Euverio podría haber cerrado los postigos, pero la casa no tenía.

Después de comer se puso de pie, y con sus manos viejas y agrietadas tomó la vela para dirigirse al baño. La dejó a un lado y su rostro se reflejó en el espejo, que tenía una rasgadura vertical. El reflejo en la penumbra le devolvió un rostro sombrío, cansado, con profundas arrugas y un semblante desgastado. Sus ojos, color marrón claro, parecían guardar el sufrimiento que solo comprenden las personas que viven durante tanto tiempo en soledad.

Luego de hacer sus necesidades se dirigió a la habitación, siempre llevando la vela en sus manos, cuya pequeña llama se debatía en la penumbra. El viento ya parecía haber amainado y la lluvia ahora era un poco más suave, aunque se la escuchaba con

ritmo constante en el techo de chapa. Dejó la vela en la mesa de noche y caminó hacia el pequeño armario de dos puertas. Allí buscó otra manta que utilizaría para abrigarse. La temperatura había descendido bastante y, con la lluvia y la tormenta, Euverio imaginaba que la temperatura descendería aún más. Con cierto esfuerzo fue extendiendo la manta de lana sobre la cama, con movimientos lentos, puesto que agacharse le provocaba dolores en la cintura. Primero extendió la manta por el lado que él dormía. Luego dio la vuelta y estiró la manta por el lado que, alguna vez y años atrás, había dormido su esposa.

Volvió a su lado y comenzó a quitarse la ropa. El reflejo débil de la luz de la vela fue el único testigo de las acciones del anciano. En la penumbra Euverio se fue quitando las prendas poco a poco y se quedó con una camisola y unos calzones blancos. El cuerpo que descubrió fue el de unos brazos y piernas lánguidas que, a pesar de que alguna vez habían sido fuertes, hoy no eran más que apenas huesos y músculos flácidos recubiertos por piel. Unos pelos débiles y enrulados cruzaban sus piernas y brazos. Y estando ya en camisola, se le notaba la postura encorvada que tenía su espalda.

Se sentó en la cama y el silencio pareció alimentar, con más fuerza, la presencia de la soledad. El agua ya no se oía en el techo y había dejado de soplar el viento. Euverio pensó, en verdad, si acaso no sería más gratificante escuchar al menos el agua de la lluvia sobre el techo. Pero hasta el viento y la lluvia parecían haberlo abandonado.

Con sus manos agrietadas, temblándole el pulso, buscó el portavelas y lo atrajo hacia sí. El anciano acercó la vela hasta su rostro arrugado y el reflejo de la llama mostró, en la penumbra, sus ojos de color marrón claro. Ojos tristes y cansados. Ojos que le revelaban el pesar de vivir en soledad. Sus labios agrietados y paspadados se fruncieron, y con un soplido apagó la llama. Quedó entonces Euverio en la oscuridad. En la profunda, silente, y dolorosa oscuridad en la que vivía siempre.

La curandera

Apenas estaba amaneciendo y doña Aurora ya estaba en la cocina. Bien podría la señora haberse preparado el desayuno, pero primero tenía otras tareas importantes que realizar. Con sus manos agrietadas, por el trabajo y por el pasar de los años, Aurora rebuscó en el interior de un pequeño aparador. Allí había montones de sales, velas, una olla metálica, algunas ramas de olivo y varios frasquitos con diferentes hojas e ingredientes.

Sacó primero la olla y la colocó sobre la mesada. No era la intención de Aurora cocinar, pues tenía que realizar sus labores de rutina antes de comenzar con cualquier otra actividad. La olla metálica estaba marcada con tiznes negros en su interior, dando por sentado que no se utilizaba para cocinar, puesto que las llamas ardían dentro de la olla y no en contacto con el exterior como suelen utilizarse generalmente.

La mujer siguió rebuscando en el aparador y tomó varias hojas de laurel que ya estaban un poco secas. Las echó dentro de la olla, agregó un poco de canela molida y luego vertió un aceite vegetal que ella misma preparaba. Encendió dos fósforos y los agregó en el interior de la olla. Casi al instante las hojas y el aceite comenzaron a quemarse liberando un humo blanquecino. Un aroma entre penetrante y dulzón invadió el ambiente. Aurora dio entonces comienzo al ritual de limpieza que era necesario antes de comenzar con su día de trabajo.

Era una mujer entrada en años. Tenía el cabello grisáceo y ondulado, y solía prestarle poca atención a su peinado, razón por la cual siempre llevaba el cabello largo y desprolijo. Su rostro estaba surcado por varias arrugas y su semblante parecía casi siempre rígido. Era una de esas personas que suelen concentrarse por demás en sus labores, que pocas veces se relajan, y de las que mucho menos se entregan a los placeres de la vida. De aquellos que viven bajo la obligación; como si el deber y el honor estuvieran siempre por delante de ellos mismos, incluso a pesar de cualquier costo. Sus ojos de color negro, sumados a sus rasgos, parecían otorgarle una mirada profunda y casi severa.

La mujer tomó la olla por las asas y avanzó por la cocina moviendo un poco la olla hacia arriba y abajo, impregnando de aroma el ambiente y ahuyentando a los malos espíritus. Recorrió su pequeño hogar al ritmo de algunas oraciones que repetía en

susurros para sí misma. Anduvo murmurando desde la cocina hasta su pequeño dormitorio, luego hacia la segunda habitación, luego al pequeño lavadero, el baño, y otra vez a la cocina, pues era necesario limpiar todas las energías negativas antes de que comenzaran a llegar los clientes que requirieran de sus servicios como curandera.

Una vez que terminó de recorrer y limpiar todas las energías del interior del hogar, salió al exterior con intenciones de dar la vuelta a la pequeña casa y recorrer un poco el patio. Se trataba de un día primaveral y los pájaros ya comenzaban a cantar. En la parte posterior de la casa, cuatro sapos estaban colgando de una pata, ya secos. La mujer fue repitiendo las oraciones y pronto terminó de dar la vuelta. Luego dejó la olla en el patio donde había algunas plantas y arboledas para que los laureles y el aceite terminaran de quemarse.

Con cierta prisa se metió en la casa para tomar un breve desayuno. Echó unos leños en la cocina y encendió el fuego para que comenzara a calentar la pava. Ya vería luego si tomaría unos mates, un té o algún mate cocido. La verdad, no tenía exigencia alguna respecto a los alimentos. Además, lo que comiera estaba limitado a la disponibilidad de tiempo que tuviera, puesto que la mayoría de las veces tenía clientes en su casa. No se compraba cosas por gusto ni se cocinaba alimentos por placer. Sus gustos personales, bastante tiempo atrás, parecían haber quedado enterrados tras sus obligaciones.

Al poco rato las pequeñas maderas comenzaron a crepitar dentro de la cocina a leña. Aurora tomó el tiznero para descubrir la parte de la hornalla. Unas tenues lenguas de fuego se asomaron, resultado de los primeros leños ardiendo. Meticulosamente, Aurora peló un diente de ajo y lo echó por el espacio descubierto de la hornalla. Primero tiró el ajo y luego las cáscaras, que pronto comenzaron a arder. Luego tomó una cuchara y la cargó con un chorrito de aceite de girasol. Hizo la señal de la cruz y dejó caer unas gotitas por el hueco descubierto de la hornalla. Una llamarada surgió al instante, producto del contacto del aceite con el fuego, y un tenue humo oscurecido salió de la combustión. Aurora frunció el ceño en un gesto preocupado, el humo oscurecido de la quema de aquellos elementos solía ser de mal augurio. Mientras que cuanto más blanquecino fuera, o incluso si no había humo, significaba buenos augurios. La mujer dio un suspiro con cierta preocupación y tapó la hornalla. Hacía años que no había visto

humo negro en sus quemaduras. Se quedó un rato pensativa, casi atónita, y negó con la cabeza. Ya haría luego cruces de sal y otras prácticas para contrarrestarlo.

Cuando el agua terminó de calentar prefirió simplificar su desayuno con unos mates y un trozo de galleta untada con un poco de mermelada, pues imaginaba que pronto comenzaría con su trabajo. La casa de campo estaba ubicada bastante cerca del pueblo, razón por la cual, ya por la mañana, temprano, los primeros clientes se hacían notar con sus necesidades.

No se había equivocado en su presentimiento. Luego del desayuno, mientras colocaba unas cruces de sal en la puerta, Aurora vio a lo lejos a un jinete. Su primer cliente ya estaba llegando.

Aurora recibió a un hombre de cabello ralo y baja estatura. El paisano vestía una bombacha de campo negra y camisa a cuadros roja. Se trataba de un hombre bastante barrigón, y la panza parecía rígida debajo de la camisa. Sus ojos lucían pequeños y vidriosos. La piel de su rostro presentaba un desluz pálido y sus rasgos parecían mostrar agotamiento.

Aurora hizo que el hombre se sentara en la silla que estaba junto a la puerta de entrada de la cocina. Una vez allí, lo observó con una mirada aguda y penetrante.

—¿Qué le anda pasando, don Hugo? —preguntó Aurora.

—Me duelen las tripas —dijo el paisano mientras se pasaba la mano por el abdomen—. Ayer cené caldo y no hice otra cosa más que vomitarlo.

—No creo que el caldo haya sido el culpable —dijo la mujer, casi con voz autoritaria—. ¿Algo que haya comido antes?

El hombre hizo una mueca con cierto disgusto y miró a la mujer como si fuera un niño al que habían descubierto haciendo de las suyas.

—El almuerzo... —El hombre hizo un vaivén con la cabeza—. Bueno, comimos un capón con los muchachos. Ya le había dicho al Jorge que me parecía que ese animal no estaba en buen estado.

—¿Alguien más terminó como usted? —preguntó la anciana.

El hombre frunció los labios, pero no dijo nada. Luego miró a Aurora con cierta incomodidad, como si no le agradaran tantas preguntas. Pero Aurora no se dejó intimidar por su mirada, sino que, por el contrario, puso los brazos en jarra y se quedó esperando la respuesta.

—Yo... —titubeó el hombre.

—¡Vamos, que no tengo todo el día! —protestó la mujer—. ¿Acaso alguien más terminó como usted?

—Nadie, que yo sepa —dijo a secas.

—Ya veo. —La mujer asintió con la cabeza y le dedicó una mirada furtiva—. ¿Y alguien que haya comido y bebido en las cantidades que usted lo hizo?

El hombre dio un suspiro y, vencido, bajó la mirada para repetir la misma respuesta:

—Nadie, que yo sepa.

—Me lo suponía —dijo la mujer—. Bien, supongo que ha de ser un empacho.

—Lo mismo pensé —dijo el hombre con una mueca y se volvió a pasar la mano por el abdomen.

Aurora caminó hasta la mesada, donde ya había preparado varios de sus elementos para las curaciones. Lo primero que tomó fue un plato hondo de acero. En los laterales, el metal parecía un poco cachado y despintado. Era de color crema, casi amarillento, pero en los lugares cachados se podía ver el metal un poco oscurecido y apenas oxidado. La mujer buscó también de su aparador una cinta métrica de plástico flexible, un frasquito con aceite y una cuchara sopera. Fue dejando todos los elementos en la mesa de entrada, junto a la silla en la que estaba sentado don Hugo.

Cuando tuvo todo dispuesto, lo primero que hizo Aurora fue tomar la cinta métrica y tenderle una punta al hombre. Este lo retuvo contra su abdomen y Aurora se alejó un poco. La mujer fue realizando la señal de la cruz con un vaivén de su mano en tanto se acercaba, y fue acortando la distancia con el metro. Le dio un suave toque con su mano en cada hombro y también en la frente. Luego repitió el proceso tres veces en cada punto y en una de las últimas lo hizo ponerse a don Hugo de lado, cosa de que él estuviera mirando hacia la derecha. Después buscó el plato metálico, lo llenó con un poco de agua, y se lo colocó en la cabeza al hombre. Le encargó que lo sostuviera. Luego la mujer cargó en la cuchara un poco de aceite y, al tiempo que murmuraba, fue dejando caer unas gotas en el plato. Una vez estuvo listo, dejó el plato en la mesa y lo cubrió enseguida con un trapo.

—Por hoy estamos —dijo la mujer—, pero ya le digo que tiene usted un empacho bien fuerte.

—¿Tengo que volver?

—Entre unas tres a cinco veces.

—Vendré —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Cuánto le debo?

—Lo que usted pueda, como siempre.

El hombre asintió con la cabeza, buscó en su pantalón y dejó unas monedas en la canastita que se encontraba sobre la mesa.

—Tenga usted, y muchas gracias —dijo el paisano.

Luego de despedir a don Hugo, la mañana de Aurora continuó de buena manera. Le calmó el dolor de muela al señor Gómez, frotándole el lado derecho de la mandíbula con la panza de un sapo. Luego curó a los niños Navarro de otro empacho, causado por un atracón de galletas y dulce de leche. Trató las verrugas a doña Clotilde. Y hasta tuvo que tirarle el cuerito a doña Jacinta porque tenía dolor de barriga y el malestar no se le iba con la cura del centímetro, el plato y el aceite. Cerca del mediodía almorzó algo ligero y luego durmió una corta siesta, como era su costumbre. Por la tarde atendió a cinco clientes más y hasta tuvo que curar de insolación a un niño de tres años causado por los primeros calores primaverales.

El atardecer llegó de manera calma, así como el final de sus labores. Todos sabían, en el pueblo y alrededores, que Aurora trabajaba solo hasta el atardecer. Con los últimos reflejos dorados del sol que ingresaban por la ventana, Aurora se dispuso a guardar sus elementos de trabajo. Mientras ordenaba aquí y allá, se sorprendió cuando vio las marcas de sal que ella misma había dejado durante la mañana temiendo un día de malos augurios. Al menos, eso le habían vaticinado la quema del ajo y del aceite, pero al final no había pasado nada malo ni tampoco había tenido enfermos graves.

Era de noche cuando la mujer vio, a través de la ventana, un bulto con una tenue luz que se acercaba en dirección a su casa. Cuando se hizo más cercano, pudo identificar que se trataba de un carruaje tirado por cuatro caballos. La misma carreta llevaba un farol colgando adelante. La mujer tomó una de las velas que iluminaban el interior de su casa y salió para ver de qué se trataba; no estaba acostumbrada a recibir visitas a esas horas.

Una vez afuera pudo deducir de quien se trataba. Cuatro caballos fuertes y de pura raza con un pelaje negro brillante. Un carruaje cubierto con cueros negros de primera calidad. Todo aquello solo podía pertenecer a una persona. Aurora lo supo

enseguida. Era la carreta del señor Juan Augusto Campanás, el hombre más pudiente del pueblo y de los alrededores.

La temperatura había bajado durante las primeras horas de la noche. El cielo se mostraba despejado y apenas se veía un hilo de luna menguante que parecía casi extinta. Aurora sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Una vez, años atrás, aquel mismo carruaje había venido a buscarla para una tarea urgente. En un principio Aurora se había resistido, pero al final se había visto obligada a hacerlo. Después de todo, las cosas que el señor Juan Augusto Campanás quisiera que fueran realizadas debían ejecutarse y quien se oponga debería atenerse a las consecuencias. Pues el señor Campanás era todo en aquellas tierras. Era la autoridad, la justicia, la ley, y también la corrupción.

El carruaje estacionó frente a su casa. El hombre alto y delgado que manejaba los caballos fue el primero en descender. Apenas asintió con la cabeza cuando vio a la señora, pero no le dirigió la palabra. Solo se encaminó hacia la puerta del carruaje y la abrió.

Un hombre de unos treinta años descendió. Se trataba de José Jacinto, el hijo del señor Campanás. Tenía el rostro terso e iba afeitado al ras. Vestía un conjunto negro y llevaba un bastón en la mano, símbolo decorativo más que necesario. El hombre esperó unos instantes en la puerta de la carreta mientras su chofer descolgaba el farol del carruaje. Luego fue iluminando el camino y ambos se acercaron hacia la mujer.

—Vengo a solicitar sus servicios —dijo el joven, a secas.

—Buenas noches, caballeros —saludó la anciana—, pero me temo que no podré ayudarlos en este momento. Solo trabajo de día.

—Vinimos a buscarla a estas horas bajo nuestra propia intención —dijo Jacinto—. Ya sabe que cuanto más discretos sean los asuntos, mejor.

La anciana sintió un escalofrío y los pelos de la piel se le erizaron. Ya había venido esa familia una vez de noche. Ya había terminado una vez todo en tragedia. Recordó entonces la quema del ajo y del aceite al comienzo del día. Después de todo, los malos augurios eran tan ciertos como el aire que respiraba y como el sol que salía cada mañana.

—Ya sabe que no es bueno realizar trabajos de noche, no vaya uno a tentar a los malos espíritus —dijo la mujer, aunque su voz sonó débil.

—Doña Aurora, no creo que sea necesario recordarle que usted tiene el favor de mi padre para vivir aquí —dijo el hombre con tono autoritario.

—Lo tengo presente, señor.

Y era cierto; después de todo, Juan Augusto Campanás había adquirido aquellas parcelas de campo como inversión y había dejado que la anciana viviera en la casa. En años remotos, su marido había trabajado como peón para los antiguos dueños, pero ahora todo le pertenecía al señor Campanás.

—Entonces, si tiene presente el favor de mi padre, lo menos que esperamos es un poco de cooperación de su parte —dijo el hombre.

Aurora tuvo la sensación de que apenas podía respirar. Por un momento sintió un mareo. Los recuerdos parecían ahogarla entre penumbras. Imaginó que se vería otra vez envuelta en el mismo embrollo de aquella vez. Aún podía recordar la sangre en las sábanas y los pobres gritos de la muchacha.

—El patrón le está hablando —protestó el conductor del carruaje.

—Sí, perdón. —La anciana forzó una sonrisa y volvió de sus oscuros pensamientos—. ¿Qué es lo que necesitan? —preguntó con un hilo en la voz.

—Es mi padre y es necesario que lo vea urgente —afirmó el joven—. Los médicos ya lo vieron, pero dijeron que no pueden hacer mucho. Parece que le ha tomado la culebrilla.

—Podría ir mañana a primera hora —dijo la anciana asintiendo con la cabeza.

—Mi padre debe ser atendido en forma urgente —insistió el joven—. Él mismo dio la orden de que viniéramos a buscarla y de que la llevemos ahora. El proceso está bastante avanzado y debe ser detenido cuanto antes.

La mujer miró a los hombres, pero esta vez no tuvo fuerzas suficientes como para dar vuelta la situación. Esto no era como rastrearle verdades al paisano Hugo o a alguno de sus clientes. Tratar con esta gente no era tan simple. Después de todo, pocas veces las personas tienen el poder de la mentira, la justicia y de la impunidad a la vez. Dio un suspiro y comprendió que esta sería una batalla en la que no podría vencer. Asintió con la cabeza y se dio la vuelta en dirección a la casa con unos pasos lentos y sumisos.

—Iré por mis cosas —dijo con voz apagada—, espérenme un momento.

Aurora ingresó en su casa y, llevando la vela entre sus manos, pareció deambular un poco. Le resultó extraño sentirse desorientada en su propia casa. Sin embargo, no

era su hogar, sino los hechos y las condiciones quienes la abrumaban. Dio un suspiro, al menos no tendría que realizar otro aborto. Ya eran tres los que les había obligado a realizar aquella familia, y uno de ellos había terminado con la muerte de una muchacha de veinte años que trabajaba en la cocina de la familia. Lo peor de todo era que, según habían dicho los sirvientes, había sido el mismo señor de la casa, Juan Augusto Campanás, quien había doblegado a la joven para que mantuvieran relaciones.

Mientras caminaba, la anciana se quedó observando la vela que llevaba entre las manos. La llama comenzó a flamear de manera extraña y de pronto se apagó, liberando un humo oscurecido y un aroma amargo, como si de una señal de muerte se tratara. Aurora se quedó frunciendo el ceño en la penumbra de la cocina. Estaba anonadada por lo que había pasado ante sus ojos, pero esto no fue todo, porque de pronto, casi como por milagro, la llama se volvió a encender en la vela que tenía en sus propias manos. Como si de una señal de liberación se tratara o como si la vida misma estuviera en sus manos. La mujer abrió grande los ojos en un reflejo de turbación, dio unos pasos hacia atrás y con un embrollo en su mente y en sus emociones se sentó en la silla junto a la mesa; comprendía el mensaje y lo que debía hacer, incluso aunque fuera un mal presagio.

Sosteniendo el portavelas, estuvo unos momentos sentada para recomponerse mientras escrudiñaba en el mensaje que le habían pedido desde el más allá. Cuando al fin juntó fuerzas, se puso de pie y comenzó a realizar las preparaciones. Dejó el portavelas en la mesada y se arrodilló, trabajosamente, frente al aparador donde estaban sus ingredientes. Comenzó a rebuscar entre frascos y cajas. Casi en el fondo encontró un frasco negro que tenía dentro lo que buscaba. Un elemento valioso y muy caro. La tinta china que utilizaba para curar la culebrilla.

Del armario también sacó un poco de olivo, romero, sales y velas. Cada vez que iba a ese lugar resultaba provechoso curar los malos espíritus que lo alimentaban. Buscó también en la parte media del armario y de allí sacó una tijera. Puso todo en una bolsa de tela y luego se encaminó hacia el pequeño lavadero. Allí encontró la cajuela agujereada con los sapos. Abrió la puertilla, tomó uno bien grande del cuello y lo echó dentro de una caja más pequeña. También vació el frasco de tinta, sin pensar en lo costosa que era, y rellenó el recipiente con agua de barro.

Poco después, Aurora salía de su casa llevando la bolsa de tela en una mano y la cajita de madera en la otra. Llevaba un chal color gris para cortar el frío. En la oscuridad de la noche el conductor de la carreta se acercó para ayudarla. Quiso tomar sus cosas, pero la mujer le indicó que llevara solo la bolsa, pues a la caja de madera la llevaría ella y nadie más.

El joven Campanás y la curandera subieron al carruaje. Durante el camino, el joven emitió algunos suspiros despectivos, como disconforme por tener que viajar con aquella anciana. Por otra parte, Aurora no emitió palabra alguna y solo se quedó aferrando la caja con sus manos, pensando, en realidad, en cuán miserable era la vida de todos en aquel pueblo donde el señor Campanás gobernaba a punta de amenazas, obligaciones e injusticias.

Al cabo de una hora el carruaje se detuvo. La anciana bajó de la carreta y ante sus ojos encontró la imponente mansión de dos pisos que parecía formar parte de la misma penumbra de la noche. A la señora Aurora siempre le había parecido que aquella casa era un lugar demasiado oscuro. Pero en las veces que había acudido, nunca había podido hacer otra cosa más que obedecer, igual que les sucedía a todos en el pueblo.

Una de las criadas la recibió y la guio para que entrara en la casa. Aurora la reconoció al instante. La mujer era una anciana de arrugas marcadas en el rostro, cabello negruzco y una mirada seca que reflejaba un vacío en el alma. Alma que había sido rota luego de que su hija muriera en un aborto.

Acompañada por el joven Campanás y por la criada, Aurora recorrió el caserón con la sensación de que el ambiente, y todo el lugar, estaban impregnados por los malos espíritus. Puede que las demás personas no pudieran comprender lo que el éter reflejaba en el ambiente, pero Aurora era ducha en las artes místicas. Una sensación fría y asfixiante que parecía ahogar a todos en aquella casa, a todo un pueblo y a toda la gente que pudiera tener relaciones o dependencias con la familia Campanás.

Llegaron a las escaleras y comenzaron a subir hacia el segundo piso. Aurora recordó aquella noche, años atrás, en la que había subido por las mismas escaleras con el perejil en la mano y algunas agujas de tejer. Casi como por reflejo, miró a la criada que caminaba junto a ella y la curandera sospechó que la criada también lo recordaba, pero el dolor parecía haberle borrado todo gesto de expresión en el rostro. Cuando

terminaron de subir, avanzaron por el pasillo y Aurora tuvo un escalofrío cuando cruzó por la tercera puerta de la izquierda, pero los tres siguieron de largo sin decirse nada.

Llegaron casi al final del pasillo y la criada abrió la puerta de la derecha. En la penumbra de la habitación se escucharon los quejidos del señor Juan Augusto Campanás. El hombre reposaba en la cama, boca abajo, y una vela estaba encendida a su lado izquierdo en la mesita de noche.

—Apenas puede estar acostado —dijo la criada—. No pueden tocarlo las sábanas ni nada porque le duele mucho.

—¿Puede hacer algo? —preguntó el hijo.

—Lo intentaré —dijo Aurora, y en su voz se notó un tono seco que respondía más a las obligaciones que a los deseos.

Los tres caminaron hacia la cama. El piso de madera rechinó bajo sus pies. Aurora sintió un escalofrío. Era como si todo fuera un quejido en ese lugar. El paciente, el piso, el aire. Incluso le pareció recordar los quejidos de la joven que había muerto habitaciones atrás.

—Señor Campanás, soy Aurora —dijo la mujer—. He venido para tratarlo.

—Ya era hora —protestó el hombre.

La mujer se inclinó para ver la espalda del hombre. En la parte de la cintura el señor Campanás tenía dos franjas ampolladas que parecían estar en carne viva. No tenía remera y tampoco sábanas que lo cubrieran. En realidad, no existiría persona alguna que pudiera tolerar cualquier roce en una espalda así de lacerada. El señor largó un quejido y se removió un poco en la cama. La mujer se acercó contra el lado iluminado para ver a su paciente. En la penumbra, Aurora pudo ver la mitad del rostro del hombre boca abajo, con el gesto pétreo como siempre, los ojos pequeños, los bigotes bien largos y un aroma entre rancio y penetrante que bien podría emanar tanto de las ampollas como de su propia alma.

—¿Podemos girarlo un poco? —preguntó la mujer.

El señor asintió con la cabeza. Su hijo y la criada se acercaron para ayudar. Entre los tres lo giraron hacia un lado y hacia el otro para que Aurora pudiera observar la extensión de las lesiones. La culebrilla ya había avanzado hasta un poco más adelante de la parte lateral del abdomen.

—Por favor, está muy avanzada —dijo su hijo—. Hay que evitar que las puntas se toquen.

—Déjenme sola —dijo la curandera—. Ya veré lo que puedo hacer.

—¿Padre? —preguntó el hijo.

—Sí, váyanse —protestó el hombre con un quejido de dolor en la voz.

El hijo asintió con la cabeza y le ordenó a la criada que también se fuera. Los dos se encaminaron hacia la puerta mientras las maderas crujían bajo sus pies. Una vez salieron, la curandera y el hombre se quedaron solos, envueltos bajo el manto de un duro silencio.

—¡Ya, comience a trabajar de una vez! —protestó el hombre retorciéndose en gestos de dolor.

—Como usted lo ordene, señor.

Aurora comenzó a sacar las cosas de la bolsa y dejó la caja junto a la mesa de noche. La vela flameaba, respondiendo ante los actos de la anciana. No le llamó la atención el extraño movimiento que hizo la llama de la vela mientras preparaba sus cosas, pues al final, solo era otra confirmación del mismo presagio. Así que, bajo una única luz que parpadeaba extraña y proyectaba sombras desfiguradas en la penumbra de la habitación, la mujer trabajó acompañada de los quejidos del hombre y del mal presagio de aquella noche. Quejidos que no habían sido considerados a la hora de que la joven embarazada chillara de igual manera años atrás. Por un momento se preguntó si sería capaz de hacerlo, pero pronto comprendió que no se trataba de lo que ella quería. Después de todo, ella no era más que un canal de las energías místicas y de los espíritus. Además, si siempre había puesto su deber por sobre sus deseos, esta vez no sería diferente. Sacó el agua negra y comenzó a pasarla por la espalda del hombre. Hizo ruidos de corte con la tijera, pero no lo hizo apuntando a las lesiones. Luego sacó el sapo, pero en vez de pasar la panza, solo lo acercó y apenas lo rozó con la espalda.

Rato más tarde, Aurora subió al carruaje. Esta vez no la acompañaba nadie. La carreta comenzó a avanzar lentamente y la anciana miró a través de la ventanilla hacia la mansión que parecía socavada por la penumbra. Precisamente, observó la ventana del segundo piso, donde el reflejo débil de la llama de una vela seguía luchando con la oscuridad de la habitación. Les había explicado que realizaría el tratamiento durante tres días, pero había callado que estaba usando agua de barro en vez de tinta china y que

estaba usando la espalda del sapo en vez de la panza. Después de todo, al punto en que tenía la culebrilla, tres días serían suficientes para que las puntas de los brotes se tocaran y con ello se librara al mundo del señor Campanás.

En las alturas

Inmersa entre las montañas, como si fuera un pequeño bloque con una chimenea humeante, se divisaba una cabaña de madera. Al lugar se llegaba por un sendero angosto, entre las arboledas, que no permitían mayor paso que el ancho de una persona o de un caballo. Bajando la montaña por el sendero agreste el terreno parecía mejorar y se encontraba entonces un llano con un camino de ripio que comunicaba con el pueblo más cercano que, por cierto, estaba ubicado a poco más de cien kilómetros.

Era época de deshielo y las cumbres comenzaban a sudar agua. Sin embargo, el clima de alta montaña seguía obstinado, con heladas fuertes, que hacían que por las noches el agua se volviera a congelar. Todo el paisaje montañoso mostraba, en los verdes de las plantas, pastos y arboledas, una mezcla entre el aspecto brillante a causa de la escarcha nocturna y el reflejo del agua que se iba derritiendo durante el día.

Los primeros brotes verdes ya dejaban vislumbrarse entre la parte media y alta de la montaña. A medida que el hielo se derretía, pequeños tallos luchaban saliendo al mundo, empujados por la fuerza de la naturaleza; brotes jóvenes, refrescantes, húmedos y tiernos, que coloreaban la montaña de un verde primaveral y que propagaban el ímpetu de un espíritu renovado.

La época del año hacía que los animales ganaran un poco más de altura, pues ascendiendo la montaña, las ovejas encontraban los nuevos brotes, alimento fresco y blando, luego de que los animales hubieran agotado durante el invierno todo lo disponible en la base de la montaña.

Un hombre de unos sesenta años vivía solo en la cabaña. Era un trabajo arduo el de peón en esa zona, pero al menos había conseguido un trabajo. Había pasado toda su vida cuidando animales en la precordillera y no habría podido realizar una tarea diferente en la última etapa de su vida. En realidad, le habían dicho que estaba viejo para esa faena, pero el hombre había ganado con argumentos sólidos. Una sola frase le había dicho al nuevo patrón: «Póngame a prueba y verá». Con poca convicción el patrón había aceptado. Necesitaba a alguien que cuidara de las ovejas y que controlara sus tierras. Hacía más de un mes que no conseguía a nadie. Mes trágico ese, porque los pumas le habían matado seis ovejas y otras cuatro habían perecido en una caída por un barranco.

No resultaba fácil conseguir empleados para esas tierras, eran pocas las personas que estaban dispuestas a establecerse en la zona precordillerana y pasar sus días bajo el clima hostil de la montaña. No era para cualquiera vivir así, alejado del mundo, en condiciones agrestes, pasando frío, en soledad y, lo peor de todo, incomunicado; pues lo único que conectaba a la cabaña con el mundo era un sendero agreste que descendía seiscientos metros, para luego conectarse con una calle de ripio, que si se la tomaba en dirección al este se encontraría el pueblo más cercano a poco más de cien kilómetros.

Sin embargo, a pesar de la soledad y de las condiciones precarias, Gregorio consideraba que había encontrado en este trabajo una gran oportunidad. No tenía amigos ni familia y le gustaba la soledad. Era un hombre bastante parco y rústico, como el mismo ambiente en el que vivía. De bigote negro, rostro más bien cuadrado y un tanto petiso. Lo acompañaba, siempre, un perro callejero que tenía varios años entrados en el lomo. Falucho apenas medía treinta centímetros de altura, de bigotes entrecanos, pelo marrón y colmillos prominentes. Resultaba evidente que un perro de esas características poco podía ayudar con el pastoreo. Un perro que, durante el invierno, quedaba enterrado entre la nieve y que carecía de la fuerza y juventud necesarias para el trabajo en la montaña. Sin embargo, el perro se defendía. Y siendo igual o más porfiado que su dueño, terminaba ayudando en las épocas de deshielo y en los meses en los que no había nieve.

Gregorio llevaba ocho meses trabajando en el lugar. No solo había pasado la etapa de prueba con éxito, sino que el patrón había quedado más que complacido con sus labores. Se proyectaba entonces, para Gregorio, un futuro que parecía prometedor. No por el dinero que pudiera ganar ni mucho menos por la posibilidad de crecimiento. Lo que le importaba a Gregorio era la posibilidad de tener un empleo y un hogar. Y en tanto siguiera cumpliendo con sus obligaciones, con el mismo ímpetu y responsabilidad, ya le había dicho el patrón que tendría el trabajo asegurado.

Claro que por su edad tal vez hubiera sido mejor hacer tareas más simples. Quizás, si fueran otras zonas geográficas, acertado hubiera sido dedicarse a trabajos menos peligrosos. Pero Gregorio había realizado aquellas tareas durante toda su vida y no estaba dispuesto, después de tantos años, a cambiar de oficio. Era Gregorio un hombre de vasta experiencia en el asunto. Un trabajador sensato y responsable que resultaba, ante todo, práctico a la hora de resolver problemas. Y si había una cualidad

que rescatar en aquellos peones que hacían trabajos en la montaña, era justamente aquel sentido práctico que le permitiera salir del paso ante cualquier situación. Porque no había nada más que solo un hombre para resolver los asuntos. No había más que un hombre sumergido en la inmensidad de las montañas. No había más que la soledad. Y la certeza absoluta de que no recibiría ayuda ni tendría visitas quién sabe hasta cuándo.

Era también Gregorio un hombre de carácter duro, bastante parco y poco predispuesto a la amistad. Pero no había necesidad de esas cualidades, ya que solo importaban las inherentes al cuidado del ganado; y eso había hecho bien Gregorio en los últimos meses.

No había perdido ni una sola cabeza de ganado y había logrado proteger a los animales de una manera práctica. Llevando siempre su escopeta, había abatido a dos pumas. Construyendo un techo precario en el corral, había logrado que los animales sobrevivieran a las noches más crudas del invierno. Y acostumbrando a las ovejas a que recorrieran los mismos senderos, había evitado que cayeran por los precipicios. Como consecuencia de su buen accionar, y al no tener pérdidas, el patrón había decidido premiarlo regalándole un cordero o una oveja, reivindicando así la buena relación que se había forjado entre el peón y el empleado.

Cuando tuvo la noticia, Gregorio pensó en apartar una oveja. Tal vez para esquilarla, quizás para cruzarla con el carnero y, por qué no, hacerla parir para tener así algún que otro cordero y comenzar con su propia producción. Pero para eso tenía que esperar demasiado tiempo y el camino de iniciar desde cero no estaba entre sus planes. Ya no tenía edad para comenzar las crías y no tenía más ambiciones que la de un trabajo, un refugio, un poco de dinero para las necesidades básicas y quizás permitirse algún que otro pequeño gusto. Decidió entonces que al final carnearía un cordero. Bajó por el sendero agreste hasta el cruce con la calle de ripio. Esperó un buen rato a que pasara alguien y envió una carta al carnicero del pueblo haciéndole una oferta.

Cuando la respuesta llegó, Gregorio se tomó medio día libre para llevar su cordero. Se lo presentó impecable al comprador. El cordero estaba bien carneado, pelado y limpio de vísceras. Cobró el dinero y apenas pasó dos horas en el pueblo con la idea de realizar solo tres recados: comprarse un buen par de botas de cuero, un poncho grueso que le ayudara a cortar el frío de la montaña y varias damajuanas de vino que le permitieran aprovisionarse durante algunos meses.

Dos damajuanas ya habían sido vaciadas desde aquellas vicisitudes. Gregorio miraba por la ventana en una tarde de finales de octubre. Las ovejas habían subido una buena altura, casi al borde de la marca que formaban esos hielos que no descongelarían hasta diciembre. Sin embargo, parte de la montaña ya verdeaba con nuevos brotes y los ovinos se daban el gusto de comer pasto fresco y blando. Gregorio sabía que aquellos pastos recién brotados les sentarían bien a los animales. Así que las acompañaba a subir durante el mediodía, cuando la helada no era tan resbaladiza, y las buscaba por la tarde para guarecerlas en el corral antes del anochecer.

El hombre miró el sol, todavía faltaba para que se pusiera, pero decidió que ya sería hora de comenzar con los preparativos para ir a buscar a las ovejas. El proceso de subir, arrearlas, hacerlas descender y entrarlas en el corral le llevaría al menos tres horas.

Gregorio vestía una bombacha de campo marrón oscuro y un suéter a rombos negros y grises. Llevaba puestas sus botas de cuero nuevas, que, por cierto, le resultaban bien cómodas y abrigadas. Luego tomó el rifle y la caja de municiones, las envolvió con el poncho y llevó el bulto bajo su brazo derecho. Llevaría el arma y el abrigo en el caballo por si acaso tuviera que debatirse contra el frío o contra algún puma.

Gregorio salió de la cabaña a paso tranquilo. Caminó en dirección al corral, una estructura de madera bastante amplia, cercada con alambres y que tenía partes de techos improvisados, mezclados con madera, chapas y plásticos. Era un techo precario, pero un refugio suficiente en el cual las ovejas habían pasado los meses fríos de invierno. El hombre abrió la tranquera y la dejó trabada con una lata rellena de tierra. Los animales eran mansos y al bajar de la montaña solían meterse solos al refugio. Gregorio se acercó al caballo y ató el poncho y el arma a la montura. Luego tomó las riendas y se subió al lomo del equino. Falucho, al ver que su dueño se preparaba para la excursión, comenzó a ladrar y a mover la cola. Se acercó dando algunas corridas alborotadas, pasando por delante y a los lados del caballo, ya sabía de memoria el trabajo que les tocaba.

El perro parecía tener mejor humor en esta época del año, que era cuando podía andar por la montaña con libertad, tal vez sufriendo algún que otro resbalón, pero podía andar por sus propios medios. Al hombre le daba igual que fuera invierno o primavera, lo mismo que al caballo o a las ovejas. Pero el caso de Falucho no se podía comparar,

porque en el invierno tenía que marchar de salto en salto luchando contra la nieve que amenazaba con taparlo. Treinta centímetros de altura el perro, contra veinte, treinta, cuarenta y hasta setenta centímetros de nieve. Muchas veces, el pobre Falucho iba a los saltos hasta que de pronto se quedaba enterrado, encajado en un pozo de nieve del cual no podía salir. Entonces ladraba, enfurecido, en señal de protesta. Gregorio también protestaba, se acercaba y lo levantaba del lomo. Luego el caballo protestaba, dando coces al aire, cuando le ponían el perro en el lomo. El perro también protestaba, rugiendo en tono bajo y mostrando los dientes, porque no le gustaba viajar así. Y Gregorio protestaba otra vez, porque tenía que seguir el camino con el perro mostrando los dientes y montando un caballo que avanzaba inquieto. Pero así y todo podía decirse que los tres eran, a su modo, felices. Protestando en la lejana altura de alguna montaña de la precordillera.

El hombre azuzó al caballo y lo hizo avanzar. El equino respondió al instante a las directivas de las riendas y se encaminó cuesta arriba por un tenue sendero que Gregorio había empezado a marcar haciendo subir y bajar, por el mismo lugar, a las ovejas. Falucho los acompañó con aires casi soberbios, poniendo la cola en punta, lanzando algún que otro ladrido y marchando a un tranco rápido para no quedarse atrasado ya que apenas tres o cuatro zancadas del caballo obligaban a que Falucho agitara sus patitas cortas en una corrida para mantener el ritmo.

La temperatura parecía más fría y el ambiente más húmedo mientras avanzaban debajo de las copas de los árboles. Sin embargo, eso no era nada grave para Gregorio ni para sus compañeros de viaje, pues los tres estaban acostumbrados al clima de montaña y a las tareas diarias que realizaban.

Anduvo un buen tramo, haciendo avanzar al caballo a un ritmo tranquilo. En algunas partes el sendero tomaba una buena pendiente y entonces Gregorio tenía que aguzar la vista para saber por dónde guiar a su montura. A veces la tierra le mostraba pequeñas rasgaduras o los árboles tenían inclinaciones, rastros que le indicaban que la tierra podía estar floja y que podría haber derrumbe en esa zona. De a ratos el camino parecía cerrarse y solo daba la sensación de que estaba enfrascado entre copas de árboles y tierra virgen. Pero en otras ocasiones, una cortada o una ladera se abrían y entonces tenía la oportunidad de encontrarse con paisajes que pocas personas habían tenido el privilegio de observar. Las montañas en el horizonte, la formación de los lagos,

el cielo celeste y limpio. Incluso podía ver, tramo abajo, la propia choza en la cual vivía. Un paisaje crudo y solitario, pero a la vez hermoso y pacífico.

Gregorio avanzó el último tramo del sendero recorriendo un poco el lado derecho de la montaña. Allí se formaba una especie de meseta que presentaba una planicie con tierra fértil y un pequeño lago, lo que permitía a las ovejas disponer de un buen espacio para beber y pastar.

Apenas llegando pudo divisar a los animales: algunos comiendo, otros bebiendo, incluso algunos echados contra las rocas donde podían recibir el tímido calor del sol. La meseta que se formaba junto a la montaña estaba en primer plano y allí la mayoría de las ovejas comían de los nuevos brotes. Luego seguía el pequeño lago que proveía de abundante agua fresca. Estaba ubicado, en perspectiva frente a la meseta, en el lado derecho, debajo de unas cortadas de piedra. Detrás del lago, subiendo las cortadas de piedra, se erguían otros picos de montañas. Pero las ovejas nunca subían tanto, pues eran picos que estaban nevados en toda época del año y que carecían de pasto.

La meseta en la que desembocaron resultaba sumamente agradable, no solo para los animales, sino también para Gregorio. Falucho, apenas vio el lugar, ladró y dio algunos brincos porque allí disponía de más espacio para correr y no tenía que preocuparse por el terreno irregular. El perro avanzó en una larga corrida hacia el pequeño lago, donde comenzó a beber casi desesperado.

Gregorio se acercó hasta el mismo lago, bajó del caballo y se sentó en una piedra. Una vez que llevaba al caballo hasta ese lugar era una buena oportunidad para dejarlo pastar también. Le aflojó las riendas para que tuviera un poco de libertad y pronto el equino comenzó con su momento de descanso. Gregorio miró el cielo; aún faltaba para que el sol se pusiera.

El hombre esperó un buen rato sentado sobre una piedra. Quien lo hubiera visto podría incluso haber sospechado que el mismo hombre era la piedra. O que la piedra estaba hecha de un hombre. O que el hombre se transformaría en piedra. No emitió sonido alguno. No dijo una palabra. Y apenas movió su cuerpo dos veces para cambiar de posición. No se puso de pie, no caminó, no sonrió, no protestó. Simplemente se quedó allí, sentado, observando el paisaje y a los animales.

Si le hubiesen preguntado qué pasaba por su mente y por su corazón, no habría respondido demasiado. Pues su interior no era diferente al clima de la montaña en la

cual vivía. Abundante frío y soledad. Un silencio gélido. Un ambiente agreste. Una vida de invierno.

Estuvo así, cubierto por el frío en su exterior e interior, hasta que Falucho comenzó a ladrar. Las ovejas salieron corriendo, alborotadas, y se acurrucaron en la bajada de la meseta. El hombre se puso de pie al instante, ya había tenido alguna vez alguna situación similar. Avanzó hasta la zona en la cual había comenzado la huida de las ovejas y miró en dirección hacia donde había ladrado el perro. No se sorprendió cuando vio, a lo lejos, a un puma.

—¡Sabía que había otro! —protestó Gregorio en un susurro.

Las palabras quedaron débiles y perdidas en la soledad de la montaña. Palabras que salieron de su boca más para sí mismo que otra cosa, pues las personas más cercanas estaban a más de cien kilómetros.

Gregorio caminó con prisa hacia su caballo, que también parecía alterado por la presencia del depredador. Descolgó el rifle que le había dejado atado en el lomo. Cargó enseguida el arma con un cartucho y se encaminó hacia las piedras. El hombre avanzó con pasos sigilosos. Se acercó cuanto pudo. El puma estaba del otro lado de una cortada, acurrucado entre unas piedras a unos cuarenta metros. Gregorio apuntó. Se sostuvo apuntando, buscando el momento oportuno. Disparó.

El sonido retumbó con un potente eco entre las montañas. Los pájaros salieron revoloteando. El caballo, el perro y las ovejas se alteraron. Apenas a dos palmos del lugar en que estaba el puma, un pedazo de piedra estalló en esquirlas y levantó una pequeña polvareda. El puma dio un salto enseguida, asustado por el disparo, y se fue corriendo por detrás de las piedras.

—¡*Quí lu* parió! —protestó el paisano.

Gregorio se maldijo por haber desperdiciado la oportunidad. Había sido una buena chance, pero había fallado. Lo que más le molestaba era que un puma cerca representa un peligro para las ovejas. Y Gregorio le había dicho a su patrón que haría bien las cosas.

Suponiendo que el depredador se habría escondido, consideró que lo mejor sería regresar. Calmó un poco al caballo, que había quedado agitado por el sonido del disparo, y dispuso todo para descender la montaña. Ató de nuevo el arma y montó enseguida. Las ovejas se habían acurrucado en el sendero y otras se habían perdido entre los

árboles. Así que pronto comenzó a llamarlas con un fuerte silbido. Falucho también respondió al llamado y comenzó a correr hacia donde estaban las ovejas. Era un perro torpe para las tareas de pastoreo, pero al menos se defendía y lo ayudaba cuando no había nieve. Sobre todo, le resultaba útil cuando las ovejas se salían del sendero o cuando se alejaban demasiado.

Lo primero que hizo el hombre fue acercarse a la oveja que tenía colocado el cencerro. La encaminó por el sendero. Y cuando la oveja avanzó haciendo sonar la campanilla, las demás la siguieron. Gregorio puso su caballo a un lado y esperó a que todas comenzaran el descenso, controlando, también, que no quedara ninguna en la meseta.

Gregorio era consciente de que no había mejores animales para trabajar que las ovejas. Animales dóciles y de hábito, que pronto se encaminaron en el sendero formando una fila, pasando de a dos o de a tres. Cada tanto, alguna que otra se alejaba del sendero, pero tras algunos silbidos volvían. Y si había alguna que otra un poco más retobada, Falucho se lanzaba a su búsqueda y la traía de nuevo con las demás.

El hombre finalizó el conteo con las ochenta y cuatro cabezas y asintió conforme con su tarea. No faltaba ninguna. Entonces enfiló Gregorio por el mismo sendero, y comenzó también el descenso.

El regreso siempre era un poco más lento. Ya el sol comenzaba a ocultarse detrás de la montaña, pero los reflejos y la claridad serían suficientes para regresar sin problemas. La temperatura había descendido. Gregorio se cubrió con el poncho. Faltaban minutos para terminar un nuevo día de trabajo.

Iban a mitad de camino, allí donde estaba el desfiladero y donde se podían ver los paisajes hermosos, cuando vio a lo lejos una pequeña revuelta. Falucho comenzó a ladrar hacia abajo del precipicio, y las ovejas quedaron paralizadas bloqueando el sendero sin avanzar ni retroceder. Gregorio agitó las riendas haciendo que su caballo saliera del sendero y avanzó por tierra virgen hasta el lugar.

Cuando llegó al precipicio, mirando desde su caballo, no encontró nada más que el mismo paisaje de siempre. El inmenso lago azulado que recibía los últimos reflejos de claridad. Las montañas que se erguían imponentes hacia el cielo. Las diferentes cortadas y mesetas. Incluso hacia el lado derecho se veía la cabaña de madera. A su lado, el perro mostró los dientes. Gregorio se quedó mirando unos minutos, pero no podía divisar

nada. Sin embargo, sabía bien de lo que se trataba. Por los ladridos del perro y la actitud de las ovejas, sería el puma quien andaría merodeando y que estaría realizando la bajaba por el otro lado del precipicio.

Gregorio descendió del caballo para acercarse mejor al desfiladero. Otra vez se hizo de la escopeta y buscó primero con la mirada. Avanzó otro poco con cuidado. El suelo estaba mojado por el deshielo. La temperatura había descendido y el frío volvía a escarchar el agua antes derretida. Miró hacia abajo, estando apenas a unos centímetros del borde. Nada. No había rastros del puma. Se dio la vuelta con intenciones de regresar y sus botas derraparon con el piso mojado. El arma cayó en el borde del acantilado. Gregorio cayó por el precipicio.

Los gritos del hombre hicieron eco en la montaña como si de un disparo se tratara. Los golpes se repetían en todo el cuerpo y no podía parar de rodar. Sintió punzadas, cortes, magullones y luego una caída libre. Cuando el suelo lo recibió, sintió crujir el hueso de la cadera y un dolor punzante lo dejó paralizado. Lanzó un grito de dolor. Solo escuchó, como regreso, el relinchar del caballo y el ladrido del perro que estaban ya a muchos metros de altura.

El hombre emitió un gemido; intentó ponerse de pie, pero los dolores se lo impidieron. Sentía una fuerte compresión en el pecho y en la espalda. Le costaba respirar. No se podía mover. En la caída y rodada contra las piedras se había magullado demasiado. El dolor en la cadera le ardía y le atravesaba los huesos como un fuego. En un reflejo casi desesperado intentó arrastrarse, pero no pudo moverse más que unos pocos centímetros. La mente le funcionaba, pero su cuerpo estaba destrozado. Imaginaba formas de subir, pero no tenía fuerzas ni tampoco disponía de una soga. Miró hacia abajo; el descenso parecía igual de imposible. Sacando fuerzas comenzó a arrastrarse. La única opción viable sería bajar. Gregorio se arrastraba. Los gritos y gemidos de dolor se perdían haciendo eco en la montaña. Redobló su esfuerzo. Se arrastró un poco más. Como si pudiera acaso llegar a descender mil metros. Como si pudiera acaso arrastrarse otros cien kilómetros hasta la ubicación del pueblo.

Mientras se arrastraba, con su mano derecha encontró huesos. Huesos de las ovejas que habían caído por el mismo precipicio tiempo atrás. Huesos que revelaban que ya otra vida había muerto allí. Huesos olvidados. Huesos secos y quebrados. Huesos que mostraban una muerte cruel. Huesos que revelaban, como en un presagio, lo que

pasaría con sus propios huesos. En la altura de una montaña. En la soledad de la nada y con la próxima visita de su patrón dentro de dos meses.

Estar presente

Justina ingresó en la habitación arrastrando las chancas contra el suelo. Sus pasos resultaron lentos y un poco esforzados, señal de que los años no venían solos. Se acercó a la cama con intenciones de acomodar las mantas y supuso que con una manta suave y el acolchado estaría bien, aunque posiblemente tuviera que remover alguno de los abrigos durante la noche si es que acaso sentía calor. Sin embargo, la noche anterior no había bastado con la manta de verano y por eso ahora agregaba un acolchado. A pesar de las temperaturas elevadas, Justina no comprendía por qué razón, durante las últimas noches, había tenido sensaciones de frío.

Con sus manos casi ancianas fue trabajando en la habitación. Lo fue haciendo a paso lento. En parte por no tener prisa, en parte por no poder hacerlo a la velocidad con que lo hacía antes. Justina tenía el cabello blanqueando en canas y lo usaba corto. Tiempo atrás lo había llevado largo, cuando era una mujer joven de cabello castaño. Pero ahora su pelo se había vuelto delgado y frágil, y con el tiempo había perdido volumen. Por ello, entre sus cabellos blanquecinos se dejaba entrever el cuero cabelludo. Cuando estaba de entrecasa no tenía problemas en dejarse ver así, pero cuando iba de visitas al pueblo o cuando iba a realizar algunos mandados solía ponerse un pañuelo o algún gorro para cubrir su cabeza. Caminó hasta el aparador en el cual tenía sus pertenencias y acomodó su peine para cabello fino. Revisó los pañuelos que usaba para su cabeza, y acomodó también su monedero desde el cual les daría algunas monedas a sus nietos. Su hijo Julio le había prometido que vendría con su familia a almorzar al otro día. Así que, sin más miramientos y pensando en las tareas del día siguiente, se puso su camisión floreado y se dispuso a descansar, no sin antes rezar una vuelta al rosario, oración que realizaba para su difunto esposo. Oración que repetía desde hacía tres meses.

Justina estaba orando cuando le pareció escuchar un chirrido que provenía de algún lugar de la casa. En una primera instancia no le prestó atención. Siguió acostada sosteniendo con sus manos estriadas la bolita de madera que pertenecía al tercer Ave María de su oración. No estaba dispuesta a desconcentrarse, no vaya a ser cosa que se pierda y después no supiera por dónde iba. Así que Justina siguió orando, pero en el siguiente Ave María se volvió a escuchar el rechinar de lo que parecía una puerta. Justina

supuso que alguna ventana podría haber quedado abierta o que el gato tal vez estuviera pasando de un cuarto al otro. Desde el fallecimiento de su marido, los goznes de las puertas no se habían vuelto a engrasar, ya que era él quien se encargaba de los pequeños detalles de mantenimiento de la casa. De hecho, la puerta que daba a la habitación en la que alguna vez durmieron sus hijos o la que llevaba al escritorio de su difunto esposo tenían ese rechinar al abrirse y cerrarse. Justina pensó entonces que debería levantarse para cerrar bien las puertas o las ventanas, pero no lo haría en tanto no terminara sus oraciones. Así que la señora continuó pasando cada bolita de madera cuando completaba una oración.

Iba Justina rezando un nuevo Ave María cuando se escuchó un portazo. Esta vez movió la mano hacia el velador y encendió la luz. Un rechinar de puerta era normal, lo mismo que algunas andanzas del gato, pero los gatos no daban portazos. Supo Justina, entonces, que no estaba sola en la casa. La mujer corrió las mantas y se sentó en la cama. Mientras se ponía las chancas se alegró de haber agregado el acolchado. No estaba loca, tal cual había pasado durante las últimas noches, la temperatura iba en descenso. Justina sintió el frío en el ambiente y prefirió ponerse un saquito de lana por sobre los hombros para investigar quién andaba en la casa. Es posible que cualquier otra persona, en un sentido más prudente, no se hubiera animado a investigar. Pero ese no era el caso de Justina, que era una mujer corajuda y criada a la vieja escuela de las costumbres de campo.

Salió entonces la mujer realizando sus pasos lentos, arrastrando un poco las chancas contra el suelo como si se tratara de un susurro silencioso. Lo primero que hizo fue encender la luz del pasillo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Esta vez se escuchó un ruido seco, como cuando se cae algo al suelo. Pero el sonido no provenía de la habitación que estaba al final del pasillo, que era el espacio que había pertenecido a sus hijos, sino que parecía venir de la sala. La mujer avanzó otros pasos y salió del pasillo hacía la sala. Allí encendió la luz y repitió su pregunta como esperando encontrar a alguien.

—¿Quién anda ahí?

Esta vez no hubo ruidos. Pero algo llamó la atención de la anciana, puesto que le parecía haber visto, más temprano, la puerta del escritorio de su difunto marido abierta.

Sin embargo, ahora, estaba cerrada. Doña Justina avanzó con pasos silenciosos y pegó la oreja contra la puerta intentando escuchar lo que pudiera haber del otro lado. No escuchó nada.

Abrió la puerta del escritorio y el chirrido de las bisagras acompañó el movimiento. Un aire álgido le llegó de frente y Justina sintió un escalofrío. La señora observó la penumbra en el interior del escritorio de su difunto marido, apenas ayudada por la luz que llegaba desde la sala, pero todo parecía normal. Ingresó dando unos pasos y encendió la luz.

En la parte derecha, la habitación tenía un pequeño escritorio, donde su marido solía trabajar realizando sus anotaciones. Detrás del escritorio había un mueble empotrado que tenía libros, carpetas, cuadernos.... En la parte izquierda había un segundo mueble que tenía una radio, que era la preferida del hombre, y en los estantes había algunas cajas cerradas con bienes personales del señor. Justina miró hacia la ventana que estaba frente a ella, en la pared contraria a la puerta de ingreso, y descubrió que, en efecto, se la había olvidado abierta. Avanzó unos pasos para cerrar solo la ventana porque, en realidad, los postigos ya estaban cerrados. Echó una mirada a la habitación con cierta desconfianza, pues no parecía que por la ventana ingresara un frío tan intenso que justificara semejante baja de temperatura, ni tampoco entraba viento fuerte como para que golpeará la puerta. Justina cerró la ventana y se dio la vuelta. Se disponía a irse cuando vio una caja en el suelo que se había caído del mueble en el que estaba la radio. El contenido no se había vaciado, puesto que estaba cerrada con una cinta. Hizo un esfuerzo por agacharse y recogió la caja del suelo. Parecía bastante pesada y resultaba difícil que el viento la hubiera tirado. Miró hacia el armario y encontró el hueco al que pertenecía. La dejó de nuevo en su lugar y una vez más observó las cosas a su alrededor. A pesar de mirar con desconfianza, todo parecía en orden e igual que siempre. La mujer caminó hasta la salida y apagó la luz. Cruzó hacia la sala y las bisagras rechinaron cuando cerró la puerta. Luego se fue hacia su habitación, arrastrando los pies y apagando las luces al pasar mientras se dirigía a descansar.

Justina despertó casi tiritando. Al final había sacado malas conclusiones respecto a los abrigos y la noche había sido mucho más fría de lo pensado. A mitad de la noche se había levantado para ponerse un poncho, pero como no había sido suficiente, había tenido que buscar en el armario otra manta y solo así había logrado descansar. Al

parecer, la primera noche fría del otoño se había adelantado demasiado. Sin embargo, el sol de verano ya se filtraba con claridad y parecía refulgir con una impronta calurosa.

Justina se levantó de la cama. Se puso un vestido marrón oscuro, se calzó unas sandalias negras, y salió de la habitación. Iba caminando hacia la cocina cuando se paró a secas en el living. No estaba loca, tenía recuerdos de haber cerrado la puerta del escritorio de su difunto marido. Sin embargo, ahora, la puerta estaba abierta. Justina se acercó y miró hacia el interior del escritorio. Le pareció sentir el mismo escalofrío que había tenido durante la noche, pero a la mujer no le importó. Solo avanzó por la habitación y abrió la ventana y los postigos.

Luego se dirigió a la cocina. Buscó en los cajones más bajos de un mueble y tomó un plato de esos que tienen poco uso. Echó sal gruesa en la circunferencia externa del plato y lo dejó a un lado. Encendió con un fósforo una vela y esperó unos segundos a que se derritiera la cera. Entonces dejó caer unas gotas en el centro del plato, que también era el centro del círculo de sal, y pegó con la cera caliente la vela encendida.

Justina caminó hasta el escritorio de su marido y dejó la vela encendida sobre la mesa de trabajo. Acompañó el proceso con una estampita de un santo y dejó el rosario a un lado. Si el alma de su difunto esposo andaba perdida, nada sería mejor que enviarle sus oraciones para que los santos lo ayuden.

Justina desayunó en la soledad de la cocina un mate cocido acompañado con unos trozos de galletas y manteca untada. El sol ya había salido y el calor parecía reconfortar la sensación de frío de las últimas noches. Luego de terminar su comida, se dirigió al patio de la casa. Justina agradeció el calor del sol mañanero y se quedó un rato bajo la calidez de su reflejo, pues de esa manera parecía que su cuerpo se estaba atemperando a la sensación friolenta que le había quedado después de la noche.

Una vez que se sintió reconfortada, Justina comenzó a realizar las tareas que tenía planeadas para la mañana. Sus hijos le habían recomendado que no se exigiera demasiado, no vaya a ser cosa que se accidentara o se cansara. Pero Justina no podía controlarse, pues con el paso del tiempo lo que se limita es el cuerpo, pero no la mente ni la voluntad. Así que, de todas maneras, Justina realizó varias labores durante aquella mañana. Barrió la casa y pasó el trapo húmedo por los pisos. Buscó huevos en el gallinero. Acomodó ropa, cajones, y ordenó parte del lavadero. Lavó un poco de ropa a mano y luego la colgó en el jardín. Y todo esto lo hizo al tiempo en el cual, mientras

tanto, estaba cocinando un buen puchero. Con abundantes y variadas verduras, trozos de carne e incluso legumbres. Cuatro veces ingresó también al escritorio de su difunto marido y, en dos de ellas, tuvo que volver a encender la vela porque se había apagado.

Para el mediodía, tal cual habían coordinado, su hijo Julio llegó a la casa. Lo hizo acompañado de su esposa, Rosaura, y de sus hijos, Matías y Juliana. Para ese entonces, la mesa ya estaba puesta y el puchero reposaba, ya cocido y tapado, dentro de una olla de metal.

Cuando Justina vio a sus nietos ingresar por la puerta, le fue inevitable sentirse rejuvenecida y vivaz. No solo le traían alegría y un momento para compartir, sino que también le traían tareas extras de las cuales ocuparse. Ya el día anterior les había cocinado el flan casero que reposaba fresco en la heladera. Su hijo y su nuera la saludaron amorosos y dispuesto a la compañía. No sabría decirse si fue con sinceridad o compromiso, pero los dos le recriminaron que no debía hacer tantas tareas. A Justina eso no le importaba ya que, por el contrario, le resultaba grato preparar las cosas para cuando alguno de sus dos hijos los visitaba con sus familias, en especial si esa visita incluía que les trajeran a sus nietos.

El almuerzo transcurrió en un ambiente tranquilo y no hubo oportunidad para que Julio o Rosaura hicieran algo. La misma Justina se encargó de llevar la olla con el puchero a la mesa, así como de servir a los comensales. Más cantidad de papa a la pequeña Juliana, con poca carne y sin grasa. Más carne y pocas verduras para Matías. Un plato abundante y rebosante para su hijo. Y para su nuera un plato con todo, pero con menos cantidad. Una vez que los platos estuvieron servidos, Justina se sirvió un plato para ella. Una porción escasa con abundante caldo.

Justina insistió a todos para que repitieran, incluso a pesar de que ella apenas había probado bocado, pues la anciana tenía el estómago cerrado hacía tiempo. Ante el sabor exquisito y al ver la cantidad que aún sobraba en la olla, los demás comensales no tuvieron otra opción más que aceptar y volver así a sumirse en los sabores caseros y profundos de los pucheros que cocinaba la abuela.

Después del almuerzo, Justina, Julio y Rosaura se quedaron haciendo la sobremesa; mientras que Matías y Juliana se dedicaron a corretear por la casa y a jugar entre las habitaciones.

Pasado un rato, Justina se puso a ordenar los platos. Esta vez, Julio y Rosaura se empeñaron en ayudar a levantar la mesa y al menos pudieron colaborar. Sin embargo, les resultó imposible lavar los platos, puesto que Justina se los impidió con una negativa profunda afirmando que ella lo haría después. Pasaron casi una hora sentados conversando, hasta que Julio se excusó:

—Estuvo todo muy rico, pero ya es hora de que nos vayamos.

—¡Pero no pueden irse! —exclamó la anciana—. ¡Tengo el flan preparado para los chicos!

Sin otra posibilidad más que aceptar, Julio asintió con la cabeza y esperó a que su madre trajera el postre, que lo hizo con un andar un poco más apurado, pero que igualmente parecía acorde a su edad. Justina buscó en la heladera la fuente con el flan casero y lo puso en la mesa. Rosaura buscó los platos y las cucharas. Y en un segundo viaje Justina trajo el dulce de leche y la crema batida.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Julio cuando Justina traía las cosas.

El hombre olfateó un poco en el aire y cerca del postre, pero el aroma no venía de allí.

—Hace unos días que se siente —dijo Justina—. Después tendré que echar lavandina y dejar corriendo la canilla, debe ser el desagüe.

La anciana se dio la vuelta y caminó por la cocina, cruzó hacia la sala y se fue guiando por los sonidos de las risas y susurros de los niños. Como era de esperarse, los encontró en el escritorio de su difunto marido. Estaban jugando con la radio y con algunos libros.

—Vamos a comer el flan casero —les dijo Justina mientras apagaba la radio.

Los niños obedecieron y se pusieron de pie, dejando por el suelo los cuadernos con viejas anotaciones.

—¿Para qué es esa vela, abuela? —preguntó Juliana.

—Es para buenos augurios —dijo la anciana.

—Es una vela extraña —dijo Matías.

—¿Por qué, querido? —preguntó la abuela.

—Porque la llama a veces se hace grande y chica —dijo encogiéndose de hombros—. Grande y chica, como si se moviera.

La anciana esbozó una mueca, casi similar a una sonrisa.

—Debe ser el viento —le dijo, mientras le pasaba la mano por la cabeza al niño.

Regresaron los tres a la cocina y se dispusieron a probar el flan. Los niños comieron con ansias su postre preferido y esta vez Justina se sirvió una porción bastante más abundante. Otra vez la anciana insistió en que los invitados repitieran su porción y, como era de imaginarse, los comensales aceptaron la segunda ronda. Estuvieron un poco más de tiempo compartiendo la mesa hasta que al final, después de todo, Julio insistió en que debían irse al pueblo. Justina se sintió complacida con la visita y acompañó a la familia hasta el patio donde habían dejado estacionado el auto. Les entregó algunas monedas a los niños y convenció a los padres para que se llevaran la fuente con el flan que había sobrado.

Después de despedirlos, Justina ingresó a la casa. Sin embargo, no tuvo una sensación de silencio o de ausencia, sino la extraña impresión de cuando se es consciente de que hay alguien más en la casa. Justina aguzó el oído, incluso a pesar de que parecía fallarle un poco, y no estaba equivocada. Un suave murmullo se escuchaba a lo lejos, un sonido que parecía provenir de algún lugar.

A puro instinto se fue guiando. Un poco por las sensaciones, otro poco por lo que escuchaba. Cruzó la cocina y cuando llegó a la sala el sonido se fue clarificando. Avanzó unos pasos y se detuvo frente a la puerta cerrada que daba al escritorio de su difunto esposo. Ya no recordaba si la había dejado abierta o cerrada, pero por reflejo acercó el oído a la puerta. La radio estaba encendida del otro lado.

Justina dio un suspiro, como quien se acostumbra a los hechos, y abrió la puerta. En efecto, la radio estaba funcionando y la vela humeaba como si se hubiera apagado recientemente. La anciana echó mano a los fósforos que tenía en el bolsillo anterior del vestido y encendió la vela una vez más. La mujer dedicó unos momentos a organizar los libros que los niños habían dejado tirados por el suelo. Entonces notó que entre las cosas que habían utilizado sus nietos para jugar estaba la misma caja que se había caído la noche anterior. Justina la levantó del suelo y la colocó otra vez en su lugar.

Regresó a la cocina y terminó de limpiar los platos. Una vez que dejó la cocina en orden, decidió que sería bueno dormir la siesta. Era verdad que le gustaban las visitas de su familia, pero también era cierto que las actividades extras terminaban por cansarla.

Justina tuvo un sueño entrecortado y terminó por despertarse con una sensación extraña de dolor de cabeza. Tal vez hubiera sido la porción abundante de flan y dulce de leche que se había permitido horas atrás y a la que ya no estaba acostumbrada. Se levantó de la cama, cruzó el pasillo y caminó por la sala. Se dirigía a la cocina con intenciones de prepararse un té de boldo cuando escuchó el agua correr desde el grifo. Ya en la cocina, Justina se acercó con naturalidad hacia el lavabo y cerró el grifo. Luego puso a calentar el agua que estaba en la pava y se preparó el té de boldo, que bebió en la soledad de la cocina.

No tuvo muchas tareas para el atardecer más que volver a encender dos veces la vela que se había apagado en el escritorio. En la segunda entrada le llamó la atención la caja en el mueble de la radio. Estaba salida por la mitad del estante y a punto de caerse otra vez. Justina tomó la caja con sus manos y la colocó sobre el escritorio. Buscó del cajón cualquier elemento que pudiera ayudarle a cortar la cinta y al final utilizó un cortaplumas que sería de su marido.

El interior tenía fotos en blanco y negro de ellos dos en diferentes momentos y etapas de sus vidas: su casamiento, vacaciones, fiestas de fin de año, cumpleaños, familia y otros momentos de la vida compartida. Justina volvió a cerrar la caja y la dejó una vez más en su lugar, esta vez, procurando que la caja quedara más al fondo y poniendo delante un libro para que esta no volviera a caerse al suelo.

A la noche casi no cenó. Apenas bebió unos sorbos de caldo y lo acompañó con unos trozos de galletas. La sensación de dolor de cabeza parecía haber disminuido, mas no la sensación de una fría compañía. Cuando se acostó a dormir se preparó con abundantes mantas y se abrigó presintiendo que otra vez tendría una noche gélida. Tomó el rosario y se puso a rezar.

Los sonidos de las bisagras chirriando la despertaron. Luego se escuchó el portazo, pero Justina no se preocupó. Ya sabía de qué habitación provenían los ruidos. Encendió la luz del velador y cruzó el pasillo, pero antes de encender más luces observó el reflejo en la sala. Una luz asomaba por debajo de la puerta del escritorio de su difunto esposo. Justina avanzó en silencio y cruzó la sala en penumbras. Apoyó una vez más la oreja contra la puerta y se quedó sumida en un profundo silencio. Del otro lado se escuchó el carraspear de un hombre y el tararear de alguna canción. Con sumo cuidado

la anciana se alejó de la puerta y procuró regresar a su habitación en silencio. No vaya a ser cosa que hiciera ruido y molestara entonces a su difunto marido.